


Ricky Drayton

# CRIMENES EN HOLLIWOOD

**RICKY DRAYTON**

# Crímenes en Hollywood

1.ª EDICIÓN
ENERO - 1953



**EDITORIAL BRUGUERA**
**BARCELONA**

**TÍTULO ORIGINAL:**

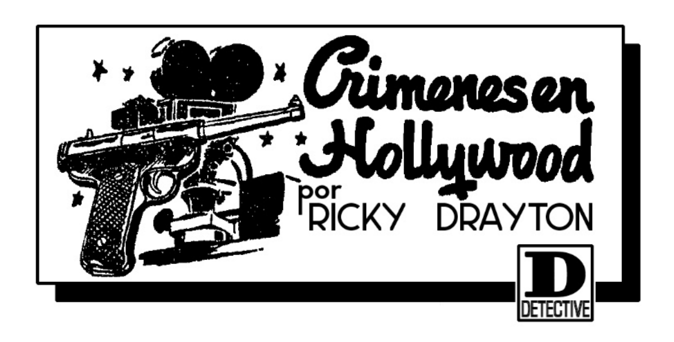
*«IT DOESN'T ADD UP»*

***Versión castellana de:***

BALDOMERO PORTA

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona

**PRINTED IN SPAIN**




# CAPÍTULO PRIMERO

Tarde o temprano le ocurre hasta al mejor de nosotros. En determinado momento de su carrera todo periodista se dice a sí mismo que ha llegado el momento de abrirse paso en Hollywood. Perfectamente. A mí me había ocurrido también, y ahora la aventura había terminado. En el Debe quedaba un buen argumento que fué mío, hecho picadillo; porque a la estrella no le gustaba como yo lo había desarrollado, al director no le gustaba tal como lo quería la estrella, y los estudios se figuraron que al Señor Público no le agradaría del modo que lo quería el director. Con todo ello la película que se rodó guardaba una semejanza más que lejana con la narración escrita por mí. No me propongo decirles el nombre de la cinta porque esto equivaldría a un anuncio, y mi contrato no me obliga a poner mi empeño en ensalzar el film.

En el Haber quedaba el cheque de treinta mil dólares de plata en mi bolsillo, firmado por el mismo dueño supremo de la empresa en persona, presidente y agente ejecutivo de los «Magnificent Productions Inc.». Es lo que me habían dado, aparte de un sueldo de trescientos dólares semanales, por sentarme en un despacho de cristal y sostener de vez en cuando una escaramuza con una quincena de galeotes cuya misión consistía en adaptar mi argumento a la pantalla. Bien, resultó un dinero fácil, y representó una tregua en mi continuo jugar a guardias y ladrones allá en Nueva Orleans.

Fué además una lección vivida que me enseñó cuán bienaventurados montones de dinero puede cosechar una compañía cinematográfica. Yo hubiera vendido mi historia, y muy satisfecho, por un billete de mil, dejando a los fabricantes de películas que la pusieran hecha jirones sin el dudoso beneficio de mi presencia en el equipo. Con tal que me pagaran, lo que hicieran después con mi narración no me iba a sacar de quicio. Pero no, quisieron tenerme con ellos para ayudarles a realizar la adaptación y para que escribiera los diálogos suplementarios. Así, pues, ¿qué podía hacer yo cuando me echaban las adaptaciones rechazadas por las narices, y me decían que el diálogo era demasiado plebeyo para que pudiera salvar la barrera de la «Purity League Censorship» **(1)**. Yo narraba la historia del modo que discurría entre los caballeros y las damas que la habían vivido, tipos aquellos que no hubieran

sabido hablar el lenguaje de la «Purity League», y que ni siquiera supieron nunca lo que dicha asociación significa. No obstante, las «Magnificent Productions» contaban con la ventaja del prestigio de mi nombre debajo del título… aunque ¿quién diablos se toma la molestia de leer los prestigiosos nombres que avalan los títulos?

Ahora todo había terminado. La desfigurada cinta estaba en conserva… y no era ella sola lo que quedaba de este modo. Se había celebrado la acostumbrada fiesta de despedida en la que los técnicos habían regalado a la estrella una pitillera comprada con el dinero que el agente de prensa de la estrella les había entregado a este fin; el director había hecho un discurso; la primera actriz se había recogido pronto a su casa para contarse las arrugas, y los «extras» habían empezado a preguntarse de dónde saldría la comida próxima. Empero, mientras tanto comamos y bebamos, regocijémonos… Especialmente bebamos. Todo el mundo se hinchó del champaña de tercera calidad pagado por la casa, hasta la altura de un campanario y la velada terminó en querellas y llantos, y retirándose los invitados por parejas. No recuerdo quién dijo que la vida en Hollywood es como una travesía por un sumidero en una barca con fondo de cristal, pero desearía haber pensado antes en ello.

Fué quizá por culpa del pésimo champaña, quizá por pensar que había enajenado una parte de mí mismo por dinero o, acaso, porque el ambiente no me sentara bien; fuese lo que fuera, empecé a sentir unas náuseas que eran algo más que una simple náusea; la cosa en conjunto me había revuelto el estómago y el corazón de tal modo que, abandonando la fiesta, volví por última vez al despacho con paredes de cristal que durante los tres meses últimos había sido la cárcel de mi alma, para librarme de los apresurados esbozos, de los modelos de letras, de los reclamos publicitarios, de las anotaciones tomadas en los ensayos, y de las brillantes fotografías de ancianas caracterizadas de jovencitas; para coger mi máquina de escribir portátil y aquella otra cosa que pertenecía a mi verdadero yo, que me traje conmigo el día que llegué allí, que me había mantenido en contacto con el mundo… (con el mundo tal como lo conocía yo), una fotografía con marco de la sala de redacción del «News Orleans Messenger» a las dos de la madrugada. Es posible que la frenética confusión plasmada en la foto, los rostros pálidos, demacrados, de los reporteros, la mueca de ira del director y mi propia y hermosa faz sobresaliendo del cuello de la camisa (hecho una calamidad a tales horas), no se conjugaran para producir una impresión de cordura en el sentido que la mayor parte de la gente da a esa palabra. Pero era mi mundo, el único que tenía sentido para mí…, mil veces más sentido que el crujiente carrusel de Hollywood. Estaba desposado con mi periódico, y volvía a él; el devaneo de Hollywood había terminado.

***

No fué fácil tomar la decisión. Frescas en mi memoria sonaban aún las palabras de la corta conversación que sostuve con el «Manda Más», durante la fiesta de despedida. Él había apoyado en mi hombro su mano gordinflona, incrustada de sortijas, diciendo:

—Ricky: tú eres un muchacho excelente de verdad. Quédate, tengo trabajo para ti. Quédate aquí conmigo, y llegarás a la cumbre.

Yo le contesté:

—Gracias, señor; lo pensaré.

Lo cual daba la medida del nivel a que había descendido ya, puesto que lo que hubiera querido decirle era: «En la cumbre estoy, compañero, y no gracias a ti. No me quedaría en esta ratonera ni aunque me pagaras un millón de

dólares». Pero no lo dije. Preferí la contestación cortés que me diera tiempo para considerar la oferta, para ver si la balanza se inclinaba en beneficio de mi propia estimación y me resolvía a reemprender un trabajo que conocía bien y al que tenía cariño, en compañía de personas a quienes comprendía, o se inclinaba hacia su ofrecimiento.

—Serías un primo si te lanzaras otra vez a la azarosa vida de reportero de crímenes —había dicho el «Manda Más»—. ¿Cuánto tiempo crees que podrás durar? No vas a ser el mimado de la suerte toda la vida. Alguna vez será tu adversario quien dispare primero. Quédate aquí, Ricky. Decide llegar a viejo. Si te vuelves a tu casa, no lo lograrás.

Sus palabras encerraban una gran verdad. Empero, ¿quería yo llegar a viejo? ¿Fué con la idea de criar una barbilla blanca como entré en el juego de reportero de sucesos? ¿En qué ha parado mi filosofía de entusiasta de una existencia corta e intensa? Quizá los tres meses de vida muelle en Sunset Strip, la habían reblandecido también. Tomé un buen trago de *rye* **(2)** de la botella del despacho para desterrar el regusto dulzón del champaña. Se me antojaba ver el rostro airado de Reagan saltando de la instantánea de la sala de redacción del «Messenger» para encararse conmigo y gritarme ásperamente: «¿Dónde diablos estuvo usted, Drayton? En el *saloon* del Basin Street hay una rubia estrangulada. ¡Váyase allá antes de que entre en descomposición! ¿Qué hemos de suponer que es usted, un reportero de crímenes o un historiador?

—Un reportero de crímenes, señor chillón, y el mejor que usted haya tenido jamás —me sorprendí exclamando en voz alta.

Me pasé la mano por la frente; había soñado despierto, un sueño de pesadilla. Al librarme de ella, quedé libre también de la otra duda. Se había disipado hasta el último rastro de la loca idea de quedarme en Hollywood escribiendo películas que no serían tomadas jamás, tomando otras que no habían sido escritas y diciendo que sí a unos tipos que hubieran tenido que «tomar» veneno mucho tiempo ha.

Me había costado algún tiempo adoptar tal decisión.

Uno no consigue vencer en una pelea contra su propia alma en media hora. Las manecillas del reloj cromado de mesa señalaban las tres y media de la madrugada. En aquel instante el «Messenger» estaría saliendo de las prensas, pensé. Y los concurrentes al final de la fiesta de la que yo acababa de zafarme, estarían saliendo para irse a la cama. Después de seis horas de aquel champaña, no hubiera deseado compartir ninguna de sus jaquecas. A mí que me den una jaqueca a la moda antigua, producida por el *rye*; y tanto es así que me serví otra copa con la buena intención de conquistarme un dolor de cabeza para mi uso particular.

Aquello era una reunión de un invitado: yo solo en el despacho de paredes de cristal. No concurría nadie más, porque se trataba de una fiesta estrictamente familiar. Era mi borrachera de despedida ofrecida por Ricky Drayton reportero de crímenes a Ricky Drayton guionista de películas. Ambos personajes se decían adiós, para siempre. Y la reunión hubiera durado hasta después de la madrugada, pero la botella quedó exhausta en mis manos. En consecuencia me puse la fotografía de la sala de redacción del «Messenger» en el bolsillo, cogí mi «piano» portátil y me dispuse a sacudir de mis zapatos el polvo de los «Magnificent Studios». Creo que me entretuve más de la cuenta yendo de un lado para otro. Ya saben ustedes lo que ocurre cuando uno se va por fin de un lugar que guarda para él muchos recuerdos, aunque la mayoría de éstos sean acerbos. Uno dirige una última mirada a su alrededor. ¿Que usted no lo hace? Bueno, pues yo sí, y soy yo quien está contando la historia ¿no es cierto?

De acuerdo; así, pues, anduve de un lado para otro. Con paso inseguro, si quieren. ¡Estaba un poco achispado, de todos modos! Al cabo de un rato me encontré en un escenario irreprochable, en el que habían tomado las escenas de una nueva gran película sobre la Italia del tiempo de los Borgias. Caprichosos objetos, un gran salón de banquetes, tapicerías de un precio incalculable, estatuas que significaban un arreglo agradable entre el desnudo clásico y el «Breen Code». Y todo ello construido con chapa de madera, yeso y pintura. Todo ficción. Obsequié con un salivazo en el mismo ombligo al Júpiter de Miguel Ángel, copiado por Zinc Woolheim, del departamento de arte… Pero entonces vi algo que no pertenecía ni por asomo al decorado aquél; algo que me hizo pensar si iba ya a ser víctima de lo fantasmagórico; un género al que había contribuido a dar auge. Entre el decorado había un sujeto que no se hallaba allí en su sitio, pues por todo lo que recuerdo de las lecciones de Historia de la escuela, los Borgia despachaban siempre con un brebaje a cualquiera que les hubiera enojado. En cambio el sujeto ése colgaba por el cuello, postura en la que se encontraba desde el instante de su muerte.

Sus pies pendían a una yarda del suelo. Torciendo mi cuello seguí la dirección de la cuerda que le sostenía hasta la palanca que dominaba el escenario. Había caído desde muy arriba el sujeto ése. Lo cual explicaba quizá por qué su cabeza se inclinaba de un modo tan inverosímil sobre el hombro izquierdo. Con el cuello estirado y roto, un individuo tiene un aspecto la mar de raro. Una corriente de aire atravesaba la estancia. No era intensa, nada más que una brisa, pero bastaba para hacer danzar al ahorcado, imprimiéndole un movimiento de péndulo. Yo movía la cabeza siguiendo el compás, mirándole. Al mismo tiempo que se balanceaba iba rodando alrededor de la cuerda. Resultaba todo extremadamente gracioso.

Por supuesto, hubiera podido ascender hasta la palanca y descolgarlo, pero me pareció que el trecho era demasiado. También hubiera podido cogerme a sus tobillos y trepar cogido a su cuerpo, hasta la soga para cortarla. Pero no me sentía con la energía suficiente; amén de que no tenía ningún cuchillo. En Hollywood uno cuenta con una secretaria hasta para que les saque punta a los lapiceros. De modo que en vez de realizar ni una ni otra de esas dos espectaculares gestas, arrastré una mesa del banquete, teniendo cuidado en no pisar las uvas de yeso, y me puse a la altura del Arriesgado Joven del Trapecio Volador. Sólo que, bien mirado, no era tan joven. Los cincuenta le calculé yo, y eso haciendo concesiones a la cara de disgusto que ponía, seguramente, se me figuraba, por no encontrarse nada cómodo. Por lo demás, no tenía el tipo de los habitantes de Hollywood. No exhibía la hermosura artificial de un artista de cine, la arrogancia quisquillosa de un apoderado, el aire arisco de hombre que se pregunta: «¿qué diablos me ha ocurrido?» de un escritor atrapado entre los engranajes de aquella máquina de enhebrar moneda, ni el alcoholismo agudo de un ex hombre de cualquier departamento.

En realidad, tenía el aire de un señor corriente y respetable, algo granado. Un tendero, acaso, o el escribiente de un procurador. El bigote gris, descuidado, los lentes sin montura (que ahora cabalgaban al sesgo sobre su nariz), el traje marrón, brillante en los codos, la camisa blanca y la corbata seria: todo concordaba. Dejé que pasara oscilando y girando dos o tres veces por delante de mí, mientras le iba observando. A cada vaivén las puntas de sus zapatos rozaban la mesa sobre la que yo me había subido. Extendí la mano, y le detuve; su cuerpo conservaba todavía el calor de la vida. Quedó en una posición en la que, de no haber visto la cuerda, ustedes habrían creído que se trataba de un bailarín inmovilizado en uno de los puntos de un «ballet». Luego le cacheé.

De sus bolsillos no salió gran cosa: un pañuelo gusarapiento, un poco de

dinero, cigarrillos, cerillas, un reloj anticuado de bolsillo, y la tarjeta de identidad. Esta última me indicó lo que quería saber, es decir, su nombre: Wilbur Deems, y su dirección, 576a East 13th Street, Los Angeles. Devolví la tarjeta a su bolsillo, y me fijé con más atención en el reloj. Al tocar un resorte se levantó la tapa. En el interior había una inscripción: «A Wilbur con todo el cariño, de Aggie, 12-7-21.» Quité el polvo del reloj para borrar las huellas digitales, y lo puse otra vez en el bolsillo de la chaqueta. Luego bajé de la mesa, y la devolví a su sitio. Wilbur emprendió nuevamente su balanceo… Y columpiándose le dejé.

Imagino que la cosa ocurrió en el mismo instante en que mis ojos enfocaron al sujeto, sólo que en aquel momento no me di cuenta. Ahora sí, me daba… estaba sereno y frío como si no hubiera bebido. Aun más, el celebro de Drayton pistoneaba tan suavemente como el motor mejor ajustado; los pasos de Drayton eran más elásticos que nunca. Había ocurrido que después de media hora de haber decidido despedirme de las marmitas de Hollywood y volver al reportaje de crímenes, estaba ya de lleno en él. Wilbur me había dado una excelente oportunidad, asumiendo el papel de víctima; había puesto la rúbrica a mi decisión. Estaba otra vez en acción.

Y siendo así no corrí chillando hacia la cabina telefónica más próxima para llamar a la policía. Algún vigilante nocturno que no tardaría en pasar por allí, se encargaría de tal cometido. Yo en cambio tenía un margen de ventaja, un tiempo adelantado para ponerme en movimiento. Y ésa es una de las cosas que me entusiasman. Por lo tanto, dejé solo a Wilbur. En fin de cuentas si quería compañía — pensé yo — no tardaría en llegar el viejo amigo Rigor Mortis. Me dirigí hacia donde estaban aparcados los coches, deslicéme dentro del «Hudson» descapotable que me habían comprado en los estudios cinematográficos, y lo puse en marcha, por la avenida principal, hacia la puerta.

Reilly, que en otro tiempo fué policía y que ahora estaba de guardia en los Estudios, al ver que se acercaba mi coche se llevó la mano a la visera, y me abrió la puerta.

—¿Trabajando hasta muy tarde, Mr. Drayton? —me preguntó.

Yo asentí con un movimiento de cabeza, y le interrogué a mi vez:

—Tengo que aclarar un par de cosas. ¿Se han marchado ya a su casa todos los asistentes a la fiesta?

—En efecto. Los últimos salieron hace una hora. ¡Y que las canciones que iban cantando al marchar, no eran de lo más delicado!

—¡Me deja de piedra! —exclamé—. No me figuraba que la reunión ésa tuviera un carácter semejante.

—Pues éste es el que tuvo, Mr. Drayton. Para mayor vergüenza de los que estuvieron en ella, Miss Moon, la joven ingenua, iba como una cuba, como diría usted, sentada a horcajadas sobre la capota del coche, sin otro traje que la ropa interior y cantando lo mismo que los demás.

—Espero que no habrá estropeado nada que no se pueda remendar —comenté—. Buenas noches, Paddy.

Crucé el umbral, y emprendí la carretera de Los Angeles. El radiador de mi auto ostentaba una pequeña mascota de plata, la estatua de una dama con la túnica ondeando al viento, un objeto de mucho gusto. La habría cambiado en el acto por una reproducción de Harvest Moon en ropa interior. ¡Harvest Moon! **(3)** ¡Canastos! En Hollywood inventan algunos nombres endiablados. Pero Harvest Moon era un bocado exquisito… aunque un poco salvaje quizá, como demostraba la escena descrita por Reilly. De todos modos, una buena chica. Había trabajado en la cinta que yo acababa de terminar… y sería una de las

pocas cosas de Hollywood que lamentaría dejar a mi espalda. Entonces me animé. El hecho de que abandonara los «Magnificent Productions Inc.», no significaba que me marchase en el primer tren. Mucho menos con un Wilbur Deems balanceándose en aquel escenario perfecto del tiempo de los Borgia, y habiendo podido emprender yo la carrera con un margen de ventaja sobre la policía.

De pronto me sentí más dichoso que no lo había sido en muchos meses. Los Angeles brillaba abajo, en el valle, como una joya. Yo estaba de nuevo sobre mi ruta.

# CAPÍTULO II

Quizá mi mecanismo mental no funcionaba demasiado bien, en fin de cuentas. Inconscientemente y al mismo tiempo que me dirigía un montón de reproches a mí mismo, tratándome de mentecato, fui aminorando la marcha del coche. Ahí estaba yo camino de la morada de Wilbur, con la intención de registrarla y sin haber tomado la simple precaución de coger las llaves de uno de sus bolsillos para poder realizar con más facilidad mi intento. Sin embargo, entonces advertí un hecho que me pareció muy significativo. Había revuelto todos los bolsillos de Wilbur… y no había en ellos ninguna llave.

Lo cual podía significar que había salido de casa sin ellas. Aunque la explicación más probable era que quienquiera que fuese que le hubiese convencido a que diera el salto desde tan alto, con una cuerda al cuello como medida de precaución, se había quedado las llaves para sí. Preguntémonos: «¿Con qué fin hubieran hecho tal cosa?» Respuesta: «Para entrar en su vivienda». Conclusión: Aprieta el acelerador, Ricky Drayton; es posible que todavía estén allí. ¡Ser un genio es muy sencillo, si uno adelanta pasito a pasito!

En consecuencia, desde aquel instante me lancé como un cohete, hasta que mi coche se detuvo lanzando mil gemidos en East 13th Street. Dicha calle no tiene el vecindario más distinguido de Los Angeles. Si uno no es demasiado metijoso no hay nada que objetar, pero existen personas a quienes no les gusta encontrar borrachos durmiendo en el umbral de su puerta, ni contemplar debajo de sus ventanas, durante toda la noche, los puestos de los vendedores ambulantes. Algunas gentes no se deleitan viendo gatos muertos en el arroyo ni tampoco con las visitas nocturnas de los guardias que corren a separar maridos y esposas muy enamorados que se empeñan en darse de puñaladas. Hay personas que son así de raras.

El edificio al que correspondía el número 576a, era algo mejor que sus circundantes. Es decir, no estaba ardiendo ni se oía a nadie que lanzara alaridos en el interior. Lo habían construido como para remediar un descuido, adosado a una casa de grandes dimensiones; tiempo atrás sirvió probablemente de garaje. Ahora se había convertido en una pequeña vivienda. La puerta, que estaba cerrada, lucía cristales de color rojo. No se vislumbraba ninguna rendija de luz.

Como no respondieron a mi llamada, me quité un zapato y aporreé el cristal con el talón. No había nadie en los alrededores que se hallara bastante sobrio para fijarse en el estrépito de los cristales al caer, de modo que pasé el brazo por entre las astillas de cristal del agujero, y levanté el cerrojo. A la izquierda había un interruptor. Corrí los cortinajes sobre los cristales y di la luz. ¡Sorpresa! ¡Sorpresa! El interior de aquella cabaña ruinosa de los suburbios era un oasis de lujo en medio de un desierto de mugre sórdida y de pobreza. No

tenía más que una larga sala, en cuyo fondo un biombo con puertas escondía sin duda el espacio dedicado a cocina y el destinado a cuarto de baño. De las paredes colgaban valiosas pinturas, los cortinajes eran de rica tela, y se comprendía a primera vista que los muebles le habrían costado al que los pagara un montón de dinero. ¿El que los pagara...? ¿Wilbur? El pequeño Wilbur Deems que colgaba en el escenario de los Borgia no respondía a la idea que yo tengo de un hombre rico, ni era éste vecindario a propósito para los que están bien forrados. Acaso se tratara de un excéntrico, o cosa parecida, que lo que ahorraba en trajes de alquiler lo gastaba rodeándose de lujo. Sobre un bar que ocupaba un rincón de la sala, se veía una selección de los mejores licores, y una de las paredes estaba cubierta, desde el suelo hasta el techo, de libros encuadernados en cuero marroquí dorado.

Pero algo había ocurrido que destruía aquella estampa de bienestar...; algo había pasado, cual un ciclón, por la estancia, sacando los cajones de su sitio y desparramando su contenido por la gruesa y peluda alfombra, rasgando los cojines de tal modo que se veían plumas por todas partes, arrancando las pinturas de las paredes y desgarrando el tapizado de los muebles. Quienquiera que fuese el que había abatido a Wilbur y le había quitado las llaves, lo hizo por algo que éste poseía, y vino a buscarlo en seguida de haber cometido el crimen. Dirigí una rápida mirada a todo aquel desorden, y no pude descubrir nada que pudiera proyectar ninguna luz sobre el caso. Los objetos de valor no habían desaparecido; entre los papeles de Wilbur no aparecía ninguno que resultara más revelador que una lista para la lavandera. Parecía que el que llegó primero, encontró lo que buscaba, y se largó con ello. No creí que me sirviera de nada el entretenerme más tiempo por allí. No pasaría mucho rato hasta que alguien advirtiera la presencia del cadáver, y entonces la habitación ésta quedaría atestada de policías. A mí no me interesaba figurar entre los concurrentes cuando asomaran los guardias.

Por lo tanto, me alejé, y subiendo a mi coche dirigí su largo y pulido hocico hacia Hollywood. Imaginé que podía llegar muy bien antes del comienzo de cualquier investigación que quisiera llevar a cabo la policía, y me proponía regresar a los Estudios para dar la voz de alarma si todavía no la había dado nadie. Cuando llegué a la puerta, Reilly seguía muy tranquilo. No mencionó nada sobre cadáveres, por lo cual, y como Reilly es un alma parlanchina, me figuré que nadie había descubierto ninguno aún. Murmurando que me había dejado un par de cosas en el despacho, penetré en el recinto, me dirigí hacia el pabellón administrativo, escondí el coche, y subí hacia el escenario de los Borgia.

Todo estaba tal como lo había dejado... Todo, excepto Wilbur. Su cuerpo ya no colgaba de la cuerda; se había fugado. No sólo le habían descolgado: habían hecho desaparecer además todo rastro de cuerda en el techo. Era como si Wilbur Deems no hubiera estado jamás allí ni por asomo. No existía más que una cosa que me convenciera de que no fué todo un sueño mío: unos números y unas palabras que habían quedado grabados en mi memoria tan indelebles como lo estaban en el reloj de Wilbur: «A Wilbur, con todo el cariño de Aggie, 12-7-21.»

En la puerta de los « Magnificent Studios» siguen un ritual inalterable: anotan el nombre de cada persona que entra, y lo contrastan al salir. De este modo, los guardianes de los Estudios saben si queda algún granuja o indeseable rondando por dentro de las instalaciones cuando el trabajo del día ha terminado. Era muy fácil indagar, con la ayuda de Reilly, si había salido alguien detrás de mí, o si todavía estaba alguien dentro.

—Ni un alma, Mr. Drayton —me aseguró él—. Usted ha sido el último en

partir.

—Entonces, alguien se deslizó adentro sin que usted se diera cuenta —le repliqué.

Reilly movió la cabeza, como si se las hubiera con un niño duro de mollera.

—Esto no es posible, sencillamente. Mr. Drayton. No puede ser, dado el control ejercido sobre todo el que entra, aunque sea el mismo presidente de los Estados.

Yo me encogí de hombros. Muy bien, pues. Wilbur se había descolgado por sí mismo, y luego había trepado hasta la viga para quitar la cuerda y arrollarla. Después de todo esto, se había marchado tranquilamente. Sin duda. Quizá se había diluido en el aire. Me han dicho que los fantasmas suelen obrar cosas parecidas. O quizá era yo víctima verdaderamente de una alucinación. Mientras cambiaba la marcha poniendo rumbo a mi morada de Sunset Strip, me acordé de que existía precisamente un individuo más poderoso dentro de los «Magnificent Studios» que el mismo presidente de los EE. UU. Un individuo que tenía para sí una llave propia, correspondiente a una puerta reservada para su uso personal y particular. Y este individuo era el dueño en persona, Morgan Oput.

Toda una situación, me decía, mientras me calaba un gorro de noche — ¿o debería decir, acaso, un gorro de mañana? — y me metía en la cama. He aquí que alguien colgaba a Deems, el hombre misterioso, y revolvía su vivienda, y he aquí que el dueño de los Estudios, Morgan Oput, cortaba la cuerda y escondía el cuerpo del menguado en algún punto apartado de la vista. Era una situación que se me antojaba inverosímil. Decidí quedarme en los Estudios. Acaso no fuera tan mala idea, bien mirado el caso, aceptar el trabajo que Oput me había ofrecido. En fin de cuentas, ¿por qué no me podía pagar él los gastos, mientras yo me dedicaba a una pequeña tarea de investigación?

Hay dos recursos para conseguir una entrevista con un magnate del cine. Una consiste en pedir muy cortésmente a la secretaria de la secretaria que nos señale una hora para visitarle. Entonces uno pasa a ocupar un puesto en la cola, y si puede resistir sentado en la antesala tres o cuatro días sin comer, puede tener la suerte de que le digan que vuelva la semana próxima. La otra manera es la mía. Usted atraviesa la antesala pasando por delante de los que aguardan llenos de esperanza, se agarra a lo que mejor se ofrezca en aquel momento de la secretaria de la secretaria, y se va directamente a la secretaria. Le dice que lleva torcidas las costuras de las medias, y mientras ella se expone a quebrarse la espalda para enderezarlas, usted se desliza dentro del mismo *santasanctorum*. Morgan Oput está tan poco acostumbrado a que la gente se le eche encima por sorpresa, que se figurará que le habían citado a usted de veras, o que quizá es usted el que llegó más temprano y ha entrado para lavarse o para otra cosa… O quizá no piense nada…; quizá no sepa nada de la cola apretada, paciente, desesperante, de la antesala; de los actores apagados; de los escritores que malgastaron su talento; de las hileras de directores que esperan y esperan y nunca consiguen verle. Acaso se figura que forman parte del mobiliario.

Sea cual fuere la razón, ahí estaba yo, y ahí estaba el gran Morgan en persona, sentado detrás de su mesa de despacho, parecida al puente de un aeroplano de transporte. Las paredes de la habitación estaban empapeladas con brillantes fotografías de los muchachos y muchachas embelesadores que habían puesto a los «Magnificent Studios» en donde estaban, es decir, sobre la cumbre de un montón de vil dinero. Desparramados por encima de la enorme mesa — sólo a un corto trecho uno de otro — había una pitillera y un encendedor de platino, una fotografía del propio Morgan, y un complicado sistema de comunicaciones que le permitía chillar contra cualquiera de los tres mil

departamentos independientes de los estudios con sólo tocar un conmutador. En un rincón del despacho había un bar; aunque no se parecía a un bar ordinario. En vez de licores las botellas contenían una gran variedad de medicinas para la dispepsia. Las tabletas de bismuto y de bicarbonato ocupaban el lugar de las cebolletas y las cerezas para los combinados. Los vasos estaban graduados a cucharadas.

En aquella habitación no había ventanas, pero estaba inundada por una claridad semejante a la luz del sol, claridad que procedía de unas lámparas escondidas en los ángulos formados por las paredes y el techo. En todo Hollywood ocurre lo mismo. Gastan el dinero a chorro para construir un despacho sin ventanas, y luego tiran más dinero aún para dotarlo de luz solar artificial, mientras en el exterior regalan todo lo que se quiera del artículo auténtico, completamente gratis. Pero la luz del sol verdadera no es buena para los tipos como Oput. Tampoco lo es el aire libre de veras; el suyo sube empujado por una bomba de depósito especial que hay en los sótanos. Todo es artificial, y ello no puede sorprendernos sabiendo que todo lo que Hollywood produce es un substituto artificial de la verdadera vida.

En medio de todo aquel lujo se arrellanaba Oput como un sapo sobre una roca. Tenía la cabeza grande, más ancha que larga, con una mata de pelo espeso y negro que le descendía casi hasta sobre las cejas. Sus obscuros ojos danzaban hacia todas partes, y raramente se fijaban los dos en la misma dirección. Sus manos se cogían una a otra sobre el secante artísticamente adornado que tenía enfrente; de sus dedos salían los destellos de los anillos que se hundían en la carne pálida, fláccida. Su silla fué construida de forma que Morgan sobresaliera encima de la mesa e impresionara, a despecho de sus menguados hombros, que parecían demasiado canijos para sostener el peso de su desmesurada cabeza. No obstante, yo sabía que sus piececillos calzados con sus puntiagudos zapatos tenían que colgar a varias pulgadas del suelo; porque Oput, como otros muchos directores y jefes que le precedieron, era un mequetrefe que no abultaba mucho más que Pulgarcito. En la panoplia de su despacho acaso hiciera temblar a los financieros y a personas de nombre famoso en todo el mundo; pero en un baño turco habría suscitado una tremenda risotada.

En aquel momento, el dueño estaba hablando a un sujeto pálido que llegaba gafas con gruesa montura de concha, uno de los corifeos de los estudios que andaba a su alrededor con un puñado de papeles en la mano.

—Mi hijo llegó de la escuela el otro día —estaba diciendo Oput—, entusiasmado con una historia que acababan de contarle. Se me ocurrió que serviría para realizar un film magnífico.

—Sí, Mr. Oput.

—Vea, es un sujeto llamado Romeo y una señora que se llama Julieta, y están locos el uno por el otro; pero el padre de Romeo está enemistado con el papá de Julieta… Es una especie de rencilla antigua, como los Martins y los Coys, ¿me comprende?

—Sí, Mr. Oput. Pero…

—Pero nada. La historia es buena. Lo único de malo en ella es que el diálogo flaquea, sin duda. Lo que quiero ahora es que busque al que la escribió, le contrate, me lo traiga en avión y le reúna con Louis Greensholt, Spike Tovey y unos cuantos de nuestros muchachos, para que le pongan un poco de música de «jazz» al asunto.

—¡Pero, Mr. Oput, «Romeo y Julieta» lo escribió Shakespeare!

—¡Vaya! —exclamó Morgan, admirado—. Ya sabía yo que hacía bien teniendo intelectuales a mis órdenes. Perfectamente; contráteme a ese señor

Shakespeare.

—Shakespeare fué un poeta inglés… —empezó diciendo el corifeo.

—Muy bien, de modo que es un *Limey* (4) ¿eh? Tanto mejor; lo podremos conseguir más barato.

—Hace algún tiempo que murió, Mr. Oput.

—¡Al diablo con él! ¿Por qué no me lo dijo antes? ¿Cuánto tiempo se necesita para resolver lo relativo a derechos de propiedad? Ocúpese de ello. Quizá podría conseguir a ese otro *Limey* para escribir el diálogo adicional… ¿cómo se llama?… el tío aquél que escribió «La Isla del Tesoro» para Walt Disney. Esta ha de ser una cinta de prestigio. Colosal. Cosa seria. Podríamos hacer de Romeo un delegado a la O. N. U. Y darle categoría social. Es el plato que la gente quiere que se le sirva en nuestro tiempo. ¡Ponga manos a la obra!

—Muy bien, Mr. Oput —asintió el joven. Y cruzando por delante de mí, salió del despacho meneando la cabeza tristemente.

Oput me vió entonces por primera vez.

—¡Su cara me es bastante familiar!… —dijo—. ¿Quién es usted? ¿Trabaja para mí?

—En parte —le contesté—. Precisamente acabo de escribir una película, y la noche pasada me ofreció usted otro contrato.

—¡Cierto, lo recuerdo! —exclamó Oput—. Tú eres el periodista que hizo un trabajo muy bueno con aquella historia de Nueva Orleans. Esta mañana he visto la primera proyección completa. Buena. ¿Quieres seguir trabajando aquí?

—Claro que sí —respondí.

—Magnífico —murmuró Oput—. Yo había pensado en ti para cambiarte de artículo. No más «gangsters» por una temporada; no quiero que te anquiloses. Voy a hacer una película sobre la vida de Monty Cassino.

—Resultará bonita —comenté—. Yo soy un poco joven para recordarle. Fué uno de los que conmovieron más corazones, en los días del cine mudo. Dicen que él sabía poner más pasión contenida en el simple gesto de enarcar una ceja, que una estrella de nuestros días en noventa minutos de cine sonoro y dinámico… O será acaso que el público era más fácil de contentar en aquellos tiempos.

—Será una cosa de primer orden —prosiguió Oput—. Los mayores todavía recuerdan a Monty, y le adoran. Y para los jóvenes, es una especie de leyenda. El único inconveniente en este caso, y desde el punto de vista de un film, es que, a pesar de haber sido un gran enamorado en la pantalla, su vida fuera del escenario discurría a plena luz. Sin embargo, tú eres un chico inteligente, Drayton. Lo que te pido es que revuelvas en la vida privada de Monty Cassino. Ensúciala un poco; ponle algo de sal y pimienta. Kye Wimblast es quien me dirigirá la película. He pensado para estrellas de la misma en Don Fernand y en Harvest Moon. Ve a ver a Wimblast; él te dirá lo que tienes que hacer.

Mi respuesta fué algo engañosa.

—Sí, Mr. Oput —le dije.

—¡Ricky! —me volvió a llamar cuando ya me iba—. Me alegro que hayas comprendido la verdad de cuanto te dije anoche. No te arrepentirás. ¿Te va bien a seiscientos dólares semanales?

—Seiscientos dólares semanales serán precisamente muy hermosos —asentí yo. Desde la puerta me volví para preguntarle—: Y de paso, ¿qué ha sido de Wilbur Deems?

El rostro de Morgan era una máscara impenetrable. Escogió un cigarro de la caja de platino, mordió la punta y la escupió en la papelera.

—No le conozco —contestó—. ¿Quién es? ¿Algún pariente de ese señor Shakespeare?

—Olvídelo —repliqué—. Olvídelo, Mr. Oput.

Mi intento de arrancarle una respuesta que le delatara, había naufragado como una barquilla de papel. ¿Dónde probar ahora? me preguntaba. Pensé que lo mejor que podía hacer era celebrar mi entrevista con Kye Wimblast. En fin de cuentas, mientras estuviera en Hollywood tenía que comer. Mejor sería conseguirlo por el medio más fácil, aceptando la contrata que Oput me había ofrecido.

Una de las secretarias, la pelirroja de la antesala, aquélla a quien había cogido por sorpresa, me dijo que lo más probable era que Wimblast estuviera en aquel momento en el «Celluloid Club» del Hollywood Boulevard, y en consecuencia me encaminé en aquella dirección. Mientras iba andando, los vendedores de periódicos pregonaban las primeras ediciones de los diarios de la noche. Compré uno y eché un vistazo a la primera página. Y ahí estaba. Mi amigo Wilbur ocupaba los titulares. La policía lo había encontrado colgado en su casa de la East 13th Street aquella mañana. Se sospechaba que fué un suicidio.

—¡Vaya, vaya, Wilbur! —exclamé a media voz—. ¡Para ser un fiambre sabes andar por el mundo!

# CAPÍTULO III

Puede que Hollywood represente la idea que usted tiene del cielo, o del infierno; para algunas personas es la meta de todos los sueños; para otros, la raíz de todos los males. Pero para la policía de Los Angeles, no es ni más ni menos que uno de sus distritos. El individuo que ocupa el cargo de comisario es un tipo alto, delgado, cuya nota distintiva consiste en que tiene el aire de un *cow-boy* vestido con traje gris: está curtido por el sol, su pelo es canoso y sus ojos, fríos, azules y duros como el mejor acero toledano, ostentan en los ángulos las arrugas características del hombre que ha cabalgado en medio del sol y del viento… Sólo que este señor no montó en su vida, como no fuera en un caballo mecedor, cuando niño. Sus ojos adquirieron la expresión de hombre azotado por la intemperie, a copia de mirar los hechos cara a cara, y de resistir el brillo y el destello de lo que le rodeaba hasta que su vista penetraba en el fondo putrefacto que se escondía bajo la mentida luz. Treinta años en Hollywood habían agriado un poco el alma del capitán Aubrey Littlejohn. Pero sólo dos detalles de su personalidad revelaban el hecho. Una, era el guiño desconfiado de sus antes citados ojos; otra era que nunca iba al cine.

—¡Me da náuseas! —solía decir.

Este era el sujeto a quien quería ver, en su oficina, en el cuartelillo del distrito, tan recatado y discretamente escondido en los bares, restaurantes, clubs y cines de la Palm Avenue de Hollywood. Cuando llegué, Littlejohn salía de su despacho con un par de detectives, y los chicos de la prensa se arremolinaban a su alrededor, ansiosos por recoger una postrer declaración sobre el suicidio de Deems. Aubrey me descubrió en medio del grupo, y me saludó con la cabeza.

—Hola, Drayton —me dijo—. Pensaba que habías dejado el juego del periodismo para escribir cuentos de hadas.

—Acabo de volver a lo de antes —le expliqué—. ¿Qué hay de nuevo en eso de Deems?

—Sí. ¿Ha forjado alguna hipótesis, capitán? ¿Quién era ese tipo, en

resumidas cuentas? ¿Le satisface la explicación del suicidio? —preguntaron, a coro, los otros cazadores de noticias.

Aub (5) apoyó su largo muslo sobre el borde de la mesa, lió hábilmente un cigarrillo con una sola mano, y dijo pausadamente:

—Nada más que otro percance de Hollywood, amigos. No les ofrece tela para un reportaje, amigos.

—¿Por qué lo hizo, capitán? —inquirió uno de los periodistas.

—¿Y por qué no hacerlo? —replicó el policía.

Su voz acarreaba todo un cargamento de desesperación contenida. Aquella sencilla pregunta parecía expresar cuán fútil es la vida, la falta de objetivo de prolongarla. Se produjo un silencio glacial; el periodista que había hablado antes, se rebullía inquieto. Por fin dijo:

—Sí, creo que sus palabras encierran un significado. ¿Por qué no?

Los reporteros se volvieron para salir. Alguien se puso a hablar con voz alta y vibrante. Alguien más soltó una carcajada y renació la normalidad. El verdadero mundo de los vivos había recobrado su imperio, el mundo en el que la gente no se cuelga porque no tiene una respuesta convincente para esta pregunta: ¿Por qué no hacerlo?».

Yo me quedé. Los ojos de Aub miraban fijamente a lo lejos, como si creyera que me había marchado con los demás. Di un paso hacia él y encendí una cerilla para su cigarrillo.

—Es usted un tunante excesivamente jovial —comenté.

Él lanzó una especie de resoplido que fué lo que ha soltado siempre más parecido a una carcajada. Luego me preguntó:

—¿De modo que tu luna de miel con los «Magnificent» ha terminado?

—Un disgusto de enamorados —respondí—. Entre tanto, proyectaba ganar algún dinero para mis gastos, si usted ha recogido algún caso digno de un reportaje.

—Nada —contestó el policía—. Te has dirigido a una tienda donde no venden escándalos cinematográficos. En Hollywood se cometen más crímenes contra el alma de los hombres que en cualquier otra milla cuadrada de la tierra… pero nunca llegan a la policía. La gente no se mata a tiros en esta ciudad, Drayton. Lo que hacen es destrozarse el corazón unos a otros. Es más divertido de este modo.

—O se suspenden unos a otros con una cuerda —sugerí yo.

Aub hizo asomar en su nariz un largo penacho de humo:

—¿Quieres repetir lo que has dicho?

—Es una suposición, compañero, nada más que una suposición —repliqué.

—Si sabes algo que no has dicho, suéltalo —me advirtió—. ¿O tendré que ponerme pesado?

—No sé nada —protesté—. Para mí, todo suicidio es un asesinato hasta que se prueba lo contrario.

—¿En dónde aprendiste esta máxima, ojos de lince? ¿En la escuela de periodismo?

Yo moví la cabeza.

—En los muelles de Nueva Orleans —le corregí—. Allí es donde me gradué.

—Esto no es Nueva Orleans. Es el civilizado Hollywood —objetó Aub.

Yo solté lo que suele llamarse una carcajada sin alegría.

—Mona vestida de seda, nunca deja de ser mona —repliqué.

—Sostienes una teoría interesante, Drayton, pero en este preciso momento no tengo tiempo para discutirla —dijo Aub—. ¿Qué guardas en la mollera?

—Nada especial —respondí—.Únicamente que me gustaría comprobar el caso Deems, si está usted conforme.

Aub se deslizó fuera de la mesa.

—Conforme, ciertamente. Estoy habituado a tener por mi oficina reporteros de tres al cuarto, jugando a ser Sherlock Holmes. Sírvete tú mismo.

Y con estas palabras me condujo a su propio cuarto, cuyo mobiliario era tan austero como podía suponerme. Vitrinas abarrotadas y libros de historiales. Una mesa plana, un par de sillas sin tapizar. Las únicas concesiones al confort consistían en un jarro de naranjada y un pote de tabaco encima de la mesa. Aub me invitó:

—¿Quieres beber?

Yo miré el jarrón con recelo y moví la cabeza.

—Antes del desayuno no tomo nada que sea más fuerte que el *rye* —me excusé.

El policía me pasó unas relucientes fotografías que mostraban a mi amigo Wilbur balanceándose colgado de una viga en su vivienda de una sola habitación, en Los Angeles. Su rostro tenía aún aquella expresión tan estúpida. Pero la habitación era diferente. Alguien A había puesto en orden. Los cajones y su contenido estaban en su sitio. La tapicería quedaba limpia, y en suelo no aparecían plumas ni papeles.

—¿Lo encontraron todo tal como está aquí? —interrogué.

Aub me dirigió una mirada de sospecha.

—Ya sería hora de que estuvieras al corriente de los métodos de la policía. Drayton —me contestó—. Naturalmente, tal como está aquí.

Sobre la mesa había una bandeja llena de fruslerías, que creí reconocer.

—¿Será lo que tenía en los bolsillos? —pregunté, señalando con la mano.

Aub asintió con la cabeza. Estaba todo y en buen orden, pero sin el reloj. Volví a coger la foto. Deems colgaba con la chaqueta desabrochada. Pero la cadena de oro no decoraba la pechera de su chaleco. Allí no llevaba reloj.

—¿Qué sabemos acerca de ese hombre? ¿Quién era? ¿De qué vivía?

—No sabemos nada respecto a lo último —respondió Aub—. No tenía cuenta en los Bancos, pero parecía en muy buena posición. En su cuarto había una arquilla conteniendo dos mil quinientos dólares, en billetes pequeños.

Ahora fui yo el que dirigí una fría mirada al policía.

—¿Por qué continuar con medias palabras, Aub? —le dije—. El sujeto ese era un chantajista. Se ve a la legua.

—Podría ser —replicó Aub—. No había desechado tal posibilidad…

—Segunda pregunta —le atajé—. ¿De dónde procede?

—Lo estamos averiguando ahora. Parece que se trataba de un tipo algo tacaño. Los armarios estaban atiborrados de trajes, algunos de los cuales databan de veinte años atrás. Los más antiguos fueron comprados todos en el mismo sitio, según las etiquetas. En Sacramento. Pero hasta el presente, la policía de dicha ciudad no ha encontrado ningún indicio de que Wilbur Deems haya vivido jamás allí.

—Muy interesante —observé—. ¿Han indagado ustedes respecto a la cuerda?

—¿Vamos a suponer que dejas de indicarme cuál es mi deber, Drayton? —protestó Aub—. Sé tan bien como tú que cada cuerda cuenta una historia. No hay dos casas que fabriquen las cuerdas exactamente iguales. Pero el averiguar una cosa así exige tiempo. Ahora lárgate, ¿quieres? Tengo mucho que hacer.

—Muy bien —contesté—. Gracias por haberme acompañado en esta inspección.

Me fui. Al llegar a mi habitación, cogí el vaso con una mano y el teléfono con la otra. Pedí comunicación a larga distancia y me puse al habla con uno de

mis compañeros. Zee Holtzinger, un reportero del «Sacramento Tribune».

—Oye, Zee —le dije, cuando se hubieron terminado las jocosidades y los «¿cómo lo has pasado?»—. Hazme un favor, ¿quieres?

—Dime qué favor, Ricky —repuso.

—Te agradecería que me buscaras una cosa en tus archivos. La fecha es julio de 1921. Mira en la columna de casamientos si encuentras un individuo llamado Wilbur, que se casa con una señora llamada Aggie. Lamento no poderte dar los apellidos… esto es lo que quiero que me digas *tú* a *mí*.

—De acuerdo, Ricky —contestó Zee—. Te llamaré.

Mientras colgaba el auricular, me dije que cualquiera que resultara ser el apellido de Wilbur, no sería Deems.

Entonces pensé que había llegado la hora de que realizara alguna indagación por mi cuenta… no sobre Wilbur, sino acerca de Monty Cassino, y ello a fin de ganar mis seiscientos dólares semanales. Localicé al director, Kye Wimblast, mi nuevo amo, en el «Celluloid Club» tal como me había dicho la pelirroja. Estaba junto al bar bebiendo cachazudamente, en medio de un grupo de compañeros… escritores, *cameramen*, y otros directores. Al acercarme, me saludó con un movimiento de cabeza.

—Hola, Ricky. ¿Qué vas a beber? ¡Caramba, como si no lo supiera! ¡Joey, *rye* para Mr. Drayton!

El camarero me sirvió mi bebida habitual, y yo me sumé al gozoso grupo.

—Parece que he de trabajar contigo en una nueva obra maestra —comenté.

—¿Tú también? —gruñó Kye—. ¿De modo que después de todo, has aceptado el empleo que Oput te ofreció?

—Tengo que comer —dije.

Él me contestó, mirando ostensiblemente al vaso que tenía yo en la mano:

—Es curioso, Ricky, pero no creo que haya visto pasar jamás por tus labios nada más sólido que un trozo de hielo.

—Perfectamente —repliqué—. Entonces, tengo que beber. ¿Qué se ofrece?

—Te han asignado una tarea fácil, amigo. La historia del malogrado señor Cassino es un libro abierto. Cierto plumífero escribió ya un tratado sobre la materia. No tienes que hacer más que sentarte a escuchar unas cuantas conferencias históricas e ir diciendo: «Sí, señor Oput» a intervalos frecuentes y regulares, y te pondrás al corriente de todo.

—Morgan habló de llevar a cabo alguna otra indagación —puntualicé.

—Olvídalo —aconsejó él—. No hay nada más, y no le quedaba talento sobrante para tener, por añadidura, una vida privada. Se levantaba de la cama por la mañana, y se iba al estudio. Salía del estudio por la noche y se iba a la cama. Los domingos jugaba al golf. Aquí tienes a Monty Cassino.

—Nunca se casó, ¿verdad que no? —pregunté.

Kye movió la cabeza negativamente.

—El gran enamorado de la pantalla no tuvo más que un amor en su vida. El de sí mismo. Aquel sujeto estaba loco por sí mismo. En su persona se encontraban el Romeo y la Julieta del siglo XX.

Un escritor llamado Chip Kimberley tomó la palabra:

—Si quiere saber algo acerca de Cassino, tiene que ir a ver a Harvey True.

—¿A quién? ¿A aquel jamón añejo? —terció otro.

—Creo que recuerdo el nombre —dije yo—. ¿No fué un contemporáneo de Cassino?

—Sí —contestó Kimberley—. Solía adoptar el papel de americano joven y esbelto ante las fabulosas adoradoras que tenía Monty en el mundo latino. Eran compañeros. El viejo True sabe mucho sobre Cassino… o todo lo que puede saberse.

—Lo cual equivale a nada —sentenció Kye—. No pierdas el tiempo con aquel charlatán, Drayton. No sabe nada.

—No estoy de acuerdo, Kye —empezó a decir Kimberley.

—¿Quién diablos te ha preguntado nada, en fin de cuentas? —interrumpió Kye—. ¿Por qué no conservas cerrada esa bocaza que tienes, estúpido?

Kimberley dejó su vaso sobre el mostrador.

—Tranquilízate, hermano —le apaciguó—. No tienes motivo para chillarme de este modo.

—¡Pues ocúpate de tus quehaceres, plumífero de pacotilla! —le escupió Kye.

Yo observé que la sangre coloreaba el rostro magro y descolorido de Kimberley. Sus pálidos ojos lanzaban destellos desde detrás de sus gafas sin montura.

A mí me dió pena. Él quiso ser útil, y nada más. En cambio, Kye le había hecho objeto de un ataque virulento. Las manos del escritor temblaban de vergüenza y de rabia. Otro de los presentes expresó su parecer.

—Este no es modo de hablar, Kye —reprochó—. Pide a Chip que te excuse.

—Antes le vería muerto —replicó el aludido.

Kimberley arrebató el vaso de encima del mostrador, y con un movimiento suave echó todo su contenido al rostro de Kye. Mientras el licor corría por el cuello y la pechera de la blanca camisa, Chip se volvió con ademán de abandonar el grupo. Kye extendió un brazo, lo agarró por el hombro y le hizo dar la vuelta, al mismo tiempo que descargaba el otro puño sobre la cara del escritor. Chip retrocedió a toda prisa el espacio de una media docena de pasos, con las gafas rotas y colgando al sesgo sobre su nariz, hasta que fue a dar contra una mesa. Kye se lanzó hacia él, pero el flacucho esquivó su nueva acometida agachándose, y al levantarse le pescó con un gancho formidable. Kye se llevó la mano al labio cortado, y Kimberley aprovechó el descuido para asestarle un izquierdazo al plexo solar. Kye se dobló, y Kimberley cogió una botella del mostrador, blandiéndola contra el blanco que presentaba el occipucio de su enemigo. Yo estiré el brazo y le cogí la muñeca, retorciéndosela hasta que la botella se vino al suelo regándolo con un chorro de *whisky* y un sinfín de trozos de vidrio roto.

—Sosiégate, primo —exhorté—. Por este camino podrías ponerte en un lío mayúsculo. ¿Por qué no hacerse la idea de que hoy ha sido un gran día?

Kye se enderezó penosamente, y retrocedió para apoyarse en la barra.

—Muy bien, te pido perdón, Chip —murmuró, con sus magullados labios—. Siento haber pronunciado unas palabras fuera de lugar. Comprendo que estoy un poco arisco estos días.

Chip Kimberley le correspondió con un leve movimiento de cabeza y salió del bar. El grupo se disolvió. Kye se fué al cuarto de aseo a lavarse. Yo me dirigí hacia mi convertible. Podía ser que Kye estuviera un poco arisco, iba pensando, pero a mí me parecía que había algo más que eso. Concordaba bastante bien con la idea que me he formado del individuo que tiene algo que esconder. Y ese algo sería la información que aquel desvanecido astro del cine me podía proporcionar.

## CAPÍTULO IV

Antes de girar una visita a la mansión de Harvey True, en Beverley Hills, me llegué a mi aposento para ver si el criado filipino de la casa había tomado algún mensaje de Zee Holtzinger de la «Sacramento Tribune».

Cuando acababa de abrir la puerta y hacía rodar mi sombrero Fedora arriba, hacia la percha, sonó el timbre del teléfono. Zee estaba al habla.



*...tengo que llevarme las cartas. Es decir, si quieren seguir viviendo...*

—¿Qué tal lo has conseguido? —le pregunté.

—Muy bien —me dijo—. ¿Tienes papel y lápiz? Te dictaré las palabras.

Cogí el cuaderno de notas y me preparé para recoger la información.

—El 12 de julio de 1921 —empezó Zee—, Wilbur Smeed se casó con Aggie Ruskin en la sala del juzgado de Sacramento.

Aquello tenía lógica. Deems era el anagrama de Smeed. El fulano había cambiado de nombre, como yo sospechaba. Zee prosiguió:

—Hay más, Ricky. Tres meses más tarde, Aggie Smith triunfó en un concurso de belleza.

—¿Sí? —exclamé—. ¿A dónde la llevó su triunfo?

Zee contestó con una sola palabra:

—Hollywood.

—¡Sorpresa! ¡Sorpresa! —grité yo, como réplica—. Según parece, cambió de nombre. Ninguna señora se abriría camino en la pantalla con un nombre como el de Aggie Smeed, a menos que fuera la madre de Drácula. ¿Qué pseudónimo escogió?

—Esto no puedo decírtelo —replicó Zee—. Hay un comentario sobre su fuga a Hollywood y sobré las declaraciones de su marido, diciendo que no quería interponerse en su camino. Después, ya no se encuentra ninguna noticia más que les mencione.

—Parece que una de dos: o ella, como tantas reinas de belleza, no logró alcanzar el éxito, o lo alcanzó en tal medida que decidió olvidar todo lo concerniente a su vida en la pequeña ciudad como Aggie Smeed —sugerí yo.

Zee estuvo de acuerdo conmigo.

—Queda otra cosa aun —indicó.

—¿Qué es?

—Un retrato que publicó el «Tribune», cuando venció en el concurso de belleza. Para mí no ha significado nada. Todas aquellas señoritas de veinte años con sus figuras negativas y sus rostros planos, me parecían lo mismo, pero ha llamado la atención de un compañero de aquí, uno de los antiguos. Estaba mirando por encima de mi hombro, y ha exclamado de repente: «¿No es Lola Cartwright esta?». ¿No has oído nombrar alguna vez a Lola Cartwright, Ricky?

—Claro. Fui a la escuela —le contesté.

Lola Cartwright, la muchacha de ojos grandes como dos platillos, que los exhibía en el «Electric Kinema Palace», la sirena del cine mudo, aquella cuyo nombre bastaba mencionar para que el papá de uno se relamiera los labios. Lola Cartwright, la que había ganado más dinero en una semana, que el presidente en todo el tiempo que dura su mandato. Claro que la había oído nombrar.

—He cotejado el retrato con algunas fotografías antiguas y no cabe duda alguna —iba diciendo Zee—. Es la misma dama. Tu Aggie Smeed es Lola Cartwright.

—Y Wilbur Smeed, ¿cómo sale de todo esto?

—Hecho un señor muy rico, supongo —opinó Zee.

—Estás equivocado —le expliqué—. Resulta ser el difunto Mr. Deems. Te lo explicaré al detalle cualquier día. En este momento no tengo tiempo. Gracias por tu ayuda, Zee. Me tienes a la recíproca.

—No pienses en ello, Ricky. Dispón cuando quieras.

Yo no soy un apasionado del cine. Yo no sigo la vida de las artistas publicada en lujosas revistas. Mi propia vida es demasiado corta para seguir sus cambios de maridos y de peinados. Pero recordaba una o dos notas salientes del carácter de Lola Cartwright. Dicha señora había ocupado los titulares últimamente, porque sé decía que quería reaparecer en la pantalla con todo fausto. Su historial matrimonial según yo la recordaba, venía a ser una cosa así: Por allá en sus treinta, habíase casado con un agente ejecutivo cinematográfico, pobre en dotes personales, pero rico en lo referente a la cuenta en el Banco. Fuera por la emoción de verse unido a la famosa Lola, fuera quizá por otra causa más siniestra… el caso es que Lola alcanzó el estado de viuda casi tan pronto como el de casada. El testamento le puso una fortuna en las manos. Un testamento que fué impugnado airadamente por los parientes del magnate cinematográfico, pero Lola venció, retiróse de la pantalla y se fué a vivir con solitario esplendor en uno de aquellos enormes y adornados mausoleos, dotado de tres piscinas, arriba en el monte. Ahora se rumoreaba que saldría de su

retiro, y proyectaba hacer repicar las campanas nupciales con un tal Roscoe Pile, un agente de Hollywood rico e influyente. En ninguna parte había leído la menor alusión a su matrimonio ni a su divorcio con Wilbur Smeed o Deems.

Según mi punto de vista, si no tuvo jamás medio para divorciarse de Wilbur y éste rehusó pedir el divorcio por su parte, al casarse con el productor de cine muerto tiempo ha, incurrió en el delito de bigamia, y si Wilbur hubiese abierto la boca sobre este particular, no solamente ella hubiera ido a la cárcel, sino que hubiera perdido la fortuna heredada del viejo. Sin embargo, Wilbur había desplegado un juego inteligente — según se vió al final, hasta demasiado inteligente para su propia seguridad — callándose y participando de la herencia por medio de un chantaje limitado y juicioso. De ahí el dinero en billetes pequeños que se había encontrado en su aposento. No obstante, se diría que Lola había llegado a cansarse. O quizá fuera Mister Roscoe Pile quien, aunque no tuviera ningún reparo en apoderarse de la fortuna que acompañaba a Lola, sí que lo tuviera respecto a que participara en el negocio un antiguo marido chantajista. Cualquiera que fuese la razón, alguien había convencido a Wilbur para que probara de volar sin alas. Ahora las tenía sin duda… ¿o debo decir, quizá, una horca en la mano?

Las teorías eran una cosa. Las pruebas, otra muy diferente. Lo mejor que se le podía cargar a Lola por el presente, era un delito de bigamia y un motivo para cometer asesinato, y aun esto significaría una tarea enorme revolviendo los historiales del Estado. Era un trabajo para la policía. No entraba de ningún modo en mi campo de actuación. Todo lo que pensaba hacer sobre este particular, era dar el soplo al capitán Aubrey Littlejohn.

De momento, la cosa podía esperar. Me interesaba mucho más el encargo sobre Monty Cassino, el motivo por el cual Kye Wimblast mostró tanta ansiedad para impedir que aquel escritor de cara pálida me pusiera en contacto con Harvey True, y con lo que éste sabía del difunto Romeo. La vida privada de Monty empezaba a intrigarme. La versión del hombre sin una vida amorosa no parecía, bien mirada, verosímil. Quizá True diera algunas respuestas a las preguntas que jugaban a corre-y-salta en mi cabeza.

Los maderos de la avenida de entrada a la achaparrada casa de True, eran demasiado viejos. Se estaban pudriendo. La fachada, por su parte, no estaba mucho mejor. En las paredes asomaban extensas y obscuras grietas, y la yedra parecía extender sus largos y avariciosos dedos hasta los balcones. La mayor parte de las ventanas estaban cerradas con persianas, cuya madera se consumía poco a poco y cuya pintura se levantaba y desconchaba. En alguna parte, una persiana iba y venía golpeando monótonamente contra su marco. El eco de los golpes era repetido por el muro de árboles y matorrales que invadían el suelo y rodeaban la casa. Dejé el coche a un lado y subí por las escaleras de piedra, que se desmenuzaban, hacia la gran puerta principal. Como todo el resto del edificio, la puerta había visto días mejores. Tiré del pomo de una campanilla de bronce labrado, pero durante cinco segundos no ocurrió nada. Luego, de muy lejos, llegó el sonar apagado de una campanilla, que fué seguido por largo intervalo de silencio, roto únicamente por el golpear de la persiana suelta y los ruidos nocturnos que se levantaban de la maleza, debajo de mis pies. Fantasmagórico. Finalmente, se oyó un tap-tap acercándose a la puerta desde el otro extremo de una larga sala corredor, el sonido de los cerrojos descorridos y de las llaves dando la vuelta en las cerraduras. La puerta giró rechinando por espacio de unas pocas pulgadas y se quedó quieta, detenida por una corta cadena. Por la rendija libre, una faz atisbó hacia mí.

Era uno de los rostros más patéticos que haya visto jamás. Hubiera dicho que veinte años antes había sido extremadamente hermoso, aunque dentro de

su tipo, es decir, de una hermosura rubia, sin carácter. Lo que resultaba más raro, era que no parecía haber envejecido nada. Únicamente se había vuelto más delgado, más desdibujada su silueta y con menos pelo en la cabeza. Mirar aquella cara venía a ser lo mismo que contemplar a un niño de la escuela, muy hermoso pero con expresión de disgusto, a través de un cristal velado. Las mejillas y la frente continuaban tersas y la boca suave, como si lo hubieran conservado todo con *cold cream*. Pero los ojos eran pálidos y parecían débiles, mientras el cabello seguía peinado todavía cual si se pusiera en ello un esfuerzo desesperado para regresar a la adolescencia. Reconocí a Harvey True inmediatamente, gracias a las fotografías que había visto de su persona. Al pensar en los retratos me dije cuanto se parecía a uno de ellos… descolorido.

—¿Qué quiere? —me preguntó.

Y la voz que salió de aquella boca aparentemente juvenil, era la voz de un anciano, aguda y temblorosa.

—Soy de los «Magnificent Studio» —empecé.

No me dió tiempo para proseguir. La cadena cayó al suelo y la puerta se abrió de par en par.

—Entre, entre —insistió Harvey.

Penetré en la sala grande y obscura. A la opaca luz de una lámpara de poca potencia y sin pantalla, apenas podía discernir la borrosa silueta de los muebles, en otro tiempo ricamente decorados y de gran precio. Hoy, cubiertos por una película de polvo, humedad e incuria. Pero el espectáculo más notable era Harvey True en persona, ahora que podía verle por entero, y no solamente su faz. Llevaba un sorprendente par de zapatos de dos colores, estrechos y de punta muy afilada, según la moda de 1920. Pantalones Oxford grises, anchos y caídos. Una chaquetilla de seda azul muy ajustada, con todos los botones arrancados, y una camisa de franela blanca, con un chal de Yale en el cuello. Yo había visto la indumentaria una docena de veces en las primeras películas mudas. Hubiera hecho juego con un «Bentley» descubierto, una dama con labios de capullo de rosa y sombrero en forma de campana con banjos y sombreros de paja, y Rudy Vallee canturreando «Margie» con un altavoz o megáfono de hoja de lata, como en los Jóvenes Alegres.

Harvey True me conducía hacia el fondo de la sala andando con paso corto y rápido, y el cuerpo doblado desde encima de las caderas.

—Estaba aguardando su visita, viejo amigo —me decía—. Venga a la antesala, donde podremos hablar. Ya sé lo que quiere usted.

Yo no comprendía cómo podía saber nada parecido pero de todos modos le seguí.

—He dado fiesta a los sirvientes para que salgan esta noche —manifestó, abriendo una puerta.

Yo comprendí que aquello era una mentira. Aquella casucha en ruinas no había visto un sirviente desde hacía muchos años. La salita semejaba el interior del palacio de un maharajá, pero reducido al mismo estado que todo lo demás de la casa. En el centro de la pared del fondo veíase un órgano eléctrico, mas desde la puerta pude ver que estaba cubierto de polvo y de telarañas. En todas las mesas y estanterías aparecían retratos enmarcados de artistas de la pantalla desvanecidos, damas de grandes ojos y caballeros fuertes y callados, cuyos nombres habían sido del dominio público tiempo atrás, pero que ahora se habían perdido en el limbo. Pero la mayoría de fotos eran del mismo Harvey, con un traje y unos adornos similares a los que llevaba en este momento. Acompañóme hasta una butaca, cuyos muelles metálicos atravesaban la tela del tapizado y se me clavaron en la espalda al sentarme, y presentándome una pitillera de oro macizo, me dijo:

—¡Coja un mataquintos, viejo tunante!

Como si estuviera en sueños, cogí uno y lo encendí. A la primera chupada lo apagué. Sabía a espliego y a polilla.

—Mister True —empecé.

El extendió la mano, interrumpiéndome.

—Morgan Oput ha encontrado un argumento estelar para mí —anunció—. Sabía que había de suceder. Me lo prometió hace tiempo, y desde entonces ha renovado la promesa muchas veces. Sé que no ha sido fácil. El argumento había de ser, precisamente, adecuado. El público me recuerda, pide mi regreso. Pero había de ser con una película adecuada. ¿De qué se trata, Mister…?

—Drayton —declaré.

—¿De qué se trata, Mr. Drayton? ¿Del joven Lonchivar? Siempre deseé interpretarlo. ¿De Romeo? ¿De Midshipman Easy?

Le detuve antes que empezara a imaginarse en el papel del pequeño Lord Fauntleroy o de Tom Sawyler (**6**).

—Oiga, Mr. True —le dije, levantándome—. Vengó de los estudios, pero no con un papel para usted.

Sus débiles ojos se abrieron de par en par, luego se levantaron hacia el cielo, al mismo tiempo que su labio inferior se curvaba tembloroso hacia la barbilla.

—¿No… con… un… papel… para… mí…? —tartamudeó—. Sin embargo, Mr. Oput me había prometido…

—Sin duda —le atajó—. Ya se ocupará de ello. El señor Oput está muy atareado.

—Lo sé. Debo esperar. Paciencia. Todo lo que se necesita es paciencia… —de pronto, escondió la cara entre las manos—. ¡He tenido paciencia durante veinticinco años! —gimió. Pero luego recuperó la compostura, se puso en pie, y, arreglándose la chaquetilla, añadió—: Sin embargo, puedo permitirme el lujo de esperar. ¡La juventud… la juventud es mi reserva!

—Sin duda, lo es —le apaciguó yo—. El éxito de usted les confundirá a todos.

Se volvió hacia mí, después de mirarse en el espejo, como si acabara de darse cuenta de mi presencia.

—Bien. ¿Qué es lo que desea, Mr. Patón?

—Drayton —corregí yo.

—Dispense, amigo —excusóse, encogiéndose de hombros—. Tengo una memoria terriblemente mala para los nombres. Drayton. ¿En qué puedo servirle?

—Se trata de Monty Cassino —le expliqué—. Creo que usted era amigo suyo.

—Él era anterior a mi tiempo, por supuesto —replicó True—. Pero le conocí superficialmente.

No me molesté en discutir. Le dije que me habían delegado para realizar algunas averiguaciones sobre la vida privada del que fué estrella del cine mudo, con la finalidad de tomarla como argumento para una película, y añadí que me habían informado que él podría ayudarme, seguramente.

—Pero es que no hay nada digno de mención —objetó True, evasivamente.

—Siempre me despachan con el mismo pretexto —comenté—. No obstante, pensaba que usted se expresaría de un modo distinto. Usted sabe observar a su alrededor, Mr. True. Usted no se contentaría con lo que dice todo el mundo. Es demasiado inteligente.

—Es cierto —convino—. Sé mucho más que la mayoría, sobre Monty

Cassino Y él no era como le pintaban.

—Continúe —le encarecí.

—Monty tenía una vida privada, ciertamente. Pero la guardaba en privado, de veras. El único recuerdo que conservaba de sus asuntos, era un manojo de cartas. Poco antes de morir de un accidente de automóvil, en 1935, me las dio a guardar. Temía que ciertas personas, no dijo quién, intentaran arrebatárselas.

—¿Las tiene todavía? —le pregunté.

True asintió.

—No las he leído nunca —añadió precipitadamente—. Las guardo bajo llave.

—Ha llegado el momento de abrirlas, primo —le dije.

True movió la cabeza.

—¡Oh, no, Mr. Dighton! —volvía a confundir mi nombre—. Esta no sería una conducta caballerosa, no cabe duda.

—Sería una conducta inteligente, Peter Pan —repliqué, a mi vez—. Mr. Oput ansia poseer esa información sobre Cassino. Si yo le contara que usted me había ayudado en el empeño, quedaría agradecido. ¿Quién sabe? Después de todo, puede que encuentre aquel argumento estelar para usted.

Era un recurso vergonzoso. Aquellos ojos húmedos, en otro tiempo famosos, se iluminaron. True adoptó una expresión tan patéticamente impaciente como el perro de aguas que espera que lo saquen a paseo.

—¿Lo cree así? —inquirió—. ¿Lo cree de veras?

—Estoy cierto —le aseguré, despreciándome a mí mismo—. Tengo mucho ascendiente sobre Mr. Oput.

True chasqueó los dedos, momentáneamente indeciso. Luego se levantó con un movimiento rápido, de pajarillo, y con paso inseguro acercóse a una cómoda Luis XIV muy adornada, un hermoso mueble que se caía a trozos de puro abandono.

Abriólo. Bajo la tapa, revolvió un momento entre las casillas, y volvió con un grueso paquete atado con una cinta descolorida. Extendió el brazo para dármelas, pero cuando yo iba a cogerlas, lo retiró, apretando el paquete contra su descarnado pecho.

—¡No sé si debo permitir que las vea! —exclamó.

El pobre hombre estaba atormentado, luchando entre su conciencia y sus míseras esperanzas de volver al cine.

—Deme —dije, extendiendo la mano.

Entonces sonó otra voz. Mientras una figura salía de detrás de las consumidas cortinas de una de las ventanas de ancho arco, la voz decía:

—Las cogeré yo, compañero…

# CAPÍTULO V

El individuo permaneció en la sombra, al paso que la mitad inferior de su rostro escondida por un pañuelo, el sombrero calado hasta los ojos y el cuello alto del abrigo, subido, completaban la tarea de hacerle irreconocible. Una mano enguantada solicitaba las cartas. La otra empuñaba el revólver, en una forma que acreditaba que su propietario sabía desenvolverse en esta clase de juegos. El sujeto repitió su demanda:

—Las cogeré yo.

Harvey True permanecía inmóvil, transfigurado, dirigiendo cortas miradas

del pistolero a mí y de mí al pistolero. Yo di unos pasos adelante, y el hocico del arma describió un breve arco apuntando a mi ombligo de una forma que me produjo dolor de barriga.

—No sé quiénes son ustedes —dijo el del revólver—. Pero tengo que quedarme las cartas. Es decir, si quieren seguir viviendo.

Cierto, yo quería seguir viviendo. Sin embargo, no quería verlas desapareciendo de debajo de mis narices. Procuré ganar tiempo. El pistolero volvió a dedicar su atención a True, y avanzó un par de pasos hacia él, cogiendo el paquete de un tirón, pero True no las soltó. Forcejearon un instante. Luego, el intruso abatió el arma contra la sien del viejo actor, quien exhaló un gemido y se desplomó de costado, desprendiéndose del paquete. En aquel instante, me lancé contra las piernas del truhán. Mi hombro chocó contra la parte posterior de sus rodillas. El tipo se vino al suelo. Pero no soltó el arma. Monté encima de él, agarrándole la muñeca derecha con una mano, al mismo tiempo que con la otra intentaba coger el pañuelo que tapaba su rostro. Mis dedos asieron la punta del mismo, y lo hice rodar hacia un lado. En aquel momento, apoyó su izquierda en mi cara y me hizo doblar la cabeza atrás, no sin que hubiera podido ver por un instante una mejilla morena, desfigurada por una cicatriz blanco rojiza que descendía al sesgo desde la comisura del ojo izquierdo. Después, la mano del granuja que empuñaba el arma se desasió de la mía, y yo sentí la dura y espantosa forma del revólver aplastándome el cráneo. Me quedé como inerme. Mis miembros perdieron la energía para la lucha, de modo que casi no sentí lo más mínimo el segundo golpe. Se oyó el ruido que produce un coco al abrirse, y me sumergí en un sueño tecnicolor poblado de estrellas fugaces y cometas en remolino.

El sueño se desvaneció. Abrí los ojos como si tuviera plomo colgando de los párpados. En mi cabeza sonaba una canción discordante, pero en lo demás, reinaba el silencio. El pistolero ya no estaba entre nosotros. Las cartas tampoco. Harvey True seguía tendido a mi lado, con sus ridículos zapatos apuntando al techo, y su boca infantil abierta de par en par. Me arrastró hasta él y le observé con atención. True yacía con todos sus miembros demasiado quietos para mi tranquilidad. No se veía ninguna señal sobre su cuerpo, excepto por una pequeña magulladura en la sien. Le tenté el pulso… o, mejor dicho, el sitio donde debía tenerlo. No latía. Le desabroché la camisa, y apliqué la mano sobre su corazón. Ni un murmullo. Entonces comprendí lo que tuvo que haber ocurrido. El hombre tenía el corazón débil, y entre el golpe y el terror que le infundió el episodio aquel, le habían hecho traspasar la estrecha línea roja de la vida Harvey True no volverá jamás a la pantalla. Mis ojos se posaron sobre una prenda color rosa, debajo de la camisa. Era un corsé. Toqué su rostro. Las yemas de mis dedos quedaron cubiertas de polvos. Tal era, pues, el remedio con que el anciano había intentado conservar los lamentables restos de su juventud.

Le cerré los párpados cubriendo sus ojos pálidos, fijos, y me puse en pie buscando un teléfono. Luego me contuve. ¿Para qué mezclarme con la policía? El día era seco. Mi coche no habría dejado ninguna huella en el camino de entrada, y yo no había tocado ningún objeto de la habitación. Me cubrí la mano con el pañuelo, y salí de allí. La puerta principal seguía abierta. Mi coche descubierto, continuaba allí. Subí, emprendiendo el camino de regreso a Hollywood. El hombre a quien quería ver era a mi nuevo jefe, Kye Wimblast. Pegarle a uno un puñetazo en la nariz en un bar era una cosa, y otra muy distinta era enviar a un golfo armado de un revólver, especialmente si el antedicho golfo se hacía responsable de la muerte de un anciano fracasado e inofensivo como Harvey True.

Porque me figuraba que había de ser Wimblast quien movió las cuerdas del atraco que acababa de presenciar. Opinaba que Wimblast había dado instrucciones a su torpedo — el individuo de la cicatriz — para que me echara el guante en caso de que yo fuera a casa de True, y luego, si éste parecía dispuesto a proporcionar alguna información peligrosa, se llevara el paquete de allí. Hasta qué punto las cartas de amor del difunto Monty Cassino podían afectar a Kye Wimblast, era cosa que yo no sabía aún.

Wimblast vivía con su mujer, Marie Somers, la reina de la comedia musical, en una *hacienda* (7) no muy lejos de mi residencia. Al cruzar con mi automóvil, advertí el fulgor de las luces encendidas y las ráfagas de la música de baile que se dispersaban por el *patio* (8). Entre los naranjos resaltaban las pecheras blancas de las camisas, y los caprichosos vestidos. Los tapones de las botellas de champaña al saltar, puntuaban el murmullo de la conversación. Parecía que estaban dando una fiesta, y en Hollywood ello significa que está invitado todo el mundo. A tal hora de la noche, el anfitrión es quien menos sabe a cuál invitó y cuál es intruso. Introduje él coche en la larga hilera de los demás, y subí con paso ligero hacia la casa, comportándome como si fuera un huésped más. El hecho de que no llevara el traje indicado para una reunión de etiqueta, no importaba dos centavos. La mitad de los hombres vestían de «smoking», pero la otra mitad variaba desde la americana hasta el pantalón de pana y la camisa vieja de *cow-boy*, con los faldones fuera. Allí mi traje cruzado ocupaba un puesto ventajoso en la escala de la elegancia sartoria.

Vagué por entre la turba de gente del patio y la terraza, saludando con un «¡hola!» ruidoso a los asistentes que conocía, y entré en el espacioso interior donde servían los licores. Al pasar, me encontré con Marie Somers, la encantadora esposa de Wimblast, luciendo su pelo pardo rojizo. Desde hacía mucho tiempo ocupaba la cima de la escala de la popularidad, y su matrimonio con Wimblast había sido uno de los acontecimientos que dejaron a los conocedores del «todo Hollywood» rascándose la cabeza. Duraba. He ahí la diferencia. Marie y Kye se unieron siendo todavía dos jóvenes que luchaban por abrirse paso, y habían seguido casados… él con ella y ella con él. Lo cual en aquellas latitudes significa algo.

Kye, en uno de los ángulos, llenaba el papel de anfitrión atento. Y mientras disparaba hacia el techo el corcho de una botella y mezclaba el champaña espumeante con brandy «Napoleón» para fabricar un coctel complementario, no tenía el aspecto de un hombre sobre cuya conciencia pesara un asesinato. Cuando me acerqué a él con aire sediento, me saludó como a un hermano largo tiempo ausente.

—¡Hola, Ricky! —exclamó—. Me alegra que hayas venido.

—¿De veras? —repliqué—. Es raro. No me invitaste.

—¿No? ¡Vaya! Se me debió de olvidar. Ahora ya estás aquí. ¿Qué quieres beber? ¿Coctel de champaña?

—¿Tendrías algo de *rye*, por azar? —pregunté.

Kye sonrió, pasó el brazo por detrás de las botellas de champaña y sacó una de *rye*.

—Guardado expresamente para ti —me dijo. Yo me serví una dosis abundante y empecé a sorberla, meditando cómo daría el paso siguiente. Pero Kye me allanó el camino por sí mismo—. He sentido en el alma mi actitud de esta tarde, cuando le pegué al chico aquel, a Kimberley —recordó.

—Olvídalo —repuse yo—. Todos nos mostramos demasiado impulsivos, a ratos. De todos modos, esto me recuerda una cosa. Acepté la sugerencia de Kimberley.

El rostro de Kye quedó repentinamente alterado por la ansiedad.

—¿Quieres decir que viste a Harvey True? —interrogó.

Yo le miré cara a cara.

—Es cierto —respondí. Y nos interrumpieron.

Kye aparentó no haber oído mi última frase.

—¿Te proporcionó True algo sobre Cassino? —inquirió, esforzándose en dar un tono indiferente a sus palabras.

Sin embargo, pude notar que los músculos de su rostro se habían puesto tensos, y que tenía la frente bañada de sudor. La habitación estaba a buena temperatura, cierto, pero no para tanto. Yo seguí con los ojos fijos en él, observando que su ansiedad aumentaba por momentos. Al fin, le libré de su angustia.

—Nada —le dije, apurando el vaso.

Kye cerró los ojos por espacio de un segundo. El sosiego volvió a su rostro como una oleada de sangre. Luego, dijo:

—No creí ni por un momento que lo hiciera.

Pero solamente su voz tenía un tono desinteresado.

Viendo que llegaba un nuevo grupo de gente al bar, pidiendo licor, consideré que el momento indicado para sostener una conversación particular con Kye, sería más tarde. Volví a llenar mi vaso, y me fui a deambular por el patio. Allí fué donde vi a Lola Cartwright. El tiempo se había mostrado benévolo con dicha señora… el tiempo y Dios sabe cuántos dólares gastados en los salones de belleza. Bajo, la luz indirecta de la linterna china, resultaba arrebatadoramente hermosa. Su pose era estudiada, amanerada. La cintura comprimida, el pecho saliente y levantado, la barbilla elevada. Su boca perfecta parecía tan suave y tentadora como siempre. Los ojos grandes y negros conservaban su mismo brillo. Su cabello, como ala de cuervo, tenía todo su lustre. Vestía exquisitamente, y en su garganta centelleaba un fabuloso collar de diamantes. Toda su persona lucía la pose y el aire de suficiencia mayores del mundo. Pareció que percibía mi admirativa contemplación, porque volvió lentamente la cabeza para mirarme como una reina. Sonrióse con una sonrisa que era una maravilla para los ojos — las cámaras hubieran tenido que estar rodando desde detrás de mi hombro — y me dijo:

—¡Hola!

—¡Hola! —respondí yo, acercándome—. Esta noche aparece usted más pulida que un alfiler, Lola.

—Gracias —contestó—. ¿Le conozco a usted?

—No personalmente —concreté—. Me llamo Ricky Drayton.

—¿Actor?

Yo moví la cabeza.

—No. Escritor.

—¿De veras? ¿Qué escribe usted, Mr. Drayton?

—Ahora estoy escribiendo una obra corta, sobre un sujeto excéntrico que llevaba siempre una soga por corbata. Estoy pensando si le llamaré Wilbur Deems.

Lola frunció el ceño, gesto que encajó perfectamente con las arrugas que esperaban, escondidas a la vista nada más, para recibirlo. Me di cuenta de que su cuello, mirado de cerca, no era tan liso como parecía contemplado a distancia.

—¿No era este el hombrecito que se suicidó?

—Podría ser —le dije—. O a quien le suicidó alguien, si usted comprende lo que quiero expresar. Su esposa Aggie, por ejemplo.

Lola era actriz, y buena actriz. Si no hubiera estado espiándolo, nunca hubiera observado yo el destello de miedo que lanzaron sus ojos, substituido al

momento por una expresión imperiosa de enojo.

—Se está expresando usted en jeroglíficos, Mr. Drayton —replicó—. Es un proceder extremadamente grosero y de mal gusto.

Y volviéndome la espalda, se perdió en la obscuridad. Yo saboreé su partida con el *rye* que me quedaba y entré de nuevo en la casa para volver a llenar el vaso.

De pie, entre mí persona y el bar, había uno de los pocos moradores de este mundo que podían desviar de mi mente la promesa de un buen trago, Harvest Moon, mi rubia favorita de verdad, en Hollywood. Permítanme que les hable de esta pieza y de lo que tenía en su cuerpo, y que había inducido a la Asociación de Empleados Civiles a nombrarla la «Muchacha de Cuerpo mejor formado del año». Tenía una cara de esas que da gusto mirar, incluso a la hora del desayuno, con grandes ojos grises, bien distanciados. Frente ancha y lisa, nariz pequeña y atrevida, y una clase de boca que debería estar estrictamente reservada para besar, porque sería un crimen utilizarla para engullir arenques con ella. Su rubio pelo era verdaderamente rubio desde la misma raíz. Lo llevaba bastante corto y enmarcándole el rostro con sus rizos.

Su cuerpo parecía haber sido formado con el pensamiento puesto expresamente en el traje de baño «Bikini» y calculado con la idea de desorganizar el tráfico cada vez que cruzara la calle. Según rumor circulante, tenía las piernas aseguradas en veinte mil dólares de plata cada una. Lo cual, a mi modo de ver, equivalía a valorarlas en poco. Había corrido por ahí un poquitín más de lo que ella se hubiera atrevido a reconocer, habiendo empezado a trabajar en el cine siendo todavía una chiquilla. Había dejado atrás aquel algo indescriptible, danzarín y centelleante, que da la extrema juventud a una muchacha encantadora, y había llegado a la cima de perfección de su madurez… Lo cual es un bonito modo de decir que estaba en los treinta y cinco. Los años habían suavizado los bordes ásperos de su silueta y redondeado las curvas, dándole aplomo y seguridad. Era una rosa en la cúspide de su verano, un racimo de uvas en sazón de ser saboreado. Era ciertamente un bocado exquisito, una empanada deliciosa, un chorro de miel como un rayo de sol, un atractivo bombón, un bibelot llenito de carnes, una mujer con una arquitectura que hacía renacer la fe de uno en las bellezas de la naturaleza.

Me acerqué a ella, y la saludé:

—¡Hola!

Harvest Moon encendió aquella sonrisa suya de un millar de voltios y correspondió inmediatamente con un:

—¡Hola! —y añadió—: ¿Cómo van los asuntos? —yo le expliqué que estaba trabajando, cosa que pareció complacerla—. ¿En qué? —preguntó.

—En una película en la que, según tengo entendido, interpretarás el papel principal, guapa.

—¿La vida de Monty Cassino?

—Exacto. Me han asignado la ingrata labor de inyectar un poco de vida en aquel ser perteneciente al pasado. Pero no resulta fácil.

—¿Qué dificultad hay en ello? —inquirió Harvest.

—Cassino era un sujeto que vivía su vida privada fuera de la vista del público —le dije—. Pero la tenía, a pesar de todo… es lo que he descubierto.

—¿Sí?

—Sí. Parece que guardaba algunas cartas.

Harvest semejó repentinamente un poco agitada.

—¿Algunas cartas? ¿Qué cartas? ¿Las viste?

—Cartas de mujeres —aclaré—. No las he visto todavía, pero me propongo verlas.

—¿Quién las tiene ahora? —interrogó ella.

En su voz había algo más que la curiosidad corriente.

—No lo sé —declaré—. Pensaba que lo sabía, pero actualmente no estoy tan seguro.

En aquel momento, Don Fernand, el guapo actor hispanoamericano que iba a representar el papel de Cassino, se acercó como errando sin norte, y se reunió con nosotros. Yo preferí hacer mutis, yéndome apresuradamente hacia el bar. Lola había entrado en la sala, y miraba a su alrededor como si buscase alguien con quien hablar. Su mirada, se cruzó con la mía. Lola se volvió precipitadamente, como si colgara sobre su persona el cartelito de «no grato» dedicado a mí. En aquel preciso instante entraba por una puerta distinta otro individuo que lucía un pañuelo blanco en el cuello, encima del «smoking». Apenas llegado, estaba ya repartiendo ruidosos saludos a derecha e izquierda. Cuando divisó a Lola al otro lado de la sala, su rostro se iluminó, y atravesando en línea recta fué a engarzar un beso en su mejilla.

—¿Quién es aquel individuo? —le pregunté a Kye, que estaba de pie a mi lado.

—Es Roscoe Pile, el agente —me dijo—. El prometido de Lola.

Yo me puse a estudiar el rostro flaco, tostado por el sol del recién llegado, al que veía de perfil. Cincuentón y con aire distinguido. El pelo espeso y negro blanqueaba en las sienes de un modo muy atractivo. Su rostro tenía una expresión despiadada, como se hubiera podido esperar — pensé — de un tipo que en un mundo dominado por el temperamento y la histeria artísticos, no apartaba su nariz del libro de Caja, para quien los hombres y las mujeres no eran nada más que otros tantos por ciento. Desde la comisura de su ojo izquierdo descendía una cicatriz blanca rosada.

Nos reconocimos uno a otro. Vi que se volvía hacia Lola, y le dirigía una pregunta. Vi que los labios de la estrella deletreaban mi nombre. Yo me preguntaba si sabía Roscoe que aquella noche había matado a un hombre, que su golpe con el revólver había hundido en la nada la vida de Harvey True. Y si lo sabía, me preguntaba cuánto tiempo tardaría en tratar de quitarme a mí de en medio. Parecía que no existía más que una solución sensata que tomar, aunque mis instintos se rebelaran contra ella. Se imponía el visitar, pero inmediatamente, a Aub Littlejohn. No se podía permitir sin recelo, que Lola y Roscoe salieran de aquella casa.

Me volví hacia Kye:

—¿Tenéis un teléfono, que yo pueda usar, en alguna habitación particular?

Él me miró con aire divertido. Luego, respondió:

—Cierto, entrando por aquella puerta, en la biblioteca.

La puerta estaba precisamente al lado del bar. Después de atravesar el umbral, me encontré en una habitación grande, artesonada, con estanterías llenas de libros. El teléfono estaba sobre una mesa, en un ángulo. Fui hasta allá, cogí el auricular y pedí al operador que me pusiera en comunicación con el cuartelillo del distrito de Palm Avenue.

# CAPÍTULO VI

El timbre estaba sonando, y mis dedos tamborileaban impacientes sobre la mesa, cuando tras de mí una voz familiar dijo:

—Si quiere ver el sol de mañana, Drayton, deje el teléfono.

Aunque estaba de espaldas, pude deducir que la voz se respaldaba en la autoridad de un arma. En su acento vibraba una amenaza reprimida, glacial, que después de mis años de experiencia, uno se acostumbra a relacionar con las armas de fuego. Volví a poner el receptor sobre su soporte, pero sin retirar la mano. Sobre la mesa, junto al aparato, había una regla de ébano. Hice deslizar la mano que reposaba sobre el teléfono, hasta que mis dedos acariciaron la dura superficie de la regla. Entonces, volví la cabeza. Roscoe estaba de pie en la puerta de la biblioteca, apuntándome con el mismo revólver y con el mismo estilo empleados ya aquella misma tarde.

—Hola, Roscoe —le dije—. Verdaderamente, tendré que comprarme un cacharro de estos. Parece que forman parte de la indumentaria de todo caballero de Hollywood.

—Ahórrese las ingenuidades —me atajó él—. He perdido el sentido del humor por un buen rato. ¡Manos arriba!

En sus ojos brilló un destello maligno que me dijo que estaba enterado de la desaparición de Harvey True, y que preparaba ahora un doble funeral. Es una clase de función que no me entusiasma, y menos aun si he de ser yo la principal atracción. Saltar fuera de este mundo desde la punta del hocico del revólver de Roscoe Pile, no entraba en mis planes. En consecuencia, empecé de mala gana a levantar las manos… cogiendo la regla con la derecha, pero tan pronto como estuvo más arriba de la altura del teléfono, me volví para ponerme de cara a Mr. Pile y le arrojé la regla al rostro con toda mi fuerza, echándome a un lado al mismo tiempo, en busca de la protección de la mesa. La negra regla voló rauda y bien apuntada chocando contra la frente de Roscoe, en el preciso momento que éste apretaba el gatillo. Su bala se clavó en la mesa, a pocas pulgadas de mi hombro. Sin embargo, no me paré a discutir. Como estaba diciendo, la noche era cálida. Las ventanas de la biblioteca estaban abiertas. Yo me lancé a través de una de ellas. Mi barbilla removió la tierra de uno de los macizos de flores de Kye. Aquel trozo de jardín estaba inundado de luz, gracias a las ventanas de la *hacienda*. Cuando me incorporaba para correr como una saeta en busca de la sombra protectora de los matorrales de juníperos, el arma de Roscoe volvió a tomar la palabra. Esta vez la bala, cual una avispa enojada, me rozó la manga de la chaqueta. Luego, me vi guarecido por una hospitalaria obscuridad.

Desde mí escondite, podía mirar a través de las ventanas de la biblioteca. Sus puertas se abrieron de par en par y se precipitó dentro una turba de gente encabezada por el mismo Kye, que tenía motivos para mostrarse agitado, supongo yo, al sentir que en medio de su reunión se disparaba la artillería. En el mismo instante Roscoe, sirviéndose del mismo camino por mí utilizado para salir, saltó por la ventana y se puso a correr pegado a la casa. Quizá fuera por mí, quizá lo que ahora le importaba era, sencillamente, su propia seguridad. Pero fuesen los que fuesen sus planes, yo medité que si seguía demorándome por entre las matas de juníperos, no conseguiría más que coger un resfriado, en el mejor de los casos, o, en el peor, sufrir una indigestión de plomo. Por lo tanto, retrocedí con cautela hacia la carretera, y deslizándome por entre la hilera de coches hasta mi auto, ocupé el asiento del conductor, separóme de aquel convoy inmóvil, y puse rumbo hacia mi residencia. Entonces sonó una voz detrás de mí; una voz que valía un millón de dólares y que me hizo sentir un escalofrío arriba y abajo del espinazo, como si corriera por él un rebaño de ciempiés con botas de hielo.

—Siga en marcha, haga el favor —dijo la dama.

Yo miré al espejo de encima del parabrisas, aunque en realidad no era preciso que mirase a ninguna parte para confirmarme en que la propietaria de

aquella voz era Harvest Moon.

Sin dejar el volante pasé por delante de mi aposento camino de Sunset Strip, donde los edificios van quedando espaciados y los árboles invaden el terreno. Luego, me arrimé a la orilla de la carretera, y paré.

—¿Qué te parece si te sentaras delante, y me contases qué significa todo esto? —le sugerí. Por toda respuesta abrióse y se volvió a cerrar la puerta de delante, y Harvest se sentó a mi lado.

En la atmósfera cargada, de humo de la *hacienda* de Kye no había percibido el perfume de Harvest. Ahora, en cambio, llegaba abundante a mi olfato, desprendido por su pelo y de la larga abertura de su traje de noche, de seda, en el que se posaba una afortunada rosa roja.

—Confío en que no te causo miedo —insinuó Harvest.

—Cariño —repliqué—. Una aparición tuya repentina, no me puede causar otra cosa que placer. ¿Qué se te ofrece?

Ella apoyó las yemas de los dedos ligeramente en mi brazo.

—Ricky —me dijo con voz baja y ansiosa —: hace un rato te estabas refiriendo a una cosa… una cosa que me preocupa… A las cartas de Monty Cassino.

Yo acerqué mi cara a la suya, mirándola a los ojos.

—¿Qué significan las cartas de Monty Cassino para ti, rica?

—No te apures por ello —replicó con voz tajante—. ¿Dónde están ahora?

—Si algo despierta mi odio, es dar todas las respuestas y no hacer ninguna de las preguntas.

Harvest apartó su mano de mi brazo y cogiéndose la otra con ella, descansó ambas sobre su regazo, mientras iba contemplando la obscura carretera a través del parabrisas. Yo observaba su perfil; tenía los ojos muy abiertos, y los carnosos labios caídos y tristes. Le había visto iniciar de este modo una escena patética por lo menos en una docena de films, pero seguía embobándome en ello. Harvest empezó a narrar, en voz baja y áspera, deteniéndose para encontrar las palabras.

—Cuando vine a Hollywood, todavía llevaba encima un trozo de cascarilla del huevo —manifestó—. Tenía dieciséis años. Era una dulce jovencita y todavía no me había besado nadie. Fui una chica de la tercera fila del conjunto en un par de cintas musicales, y luego me quedé sin nada durante mucho tiempo. No parecía que llegara ni a sentar los cimientos de la gran carrera cinematográfica que había planeado para mí. Al final, me cansé de vagar por ahí rondando despachos que nos rechazaban, vistiéndome para trabajos de comparsa, llamando cada mañana a mi agente para obtener, cada mañana, la misma réplica: «Nada por hoy, chiquilla. Mañana probaremos de nuevo». La vía de la paciencia no era la vía de entrada. De modo que decidí introducirme en la buena sociedad de Hollywood; retiré todos mis ahorros, y los derroché en un peinado nuevo y un par de vestidos buenos. Hice que me invitaran a fiestas, lo cual no es difícil conseguir, y procuré hacerme agradable a la gente significada, la gente que importaba. ¡Oh, Ricky! ¿Por qué ha de ser que las personas importantes resultan siempre tan mezquinas y desagradables? Había un hombre a quien quería en la ciudad, pero no pesaba ni como una hoja de periódico. Era, ni más ni menos, otro luchador a la conquista del pan, como yo misma. Al ver mi modo de resolver la cuestión, me dijo adiós. Así, pues, en mi vida no había un cariño que pudiese llamar mío. Era yo una pelota fácil de pescar al primer rebote.

—¿Y quién te pescó —pregunté.

—Monty Cassino —respondió.

—¡Diablos, niña! ¿No era algo mayor que tú?

Ella sacudió la cabeza.

—Monty tenía cuarenta y siete años cuando murió, al final del mismo año que yo llegué a Hollywood. Tenía edad para serme padre, ciertamente, pero también atractivo; a montones. ¿Sabes tú la debilidad que sienten las jovencitas por esos hombres maduros, del gran mundo? Bueno, yo no fui una excepción. Estaba loca por él. Quemé las naves; se lo di todo. Creo que él también me quería, en cierto modo… aunque aquel hombre nunca tuvo corazón de veras; ahora lo veo claramente. Sin embargo siempre fué bueno conmigo. Me presentó a unas cuantas personas importantes más, puso mis pies en los primeros peldaños de la escalera. Después falleció, muerto en un accidente de automóvil. Y ese fué el final de un capítulo. O al menos así lo imaginé.

—¿Por qué al menos así lo imaginaste? —inquirí.

—Ahora parece que Monty conservó mis cartas; el asunto puede salir a la luz pública. Como te decía, yo no era más que una chiquilla, y escribía todas las estupideces que escribe una jovencita cuando está enamorada. No tenía idea de que aquellas cartas rodaran todavía por ahí.

—¿Pero qué mal pueden causarte ahora? —le pregunté—. Todo está acabado y olvidado.

Harvest me obsequió con una mirada de compasión.

—¡Cómo se nota que eres nuevo en Hollywood! —comentó—. Este lugar es un nido de enemistades y celos. Por ejemplo, ahí tienes a Mona Fairchild, la actriz que esperaba alcanzar el contrato que al fin pesqué yo en los «Magnificent». Si Emily Kueebone, el periodista que tiene Mona como perrillo faldero, se entera del caso, mi vida no valdrá la pena de ser vivida. Hay cosas que proporcionan muy buena publicidad aunque resulten muy malas como ejemplo, pero el haber tenido una relación amorosa con una estrella de la pantalla a quien el público considera tan antiguo como Ben-Hur, podría ser el beso de la muerte para una «muchacha hechicera» como yo.

—Ya lo comprendo —asentí.

Me habían contado que Hollywood estaba escindido en una docena de facciones en lucha; que cada estrella tenía sus propios incondicionales, lo mismo entre el personal de los estudios como en el sindicato de los periodistas. Pero, por el momento, la primera interrogación que se planteaba en mi mente era el porqué el amigo de Lola, el señor Caracortada Roscoe Pile, se había tomado tanto trabajo para arrebatar a Mr. True las cartas de Harvest. No podía ser que Lola se propusiera disponer de una amenaza contra Harvest; tenía demasiadas cartas escritas por ella misma, para entretenerse en armar un chantaje a otro. Tampoco cabía la posibilidad de los celos; Lola no podía clasificarse ni ella misma en la misma categoría que Harvest, seguramente. La mayor vanidad humana no puede desdeñar un salto de veinte años.

—Bueno, cariño; ¿qué quieres que haga en relación a este negocio? —inquirí, en tono zumbón.

—Tú sabes quién tiene las cartas —me dijo—. Las alusiones hechas allá en casa de Kye, lo indican claramente. Quiero que vuelvan a mis manos; las quiero a cualquier precio.

—¿A qué precio? —interrogué.

—A éste —respondió, volviéndose hacia mí y echándome los brazos al cuello. En aquel, instante, todos los fanáticos del cine, desde Memphis a Manchuria, lo hubieran dado todo por estar dentro de mi pellejo, creo yo; en cambio yo me desenredé de su abrazo en el preciso momento en que sus labios se acercaban a los míos.

—Esto no es exactamente lo que pretendía —aclaré—. Si sólo me besas porque necesitas de mí algo que te interesa mucho, no quiero tus besos.

—Ya lo entiendo —replicó—. Orgullo masculino. Muy bien, olvídate de las cartas por un momento; bésame.

Y se inclinó hacia mí. Esto ya estaba más cerca de la verdad. Por los latidos de su corazón martilleando contra mi camisa, me figuré que Harvest ponía el alma en lo que estaba haciendo. Y al recordar a los fanáticos del cine antes mentados, decidí que dentro de mi pellejo no cabía nadie más que yo. Al fin, con los labios rozándole las orejas, le pregunté:

—¿Cuándo se te ocurrió la idea de esconderte dentro de mi auto?

—Tan pronto como logré desasirme de Fernand, después de nuestra conversación. Tus palabras me habían desazonado.

Muy bien. Si me decía la verdad, ello significaba que se había perdido aquel combate a pistola de la biblioteca. Si hubiera sabido que Roscoe Pile había disparado contra mí, habría sumado dos más dos y habría sacado un total de seis. Yo le prometí:

—Querida mía, recuperaré tus cartas y te las devolveré.

Ella se limitó a suspirar. Parecía que, en verdad, las había olvidado por completo. Cogióme la cabeza, y me la hizo agachar hasta sus labios. Yo la besé con mucho arte, y sentí que su cuerpo se estremecía bajo mis manos.

—Ricky —me dijo—, ¡tú tendrías que trabajar en el cine!

***

Apuntaba el alba cuando llevé a Harvest a su casa. Ella me pidió que me quedara a desayunar, pero yo tenía otras cosas en la cabeza y me dirigí a la tienda más próxima para tomar un vaso de *java* y echar un vistazo al listín de teléfonos, que me proporcionó la dirección de la oficina de Roscoe Pile y la particular. Precisamente no vivía muy lejos. Bebido el café, monté de nuevo en mi coche. Supuse que una visita a Roscoe a primeras horas de la mañana era fácil que no diera ningún resultado, pero uno tiene que comprobar sus opiniones. Subí con el ascensor hasta su piso, y no quité el dedo del timbre hasta que dentro, en el recibidor, se encendió una luz. Abrióse la puerta, apareciendo un muchacho de color en bata y pijama, cuyos cansados ojos miraban a la luz bizqueando.

—Quisiera ver a Mr. Pile —declaré.

—No puede ser —me contestó—. Mr. Pile salió anoche de la ciudad. Se fué de vacaciones.

—Fué una cosa bastante repentina, ¿verdad? —le pregunté.

—Así fué, mi amo. Llegó, telefoneó al aeropuerto, empaquetó sus cosas y se marchó; todo ello en menos de cinco minutos.

—¿Dijo a dónde se dirigía?

—¡No, señor! Como tampoco dijo cuándo estaría de regreso. Yo no sé lo que le ocurrió a Mr. Pile. Yo no lo sé.

Di las gracias al negrito, y volví al ascensor. No me había llevado ninguna decepción. Me había figurado ya que, habiéndome librado de él una vez, después de reconocerle como el asesino de Harvey True, Pile se convencería de que para él la ciudad estaría como un avispero. Y yo estaba bien convencido que se largaría de improviso. No había tenido por qué inquietarse. Yo no la habría entregado a la policía… aun no.

Llámenlo presunción infantil, si ustedes quieren, llámenlo sentimiento latente de caballerosidad, o digan que es estar chiflado; el caso es que lo que dije a Harvest Moon en mi coche, se lo dije con toda convicción. Dichas cartas no tenían que llegar al público, si yo podía evitarlo. Y si a Roscoe Pile le arrestaban acusándole de asesinato y encontraban las cartas en su poder, éstas

pasarían bajo la lupa de la publicidad como primera y principal prueba de los cargos del ministerio fiscal. Por otra parte, el conjunto de circunstancias no me dejaba completamente convencido. ¿Por qué había robado Roscoe las cartas de manos de Harvest? ¿Por qué? ¿Por qué?… Quizá la encantadora Lola hubiera sabido dar la respuesta a esta pregunta… si es que no se había marchado de la ciudad ella también.

Sin embargo, este último punto tendría que aguardar. Las seis de la mañana no son horas para visitar a una estrella cinematográfica; ni que se trate de una estrella jubilada. Además, yo sabía que la mansión de Lola en Beverly Hills, muy a la inversa que la de Harvey True, estaba bien dotada de fieles criados. Para ir a verla a tales horas, era preciso o bien penetrar en su dormitorio trepando hasta la ventana, o bien trabar una pelea con un par de recios mayordomos, amén de tres o cuatro criados de poco rango. Yo era capaz de hacerlo, pero ¿para qué provocar conflictos a sabiendas? No tenía sentido ir a ver a Lola forzando la entrada, cuando yo mismo notaba el déficit de unas horas de sueño reparador. A últimas horas de la mañana, reemprendería el trabajo.

# CAPÍTULO VII

Me desperté a una hora civilizada, las nueve y media, sintiéndome completamente restaurado y listo para hacer frente a todo lo que pudiera presentarse. Una ducha, una enérgica fricción, el primer cigarrillo y él primer trago del día… y me encontré más que dispuesto. Escogí un traje de calle de color claro para que estuviera a tono con el sol de California, y me lo puse encima de mi camisa de nylon color crema y de la corbata de seda rojo-obscura en la que ostentaba mi monograma bordado con hilo de oro. Mientras me pasaba el peine por el pelo, me decía a mí mismo que la única diferencia que me separaba de un artista de la pantalla consistía en que yo tenía bastante más facha y mucho más cerebro. Bueno, de modo que, ya lo ven, me estaba enamorando de Ricky Drayton…, cosa que puede ocurrir algunas veces. Harvest Moon me había besado, y esto no es decir una mezquindad. Subí a mi convertible, y al primer contacto se puso a runrunear. Apunté su afilado morro en dirección a Beverly Hills, y dejé al motor que se pusiera a la bonita marcha de que es capaz. En el cruce de Sunset con Palm, me detuvo un embotellamiento del tráfico; al parecer, uno de los indicadores luminosos automáticos se había apagado, y los policías con sus motos se veían negros para desenredar la madeja de la circulación. No servía para nada tocar el «claxon» ni recurrir a nada que no fuera esperar, o aparcar el coche y seguir a pie, pero no me encontraba tan animoso como para intentarlo.

Así, pues, paré el motor, encendí otro «Lucky» con la colilla del que estaba fumando, y esperé que se despejara el embotellamiento. Una voz a mi lado me llamó por mi nombre. Yo saqué la cabeza fuera de la ventanilla, miré a uno y otro lado y descubrí que el auto vecino era otro convertible, pero tan grande que, comparado con él, el mío parecía un coche de juguete. Un chofer uniformado, de cara estirada, empuñaba el volante; atrás, recostado en una tapicería con cuya pelusilla se hubiera podido confeccionar el almohadón de una princesa, veíase el cuerpo achaparrado de Morgan Oput, quien estaba agitando la punta de su cigarro puro para llamarme la atención.

—Dime, Drayton: ¿has visto los periódicos de la mañana?

Yo moví la cabeza negativamente. No había salido para leer periódicos.

Oput se inclinó adelante, y dijo a su chofer:

—Sigue hacia los estudios, Jackson. Yo iré con Mister Drayton.

El chofer se inclinó atrás y abrió la portezuela; Oput bajó, salvó la distancia que nos separaba y se metió en mi coche, a mi vera. Era lo mismo que dejar al «Queen Mary» por un remolcador, pero no pareció que le importara; por mi parte, no iba yo a pedir excusas por mi auto…; en fin de cuentas, Oput era quien lo pagaba. No, su agitación parecía motivada por algo que había leído en su periódico, que conservaba estrujado en la mano como un andrajo.

—¿En qué está pensando, jefe? —le pregunté con malicia.

El sacudió el periódico debajo de mi nariz.

—¡Cuando te pedí que buscaras algún secreto de la vida de Monty Cassino, no pretendía que durante tus gestiones mataras a nadie! —chilló.

Yo enarqué las cejas. En aquel instante se desenredó el barullo del tráfico, y tuve que atender, al volante. Procuré salir de en medio de la corriente, y me arrimé al bordillo.

—¿Quiere repetir lo que ha dicho?

Oput extendió el papel sobre el cuadro de mandos, delante de mí. La muerte de Harvey True ocupaba la primera página y en grandes caracteres. Por lo visto, un antiguo vocalista había ido a su casa para jugar una partida de ajedrez, había encontrado el cadáver, y corrió a llamar a la policía. Recorriendo con la vista las apretadas columnas, supe cómo había relacionado Oput el asesinato de True con Monty Cassino. Los agentes habían encontrado un grueso sobre de tela de manila en la mesa despacho de True, rotulado: «Correspondencia de Cassino». Estaba vacío. Este era un detalle con el que yo no había contado.

—Yo no lo hice, Mr. Oput —afirmé—; por lo tanto, ¿qué quiere que le diga?

—Entonces, ¿quién fué? —preguntó el dueño de los estudios.

Yo me encogí de hombros. No tenía ganas de exponer mis ideas ante aquel sujeto.

—¡Estoy convencido de que sabes más de lo que dices! —exclamó Oput—. Llévame a un sitio tranquilo. He de hablar extensamente contigo.

Yo me volví y pregunté a mi vez, mirándole:

—¿Qué le inquieta? Muy bien, atacan a un individuo, le eliminan y roban unas cartas. Yo no lo hice. ¿Por qué ha de preocuparse?

—Ya sé que no lo hiciste —respondió Oput—. Nunca pensé que hubieras sido tú. Con todo, me preocupa. Ya te lo explicaré.

Sin duda, aquellas cartas habían surcado muchas frentes de arrugas, por la ciudad. Yo estaba ansioso por oír más, pero Oput se negó a pronunciar una palabra más hasta que le hube conducido a un barrio extremo y estuvimos sentados ante la mesa de un reservado en un bar pequeño. Entonces abrió la espita.

—Al ver a una persona tengo una corazonada —manifestó—. Por esto he llegado donde estoy: por seguir mis corazonadas. La primera que me reportó un beneficio positivo fué la relativa a Monty Cassino. Le contraté cuando era un vocalista desconocido, que cantaba con una orquestina de poca monta. Yo le hice llegar a la cumbre, y él me arrastró a mí hasta la cima. He tenido también una corazonada respecto a ti, Drayton. Me imagino que no solamente eres listo… sino que puedo concederte mi confianza. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —le contesté—. Especialmente en que soy listo. Pero, ¿a dónde conduce esta perorata?

Oput se inclinó hacia mí, hasta que su rostro rozó casi el mío. Su aliento no olía demasiado bien.

—Quiero que recuperes aquellas cartas —me dijo—. Y no me importan un bledo los medios de que te valgas.

Yo arrojé una larga bocanada de humo.

—Usted ansia los escritos esos con verdadero afán, ¿no es cierto? —inquirí.

—Acéptalo así, si tal explicación te gusta. El motivo no importa… para ti. Que yo recupere las cartas; esto es lo interesante.

—¿Cuánto da? —le pregunté.

—Cinco mil dólares.

—Acepto, con una condición —le indiqué. Esto le sacó de quicio. Oput no era un hombre habituado a que le impusieran condiciones. Sin embargo, no dijo ni una palabra. Yo continué—: Si recupero las cartas y todas o alguna de ellas contienen algo que perjudique a una tercera persona, me reservo el derecho de destruirlas.

Oput me miró, entornando los párpados. Finalmente movió la cabeza, asintiendo.

—Muy bien —dijo—. Pero quiero ver con mis propios ojos cómo se destruyen.

—Es muy justo —consentí yo. Y levantándome, la pregunté—: ¿Quiere que le lleve a alguna parte?

El hizo un signo negativo.

—Me iré a los estudios paseando —manifestó—. Hace un día maravilloso.

¡Aquello me dejó patitieso! No imaginaba que Oput recordara para qué servían las piernas. El salió; yo me quedé mirándole mientras se alejaba con calma; no tenía que apresurarse.

Subí a mi descapotable y me encaminé otra vez a casa de la Cartwright. Ahora estaba más interesado que nunca en sostener una conversación franca y reservada con la encantadora Lola.

Para ascender a las Beverly Hills hay que correr un buen rato por un paisaje desierto y hermoso. Y fué exactamente al dejar a mi espalda la última casa de la población, cuando me di cuenta del gran «Chevrolet» cerrado que me seguía. Se hubiera dicho que su chofer escogía aquel instante para pisar el acelerador y cerrar el espacio que nos separaba. Yo respondí instintivamente aumentando la velocidad, pero el coche grande me aventajaba demasiado en potencia, y se acercaba rápidamente. Poco a poco fué ganando terreno, hasta que estuvimos a la misma altura. Luego se oyó el chirrido del fuerte roce del metal; los cubos de las ruedas de ambos coches habían establecido contacto. Yo desvié la mirada hacia el intruso. El «Chevrolet» transportaba dos ocupantes. El que llevaba el volante no apartaba los ojos de la capota de mi coche. El otro se asomaba por la Ventanilla, con el sombrero muy hundido sobre su achatada faz de color caoba. Mientras le estaba mirando, sacó un arma del interior de la chaqueta.

Ahora el «Chevrolet» me había ganado algo de ventaja, y avanzaba arrimándose hacia el bordillo. El truhán me apuntaba con el revólver, al mismo tiempo que con la otra mano me hacía seña de que parara. De todos modos yo no podía escoger libremente. Por lo tanto, me detuve. Los dos tipejos bajaron del «Chevrolet» y vinieron hacia mí. El conductor era un individuo enjuto, con una cabeza del tamaño de un guisante. Al andar braceaba con las palmas de las manos hacia atrás; sus extremidades superiores parecían las de un simio. Había dejado su coche atravesado delante del mío; no me quedaba espacio para darme a la fuga.

—¿Qué es esto? ¿Un asalto?

—Tiene razón que le sobra, *mister* —replicóme el «hombre mono»—. Baje del coche y no se ande con bromas.

Muy bien; bajé del coche pero no bajé las manos. Mi salud me inspiraba un poco de ansiedad.

—¿Y ahora qué? —les pregunté—. Si es dinero lo que buscan, llevo la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta.

Imaginaba que si uno de los dos se acercaba lo suficiente para cachearme, me quedaba alguna posibilidad de cogerle, utilizarle como escudo contra su compañero, y poner en juego alguna artimaña para escapar. Pero no coseché más que sorpresas.

—No queremos su dinero —respondió el del sombrero calado—. Nos pagan para este trabajo… y bien.

—¿Por qué trabajo? —inquirí.

—Deje de hablar y póngase en marcha —me interrumpió el hombre-simio —. Hacia allá… entre los árboles.

El corazón me dió un salto como el de una gaviota. Ahora comprendía el juego con toda claridad; no se trataba de un atraco casual por la carretera; era una cosa planeada y premeditada…, mucho más letal. La bala en la recámara del arma del otro sujeto, llevaba escrito mi nombre. Yo me esforzaba en adivinar quién lo había grabado en ella.

En la distancia, se oyó el runruneo de un motor.

—Viene un coche —dijo el tipo simiesco.

—¡Salga de la carretera! ¡Rápido! —ordenó el del sombrero.

Yo estaba caminando por el bordillo mismo. Al lado se abría una zanja; más allá se extendía una maraña de árboles y matorrales. El arma del bribón del sombrero calado distaba sólo unos dos pies de mi espinazo; lo notaba por el cosquilleo que sentía en las vértebras. Es divertido lo que ocurre cuando uno se halla en el extremo peligroso de un arma… Uno hace todo lo que le ordenan, a pesar de saber que ello le conducirá derechamente al cementerio. Es una especie de instinto humano que trata de impedirnos el hacer nada que pueda excitar al pistolero a que apriete el gatillo antes del último momento. He ahí el instinto que yo había de reprimir. O tenía que intentar fugarme en aquel instante preciso, aun a riesgo de ganarme una bala por la espalda, o tenía que seguir haciendo lo que me ordenaran hasta que me tuvieran bonitamente alineado ante sus ojos, de espaldas a un árbol, sin tiempo ya para nada más que para rezar.

Mientras tensaba todos los resortes interiores y me lanzaba por encima de la zanja hacia la espesura con un salto parecido al de un nadador que toma la salida, sentía casi, por adelantado, el estallido del disparo y el dolor de la herida. Afortunadamente la maleza era muy densa; cerróse a mi alrededor como si hubiera sido agua. Oí que el del sombrero descerrajaba una rociada de balas que cayeron a mi alrededor al mismo tiempo que me hundía en la maleza. Después, el roncar del coche que se acercaba se hizo más fuerte, y yo escuché la voz del hombre-mono gritando:

—¡Ve a darle caza. Hands, que se acerca alguien!

Se produjo un estrépito de ramas cuando Hands — el bribón del sombrero calado, para ustedes — aterrizaba a dos pasos de mí. Al mismo tiempo que él se acercaba yo me doblé como la serpiente en la hierba, con la cual se me ha comparado tantas veces, y por el modo de empuñar el arma vi que se proponía golpearme con ella a fin de dejarme inmóvil basta que hubiese pasado el coche desconocido, dándole lugar después para rematarme tranquilamente. Yo no me moví; le dejé que se acercara, pero en el último momento le planté las suelas de mis zapatos en la boca del estómago, y arqueando la espalda en un rápido movimiento, le despedí volando por encima de mi cabeza.

Cuando cayó de cara contra el barro, yo estaba ya arrodillado sobre su

espalda, empujándole la cabeza para que su rostro se hundiera más y no pudiera respirar. El arma se le había ido de la mano; descansaba una yarda más allá, pero fuera de mi alcance, y no me era posible cogerla hasta que hubiera terminado de hacer comer lombrices a Hands. Empero, nuestras opiniones sobre la situación eran muy distintas y, créanme ustedes, mi antagonista no era flojo. Sostenerse arrodillado sobre su espalda era lo mismo que tratar de montar un caballo salvaje. Al fin, con una última contracción me arrojó de encima, y los dos estuvimos de pie al mismo tiempo. Pero él se lanzó a recoger el arma, lo cual fué un error, porque al inclinarse su faz quedó casi al nivel de mis pies. Yo aproveché la ocasión para arrearle una patada en la mandíbula, y cuando se enderezó le mandé un par de caricias sobre el plexo solar. Como pareció que el hombre quedaba aniquilado, me arrojé con todo mi peso para asestarle el puñetazo definitivo. Sin embargo, había subestimado a mi enemigo. Vió venir el golpe, lo paró con el brazo… y lo primero que noté después, fué que parecía que me estaba tragando su puño junto con algunos dientes sueltos de los míos propios.

Mientras me doblaba hacia atrás, él me obsequió con un gancho de derecha, pero yo me desvié de la trayectoria del golpe; sólo el aire movido por el mismo pasó rozándome la oreja. Ahora estaba otra vez junto a mí, lo cual me dio ocasión para descargar la izquierda sobre sus costillas, obligándole a expeler cierta cantidad de aliento, y cuando él levantó la rodilla buscándome el bajo vientre, advertí el movimiento en el instante preciso, y retrocedí rápido, apartándome de su alcance. Durante una décima de segundo estuvo plantado sobre la pierna derecha, con la rodilla izquierda levantada. Le hice perder el equilibrio con un certero puntapié. Pero mientras él caía al suelo, oí una conmoción tras de mí, lo cual significaba que el hombre simio había bajado a ver qué tal se desarrollaba la pelea.

¡No quise aguardar para explicárselo! Salté por encima de Hands con la intención de apoderarme del revólver. Cuando mis dedos se cerraban alrededor de la culata, el otro sujeto aterrizó sobre mí. Sus largos brazos parecían agarrotarme por todas partes. Yo me revolví, apunté el cañón al primer cacho de su cuerpo que quedó al descubierto, y apreté el gatillo dos veces. Su abrazo se desanudó; el hombre-simio cayó de espaldas con una mueca chocante en el rostro, y apretándose el vientre con las manos. Hands estaba de pie otra vez, en actitud de arremeter; pero en el momento de saltar le dediqué los cuatro tiros restantes. Se hubiera dicho qué le paraban en seco, en el aire; en seguida cayó, hecho un fardo repugnante, sobre su compañero.

Yo limpié el arma, la arrojé junto a los dos, y me fui hacia mi coche. La boca me daba la sensación de haber estado mascando trozos de pavimento con una dentadura postiza mal encajada; pero por lo demás, me encontraba en buena forma. O por lo menos así me lo figuraba, hasta que quise poner en marcha mi descapotable. Mis manos temblequeaban sobre el cuadro de mandos. En consecuencia saqué la botella de *rye* que guardaba en la caja lateral del coche para casos imprevistos, y me suministré un trago altamente reparador. El fuerte licor se derramó sobre mis cortados labios y mis deterioradas encías, suave como aceite de vitriolo; pero en cambio me puso los interiores nuevamente en forma, y mis manos dejaron de agitarse como un motor recién puesto en marcha. Luego bebí otro trago para que hiciera compañía al primero, y arranqué retrocediendo para apartarme del «Chevrolet» obstruidor, y devoré otra vez la carretera.

Verdaderamente, tenía que discutir algunos puntos con Lola Cartwright. Puesto que ahora hubiera apostado diez billetes grandes contra un miserable centavo, a que el hombre-simio y Hands eran sus maceros. Recordaba que la

noche anterior, en la algazara celebrada en casa de Kye, le había hablado una miaja libremente, forzando debajo de su bien conservada faz la comprensión de las sospechas que yo abrigaba. Si la señora era cómplice de Roscoe Pile en el asesinato del pequeño Wilbur Deems, podía esperarse que sentiría un interés nada halagüeño por un sujeto sabedor de que su verdadero nombre era Aggie Smeed… Leído al revés… ¡Deems!

Por cierto tiempo, la muerte de Wilbur había quedado relegada en la trastienda de mi mente. Ahora volví a sacarla a la luz, y la desempolvé para observarla de nuevo. A mi modo de ver, Lola había hecho subir — Dios sabía cómo — a su ignorado marido sobre la palanca aquélla, le había rodeado el cuello con el lazo y le había hecho caer de un empujón. Luego se lo había contado todo a Roscoe Pile, y éste había despejado un poco el asunto cortando la cuerda que sostenía a Wilbur, y volviéndolo a colgar en su propio aposento, de modo que la cosa pareciera un suicidio y nadie centrara la atención en los «Magnificent Studios», que Lola visitaba asiduamente. No es que la teoría me satisfaciera mucho, pero era forzoso ponerla en juego, por el presente. Los fallos de la misma, según mi manera de pensar, consistían en que el hacer saltar a un hombre a empujones de una palanca, no parecía tarea de mujer, y en que yo tenía el testimonio del portero afirmando que entre la hora en que descubrí el cadáver y la hora en que desapareció para reaparecer en un suburbio de Los Angeles, no había salido nadie de los estudios. Nadie excepto Oput, el único cuyas entradas y salidas no podían ser controladas. Pero ¿por qué lo habría sacado él? Y si fué él, ¿por qué se quedó con el reloj de Wilbur? Aquel reloj era el único objeto que relacionaba a Wilbur con Lola Cartwright, y no sabía yo ver ningún motivo plausible para que Oput hiciera desaparecer tal pieza acusatoria… ni para que supiera tan sólo que lo fuese.

Mis reflexiones me conducían rápidamente a un callejón sin salida, pero por fortuna mi descapotable corría al fin en una dirección definida, y me llevaba al paseo de entrada de la mansión de Lola Cartwright. El paseo estaba cuidado y limpio como un campo de tenis. Allí flores y arbustos crecían simétricos como en una dependencia de los «Magnificent»; y al final se elevaba la casa, grandiosa, con sus bien conservados adornos de ladrillo y sus escaleras de mármol. Un sujeto de rostro impasible, vistiendo chaqueta negra y pantalones a rayas, abrió la puerta a mi perentoria llamada y levantó una ceja exactamente igual como los mayordomos de las películas.

—Tengo que ver a Miss Cartwright —le dije.

—¿Está usted citado? —preguntó me con voz glacial.

—No, primo, no lo estoy. Y no tengo la intención de anunciar mi visita. He de ver a Miss Cartwright, y ha de ser ahora mismo.

El criado empezó a cerrar la puerta ante mis narices.

—Miss Cartwright no recibe a nadie sin haberle concedido audiencia —manifestó.

Yo detuve la puerta con el pie.

—Oiga, señor cabeza cuadrada —le increpé ásperamente—. Vaya a decirle a Miss Cartwright que Mister Drayton está aquí para hablar con ella. Puede anunciarle que he resucitado de entre los muertos.

Ni un solo músculo se movió en el rostro del sirviente.

—Voy a verlo, señor —dijo.

Esta vez la puerta se cerró; yo quedé aguardando en la escalera. Después de una espera de dos o tres minutos, se abrió otra vez.

—Miss Cartwright le recibirá, señor —declaró el criado—. Por aquí, haga el favor.

# CAPÍTULO VIII

Siguiendo los pantalones a rayas, atravesé un espacioso vestíbulo y ascendí por un precioso tramo de escaleras de mármol con una artística balaustrada de hierro forjado. Me imaginé que el empapelado de la pared era de seda natural; aunque quizá fuera de un género todavía más costoso. Había por allí estatuas, pinturas y vasos Ming bastantes para dar a la casa un aspecto mezcla de museo y de patio de un merendero de lujo… El mayordomo llamó discretamente a la puerta que encontramos al final de las escaleras, y la abrió anunciando:

—Mr. Drayton —luego, con una inclinación de cabeza, me indicó que podía pasar.

—Gracias, Jeeves —le dije, atravesando el umbral.

Era lo mismo que si hubieran penetrado en el escenario de una película supercolosal de veinte años atrás. Dominando la habitación se elevaba la cama mayor que había visto jamás, cubierta de cortinajes que se derramaban sobre la cabecera de la cama, adornada con una colección de querubines dorados esculpidos en altorrelieve. La cama estaba cubierta de blondas carísimas y otros géneros semejantes, y, sentada en medio de todo ello, como una segunda Cleopatra, Lola Cartwright. Su rostro se alzó entre una confusión de volantes de encaje y de plumas, y aunque no se había levantado todavía, era evidente que se había compuesto ya; tan impecablemente como si estuviera completamente dispuesta para una sesión en un club nocturno reservado. A su vera tenía una bandeja con una cafetera, una taza y una pila de correspondencia. El teléfono, al lado de la cama, estaba cubierto de raso acolchado… He ahí la especie de habitación en que me encontraba.

Al entrar, me obsequió con una mirada de enojo, pero pude ver que su desdeñosa expresión encubría un sinfín de preguntas.

—¿Qué quiere usted? —inquirió con voz que hubiera resultado agradable, si se hubiese desprendido de aquel tono tan poco acogedor.

Yo me acerqué despacio, luego colgué mi altavoz junto al borde mismo de la cama.

—¡Qué contento estoy de verla! —proclamé—. En cierto momento no creí que me fuera dable jamás.

—¿No? —y por su tono se hubiera dicho que nada le importaba menos.

—No. Me he topado con un par de amigos de usted, un tipejo llamado Hands y otro individuo parecido a un gorila flaco —y al pronunciar las palabras me quedé mirándola, esperando su reacción. Pero, ¡diablos!, la dama aquélla era toda una actriz; ni siquiera parpadeó.

—No creo que tenga ningún amigo que responda a su descripción —me contestó fríamente.

—¡Cuánto me alegra el saberlo!… —repliqué—. Porque ahora están muertos. Un accidente desgraciado, cazando en el bosque —esta vez no pudo reprimir la momentánea expresión de sorpresa y disgusto que cruzó por un instante en su rostro—. Si se enterara de alguien que quiera quitarme de en medio —proseguí—, aconséjele que alquile mejores pistoleros… y en más cantidad. No es demasiado fácil matarme.

—Estoy segura de que tiene el cutis muy duro, Mr. Drayton —comentó ella —. Pero no ha sido para decirme esto por lo que ha irrumpido usted en mi *boudoir*, ¿verdad que no?

—No del todo —admití—. Tenía en la cabeza un par de cosas más, Mrs. Smeed.

Esta ocurrencia me valió el verme mirado con ojos como naranjas. Lola

acusó el golpe, y no soltó ninguna réplica.

—No haga caso de lo dicho —continué yo—. Ha sido un desliz de la lengua, nada más. Yo me rijo por mi código de justicia propia, Lola, y de acuerdo con él todo individuo que se mete en el negocio del chantaje, va en busca de cualquier percance que le pueda ocurrir. Estoy dispuesto a olvidar lo que descubrí en Sacramento respecto a usted…, con una condición.

—¿Qué condición? —preguntó. Todavía se hacía la desentendida, y esto no le cuadraba bien.

—Quiero las cartas de Monty Cassino —le espeté—. Tengo tanto empeño en poseerlas, que estoy dispuesto a cerrar un pacto con su enamorado, Roscoe Pile. Dígale que me las devuelva a mí, y hasta me olvidaré también de que le vi matar a Harvey True.

La respuesta de Lola no fué la más satisfactoria.

—Déme un cigarrillo —me pidió. Yo la obsequié con un «Lucky», y ella lo introdujo en una boquilla de ámbar de un pie de longitud. Tuve que encendérselo yo, pues ella apenas hubiera alcanzado. Luego arrojó una bocanada de humo al estilo tradicional de las vampiresas de la pantalla. Levantó la cabeza para mirarme con los párpados semicerrados y me dijo:

—Creo que da lo mismo ya que sea franca con usted —tenía un aire tan franco como una serpiente de cascabel, pero no quise interrumpirla—. Ha llegado la hora de que usted y yo, Mr. Drayton, concertemos un acuerdo. Como usted habrá deducido probablemente a estas horas, las cartas aquéllas no son todas de la misma persona —yo me había figurado que éste era el caso, pero me alegré al ver confirmada mi presunción. Asentí con un movimiento de cabeza, y ella continuó—: Entre ellas hay algunas que yo escribí a Monty. Éramos… buenos amigos… en aquellos tiempos. ¿Me comprende? —claro, la comprendía. Sabía bien aquello de las flores y las abejas. Y así lo dije. Lola prosiguió—: No tengo ningún inconveniente en que usted se quede con las demás, pero, como es natural, quiero guardar las escritas por mí.

—Me parece muy justo —concedí—. ¿Dónde están?

—Actualmente las tiene todas Roscoe —contestó ella.

—¿Qué hago? —le pregunté—. ¿Voy al encuentro de Roscoe y le pido muy cortés que me las dé?

Lola me interrumpió con un gesto de la mano qué sostenía la boquilla, semejante al de una reina.

—No he terminado —objetó—. Excepto usted y yo, Roscoe es la única persona que sabe que estuve casada con Wilbur Smeed. El fué quien mató a Wilbur, cuando supo que éste se cebaba en mí.

—¡Espere un momento! —exclamé—. Si Roscos mató a Wilbur, ¿quién le descolgó y lo llevó a su aposento?

Lola se encogió de hombros, diciendo:

—No lo sé. Y Roscoe tampoco lo sabe. El hecho nos ha preocupado bastante. Pero quienquiera que fuese, nos ha hecho un favor, creo yo.

—Ha sido un favor, sin duda —reconocí. Y le expliqué—: Pero se quedaron con el reloj que usted había dado a Wilbur como regalo de bodas… Un pequeño detalle que Mr. Pile pasó por alto.

—Roscoe es un loco —dijo Lola—. No es esto lo único que pasó por alto. A Wilbur le colgó con un trozo de cuerda nueva que bahía comprado el día antes en una ferretería. Es sólo cuestión de tiempo el que investiguen quién hizo la compra. No podrá escapar impune de esa muerte.

—No parece que a usted le preocupe mucho la posibilidad de que su novio acabe en la silla eléctrica —le hice observar.

—No me importa un comino lo que le ocurra —repuso ella con voz perversa. Yo me daba cuenta, mientras, de lo fea que era debajo del untuoso maquillaje. Su fisonomía era dura y angulosa; sus manos, flacas, como garfios —. He terminado con Roscoe, en absoluto —concluyó.

—¿Quiere decir que ha llenado ya su cometido? —tanteé yo—. Alcanzó las cartas de usted y le eliminó el estorbo del marido, de modo que usted ha terminado con él…

Ella me dedicó una sonrisa de un millón de dólares.

—¡Cuán bien nos comprendemos el uno al otro… Ricky! —exclamó. Su frase no deshizo ni una miaja de hielo en mi pecho; no obstante, fingí que me caía a sus pies como un devoto de sus encantos.

—Y puesto que nos comprendemos tan bien, ¿qué pasa luego? —le pregunté.

Ella me respondió, tuteándome:

—Te diré dónde está Roscoe. No tienes que hacer otra cosa que ir a ajustarle las cuentas… y quiero decir ajustárselas del todo. Cuando hayas hecho… cuando hayas hecho lo que sea necesario, quítale las cartas, devuélveme las mías, quédate las que quieras y llama a la policía. Les entregas a Roscoe en bandeja. Tú eres listo… sabrás componerte alguna historia para convencerles de que te constaba que había matado a Wilbur. Diles que identifiquen la cuerda. Con esto se darán por satisfechos. El caso Wilbur quedará concluido. Tú tendrás las cartas que quieres, lo mismo que yo; Roscoe quedará eliminado, tú y yo… vaya, quizá tú y yo formemos pareja, visto que nos comprendemos uno a otro tan bien. Me gustas, Ricky. Sería capaz de hacer muchas cosas por ti.

La última parte de su proposición no me causó nada más que náuseas, pero me esforcé en no demostrarlo.

—Olvidas un detalle, niña —le advertí—. Supón que Roscoe se va de la lengua, supón que cuenta a los policías por qué motivo mató a Wilbur.

Ella me miró pasmada, y exclamó:

—¡Y yo que pensaba que eras inteligente! ¿Es que no me he expresado con claridad? Cuando entregues a Roscoe a la policía, ha de estar muerto.

Este era el sentido que yo había dado a sus palabras; no obstante, había querido precisamente que quedara todo claro y bien sentado. Así, pues, ahí estaba su plan. Jugar con esta señora me apetecía tanto como que me practicaran un agujero en la cabeza. Cuando yo a mi vez hubiera llenado mi cometido, me tratarían, probablemente, como a Roscoe. Pero simulé que me disponía a realizar el proyecto por completo.

—Apenas si sé esperar —declaré—. ¿Dónde se esconde Roscoe?

—En un suburbio de Los Angeles —me informó Lola—. Sobre un establecimiento de la Calle 17 denominado «Sleepy Charlie's».

—Me pongo en movimiento —le dije. Y me puse, en efecto.

***

«Sleepy Charlie's» resultó ser una pequeña cervecería de mala nota, invadida por el olor de una pésima cocina. Cuando yo entré no había nadie, exceptuando el mismo Charlie, que estaba detrás del mostrador; hombre barrigudo, cuyos hinchados párpados caían sobre un par de movedizos ojos. Cuando entré, bastante apresurado, me miró con expresión de curiosidad. De todos modos, no creo que me parezca mucho al surtido de parroquianos que tiene habitualmente.

—¿Qué tomará? —me preguntó con una voz lenta, baja y retumbante, a la que un exceso de grasa daba un tono gangoso.

Pedí un vaso de *rye*, y luego me incliné con aire confidencial sobre el mostrador.

—Vaya a decirle a Roscoe Pile que Ricky Drayton quiere verle —le encargué —. Dígale que vengo de parte de Lola, y con ánimo de llegar a un acuerdo.

Del rostro de Charlie no cambió la expresión de enorme cansancio. Sus ojos inquietos se fijaron un momento en mí; luego se fué por una puerta trasera. Había decidido concertar un pacto leal con Pile; la entrega de las cartas a cambio de una posibilidad de darse a la fuga una hora antes de que yo llamara al capitán Littlejohn. Y me proponía decirle también, para la salud de su alma, de qué modo exactamente había pensado utilizarle su querida Lola. Si era un hombre del tipo adecuado, podía ocurrir que quisiera irse a discutir a balazos con ella. Tanto mejor; así morirían dos pájaros de un solo tiro y, además, me proveerían a mí de un buen reportaje. Si Lola creía que podría utilizarme para asesinar a las amistades masculinas que le sobraban, se encontraría con otra cosa muy distinta.

Ya empezaba a preguntarme qué se había hecho de Sleepy Charlie, cuando se puso nuevamente detrás del bar… Y, ¡hermanos!, estaba bien despierto. Sus ojillos se abrían de par en par, como si permanecieran al acecho, amenazando con saltarle de las órbitas; sus colgantes mejillas se habían vuelto pálidas; temblaban.

—¿Qué le pasa? —le pregunté.

Charlie buscó el apoyo del mostrador, y casi se tendió encima de él.

—¡Está muerto! —exclamó, con voz apagada.

Le dejé, lanzándome hacia la puerta, y subí las escaleras de cuatro en cuatro hasta llegar a otra puerta abierta que daba paso a una habitación pobremente amueblada y con una cama en medio. En la cama yacía Roscoe, y en el cuerpo de éste yacía una bala. Había penetrado por el mismo centro de su frente, dejando un agujero limpio, redondo. El proyectil había salido por la parte posterior de la cabeza, y el agujero practicado allí no había quedado tan limpio, a juzgar por el estado en que dejó la almohada. La ventana daba sobre la escalera de incendios y estaba abierta, indicando el camio escogido por el asesino para salir y entrar. En un rincón había una cómoda patituerta; la revolví por entero, pero no encontré nada más que una bola de naftalina rota y un imperdible cubierto de orín. Tampoco los bolsillos de Roscoe me proporcionaron mucho material. Ni rastro de cartas, aunque ya esperaba que ocurriera así. Me preguntaba si aquello había sido una idea de Lola para gastarme una broma, y en caso afirmativo, cuánto tiempo pasaría antes de que recibiera una visita de los guardias, quienes se esforzarían en cargarme a mí la responsabilidad del crimen. Sin embargo, pronto comprendí que el juego no podía ser ése; no aparecía ningún arma.

Siempre en busca de las cartas — a pesar de que tenía el presentimiento de que no estarían allí — miré debajo del colchón, luego deposité a Roscoe en el suelo, volví la cama del revés, saqué la funda de la almohada… Ni rastro. Volví a bajar las escaleras corriendo y cogí a Charlie, que estaba apoyado sobre uno de los inadecuados taburetes del bar, con la cara hundida entre las manos como un fardo informe y gimoteante, y después de obligarle con una sacudida a enderezarse; le reconocí.

—¡Domínese, gordinflón! —le grité.

Su cuerpo se agitó como una masa demasiado voluminosa de gelatina, berreando:

—¡Mi bar! ¡Vendrán los guardias, y me quitarán la licencia! ¡Esto es

terrible!

Yo dirigí una mirada al local, y saqué la conclusión de que era lo mejor que le podía ocurrir.

—Oiga, pelele —le dije—. ¿Ha venido alguien a ver a Roscoe, desde que entró él?

—Naa…die —tartamudeó—. El asesino tiene que haber entrado por la escalera de incendios. ¡Dios mío! —de repente le asaltó una duda—: ¡No pensará usted que yo…!

Tuve que echarme a reír. No podía imaginarme a Charlie abatiendo a un tipo de cuidado como Roscos Pile. Así se lo dije, pero, por lo visto, él se figuraba que acaso la policía no fuera del mismo parecer.

—¿Sabía alguien más que estuviera él aquí? —le pregunté.

—Que me conste, hasta la hora presente, nadie, excepto usted —me contestó.

Pude comprender que decía la verdad. Ello significaba que el que mató a Roscoe tuvo que ser una persona a quien él conocía, y que le inspiraba confianza. ¿Lola?, me pregunté. Me despedí de Charlie con una palmada en su hombro recubierto de grasa, y salí del establecimiento. El llamar o no llamar a la policía era asunto suyo, que no mío. Quizá cesara de pronto en el llanto que le inspiraba el peligro que corría, y se librara del cuerpo de Roscoe por algún otro medio. Yo anoté en mi mente la decisión de no comer pastel en el «Sleepy Charlie's» durante cierto tiempo. Luego di la vuelta a la casa, y echó un vistazo a la escalera de incendios. Era muy fácil para cualquiera trepar hasta la ventana de Roscoe sin que le vieran desde la calle, porque arrancaba de una callejuela pequeña y estrecha, cegada por cajas de embalaje vacías y trozos de caja desechados. Eché un vistazo al trozo de acera, debajo mismo de los peldaños de metal, y mis ojos se fijaron en un objeto. Un botón. Un sencillo botón de color obscuro, como el que se hubiera podido desprender de la chaqueta de un hombre que se empinara para alcanzar el peldaño inferior de la escalera de incendios. Lo recogí y lo guardé en el bolsillo de la chaqueta para ulteriores comprobaciones. Después subí a mi coche, y me alejé.

Cruzaba por Sunset con el puchero lleno de preguntas sin respuesta, y no estaba todavía bien seguro de a dónde me encaminaba, cuando vi el coche chapado de oro de Morgan Oput, aparcado al exterior del lujoso «36 Restaurant». Aminoré la marcha y mirando a través de los cristales de la ventanilla, vi que el jefe en persona estaba junto al mostrador en medio de un numeroso grupo de gente destacada del mundo del cine, en el que figuraba mi rubia favorita, Harvest Moon. Me dije que no perdería nada si me metía entre ellos, y que no me vendría mal un trago; y de acuerdo con mi idea paré el descapotable junto al enorme crucero de carretera de Oput, y hundí los pies en la peluda alfombra de la basílica del «36 Restaurant».

No os necesario citar el nombre de todos los concurrentes ni referir la conversación punto por punto. Se trataba únicamente de una de las reuniones de bebedores tan frecuentes en Hollywood a la hora de comer, en las que cada uno se deshace en chismes y habladurías y nadie escucha a los demás, porque todos están demasiado ocupados contando habladurías y chismes. En cierto momento de la charla, recogí la impresión de que Harvest, que al llegar me había saludado de un modo halagador, como si mi presencia le causara un gran placer, estaba organizando una especie de reunión para aquella noche. Luego ella misma aprovechó una oportunidad para invitarme. Yo acepté sin remilgos, y le prometí que asistiría. Entonces Oput me ofreció un cigarrillo. Apenas lo cogí, reconocí la pitillera. Era de oro, aunque delgada, y creo que tenía yo motivos para conocerla… ¡era la mía!

Abría la boca para lanzar una exclamación, cuando el corifeo de Oput, el individuo de rostro pálido: se interpuso entre él y yo con semblante tan alterado, expresando una tal ansiedad, que retrocedí acompañado por él hasta donde no pudiesen oírnos los demás componentes del grupo. Allí me dijo:

—Quiero hablar un momento con usted.

—¿Qué le ocurre? —le pregunté.

—Se trata de aquella pitillera… Me pareció que usted la reconocía —contestó.

—¡Cierto como la luz del día, que la reconozco! —exclamé—. La perdí hace unos quince días en alguna parte de los «Magnificent Studios». Pero, ¿en qué le afecta eso a usted?

El subordinado sacó un fajo de billetes, del que separó dos de cien, tendiéndomelos con un movimiento rápido y furtivo.

—Le agradecería que los aceptara a cambio de su pitillera —indicó.

Mis dedos se cerraron automáticamente alrededor de los billetes. ¡Diablos! ¡Mi pitillera no valía ni un centavo más allá de setenta y cinco dólares!

—Pero, ¿qué significa esto? —le pregunté.

El individuo aquél me cogió por la manga, y me condujo algo más lejos.

—Es un accidente altamente sensible el que le ha ocurrido a Mr. Oput —reveló en voz baja—. Empezó muy recientemente, y según mi opinión es la consecuencia de una vida entera de trabajo y esfuerzo agotadores. Parece que Mr. Oput no sabe impedir a sus manos que se pongan encima de la propiedad de los demás…, especialmente cuando se trata de una cosa brillante, un estuche de oro, por ejemplo. No es que le hagan falta los objetos en cuestión, puesto que tiene todo el dinero del mundo. Pero así está el problema, y a nosotros, sus servidores, se nos han dado instrucciones para que nos esforcemos en mantenerlo en secreto. De modo que si usted quisiera aceptar este dinero y olvidarse de su pitillera…

—¿Dice usted, pues —le interrumpí—, que Morgan Oput es un…?

—¿Cleptómano? —el corifeo terminó mi frase. Y moviendo la cabeza tristemente, añadió—: Me temo que sí.

# CAPÍTULO IX

Bien, bien bien… ¡De modo que Morgan Oput tenía una mentalidad de urraca! Tal característica podía entrar en juego en una cuestión que me daba muchos quebraderos de cabeza. Un individuo con tales inclinaciones podía ser el indicado para quitar el reloj de oro a un cadáver. Esto quedaba por el momento en una simple corazonada, pero afirmaría casi que era la mejor que había tenido hasta entonces. Cediendo a ella, salí del restaurante y me planté en la acera. El chofer de Oput esperaba, apoyándose en el costado de su coche y fumando un cigarrillo. Yo le saludé con un animado:

—¡Hola! —y añadí en seguida—: Mr. Oput dice que me dé el trozo de cuerda que tiene en el guardaequipajes del auto —era una mentira endiablada, y la decía cruzando los dedos (9).

El chofer frunció el entrecejo.

—¿Cuerda? ¿Qué cuerda? —inquirió.

Yo me encogí de hombros.

—¡Y a mí qué me cuenta! —refunfuñé—. Mr. Oput no ha dicho sino «una cuerda». Supongo que quiere cazar algún bistec a lazo.

El chofer me dirigió una mirada que decía en voz alta que Mr. Oput estaba

majareta y yo también, pero a pesar de todo dió la vuelta y abrió el guardaequipajes. Después de haberse inclinado para mirar dentro, me anunció:

—No hay tal cuerda.

—Mira a la parte de atrás, hijo —le indiqué—. No te vas a morir porque te ensucies las manos.

Él me obsequió con una mirada como si quisiera hacerme picadillo, pero escudriñó los últimos rincones de la caja… Y sacó de ella un rollo de cuerda.

—Gracias —le dije, cogiéndola y llevándomela a mi coche donde la deposité sobre el asiento delantero, a mi vera. El chofer se enderezó.

—¡Eh! —exclamó—. Creí que usted había dicho que Mr. Oput…

—Olvídelo —le interrumpí. E inclinándome adelante, le anuncié con aire confidencial—: Soy de la policía —alejándome del bordillo arranqué a toda marcha hacia Sunset, mientras él seguía de pie en la acera, con la puntiaguda gorra echada hacia atrás, rascándose la cabeza.

Fuíme al despacho de Littlejohn. Había llegado la hora de hablar unas palabras con aquel rudo policía; aunque no entraba en mis planes enseñarle la cuerda, por entonces. Él me saludó con la cortesía que utilizaba de costumbre, preguntándome qué demonios quería. Yo le pregunté si no era cierto que él rondaba ya por allí cuando Monty Cassino murió en aquel infortunado accidente de coche.

—Cierto, lo recuerdo bien —me contestó—. ¿Qué pasa con ello?

—Estoy escribiendo la vida de Monty con miras a componer un film —le conté—. Me gustaría repasar las circunstancias del accidente con usted, si puede dedicarme un rato —el policía me miró con aire de sospecha. Aquélla no era mi forma habitual de expresarme. Pero lo dejó pasar sin comentarios.

—Si esto te divierte —me dijo—, voy a sacar los datos recogidos —penetramos en un despacho, adonde él trajo el *dossier* de Cassino de un gabinete lleno de legajos, y lo limpió de polvo—. Por supuesto —advirtió—, el caso quedó concluido. El médico forense apreció que se trataba de una muerte por accidente.

—¿Qué clase de chofer era Cassino? —inquirí.

—Como chofer tenía un historial perfecto —replicó Aub—. Lo que no impidió que saltara por un despeñadero. En la autopsia no encontraron nada de alcohol en su estómago.

—¡Parece un poco raro! —comenté yo.

Aub se encogió de hombros.

—Son cosas que ocurren —gruñó—. Quizá le cegara el sol un momento, o sufriera otro contratiempo.

Pasé un par de horas muy interesantes revolviendo el *dossier*. Un examen completo del coche estropeado demostraba que nadie había metido las manos por ningún concepto en la dirección. La lista de personas a quienes se había interrogado incluía cuatro nombres, conocidos como amigos o asociados de Monty Cassino.

El capitán Figgings, que se encargó por aquel entonces del caso, había muerto seis años atrás sin dejar ningún informe que explicara si había prestado una atención especial a los cuatro aquéllos. Quizá tuviera algún presentimiento. Pero si lo tuvo, quedó enterrado con el difunto capitán. Los cuatro eran: Lola Cartwright, Harvest Moon, Kye Wimblast y Morgan Oput, las cuatro personas que habían demostrado más ansiedad, a mi modo de ver, para que las cartas no aparecieran en público. Y ahora me daba cuenta de que entre los cuatro parecía que tejían una tela de coartadas. Monty había muerto a las once y media de la noche, corriendo con su coche por la carretera de Santa Mónica. Según sus declaraciones, a la misma hora Kye Wimblast y su esposa recibían la visita de

Harvest Moon, que había ido a pasar la velada con ellos, al mismo tiempo que Morgan Oput se regalaba con una cena íntima en compañía de Lola Cartwright. Los cuatro se servían recíprocamente de coartada uno a otro.

—Si se había sospechado de ellos —aunque fuera muy ligeramente— en relación con la muerte de Monty Cassino, ésta podría ser la causa de que estuvieran tan preocupados por aquellas cartas. Podría ser que dicha correspondencia revelara que alguno, o todos ellos, tenían un motivo para llegar al asesinato. Podría ser que destruyeran esa recíproca coartada. Finalmente, cerré el *dossier*. Aub, que me había dejado absorto en la tarea, entró despacio, liando un cigarrillo.

—Te diré, de paso, que hemos descubierto dónde compraron la cuerda con que se colgó a Wilbur Deems —me explicó.

—¿De veras? —le pregunté, haciéndome el sorprendido.

—Sí, en una ferretería. ¿Quién supones que la compró?

—No sabría adivinarlo —respondí.

—Roscoe Pile —declaró él.

Yo me esforcé en adoptar una expresión de pasmo.

—¿Le habéis cogido ya?

Aub movió la cabeza negativamente, diciendo:

—Puso pies en polvorosa. Fué precisamente en la fiesta que daba Kye Wimblast. Me han dicho que tú estabas también, y que tuviste algo que ver con su fuga.

—Estaba, en efecto —objeté yo—. Como casi todos los de Hollywood. ¡Pero no sé nada de Roscoe Pile!

Aub exhaló un suspiro.

—Drayton: algún día te ajustaré las cuentas por negarte a proporcionar pruebas a la policía —vaticinó.

—Sosiéguese —le recomendé—. Estoy convencido de que, al final, todo se resolverá como es debido.

Después conduje mi coche hacia los estudios, y me fui directamente al despacho de Oput. Imagino que había advertido a sus secretarias que en cuanto me vieran me hicieran pasar; no tuve que flirtear con ninguna de las dos. En seguida que entré se puso a gritar, con su ancho rostro congestionado de enojo.

—¿Trabajas para mí o contra mí? —me preguntó—. ¿Qué es eso que me ha dicho mi chofer, que fuiste a robarle una cuerda que tenía en el coche?

—¿Por un trozo de cuerda se incomoda usted tanto? —repliqué—. ¡Qué suerte que no me dé por robar cadáveres y relojes de oro!

Oput palideció.

—¿Qué te propones? —inquirió—. Supongo que no me traicionarás, Drayton.

—Eso depende precisamente de lo malvado que usted resulte —le dije—. Quiero saber con toda exactitud para qué necesita usted la correspondencia de Monty Cassino.

—No —replicó, apretando los dientes—. No te lo diré.

—Sea como guste —concedí—. Me es muy fácil llevar su cuerpo a la policía. Le costará bastante dar una explicación satisfactoria. Y, además, ¿por qué transportó *usted* el cuerpo de Wilbur a otro sitio.

—Fué pensando en los estudios —se excusó Oput—. Ya sabes lo que pasa ahora con la Liga de la Decencia, los Comités del Congreso y todas esas cosas. No es como en los viejos tiempos. Ahora uno no puede permitir que se produzca un escándalo, al paso que antes era lo que nos daba vida. Un cadáver colgando sobre un escenario nos habría reportado grandes perjuicios. Por eso lo descolgué. Luego vi su dirección en la tarjeta de identidad, y creí que sería un

magnífico ardid llevarlo a su casa. Por supuesto, la viga del techo de su casa resultaba más baja que la palanca del escenario; tuve que cortar la cuerda.

—¿Y el reloj de oro? —le pregunté dulcemente.

Oput casi se sonrojó.

—No puedo comprenderlo —me dijo—. Yo no lo quería, y sin embargo me pareció que no podía resistir la tentación de cogerlo.

—Muy bien, olvidemos el reloj, de momento —concedí—. Volviendo a la correspondencia de Cassino…

Oput movió la cabeza negativamente.

—No hablaré —reiteró.

Yo me incliné sobre la mesa, y cogiéndole por las solapas le levanté de la silla y le arrastré casi hasta la mitad de la distancia que le separaba de mí.

—¡Lo que le va a perjudicar —gritóle— es que usted ha impuesto sus normas a los demás durante demasiado tiempo! Nadie le ha tratado con dureza desde hace muchos años —y arrojándole sobre su silla con tal furia que ésta se levantó sobre las patas traseras y dió una vuelta delante de la mesa con él encima, le prometí—. Pronto empezaré a mostrarme duro con usted. No me gusta que me encarguen trabajos sin que conozca la finalidad de los mismos. Eso de que usted quería las cartas para rodar una película, se lo cuenta a su abuela. El motivo es más importante que todo esto. ¿Ha matado a Roscoe Pile para apoderarse de ellas?

—¿A Roscoe Pile? —exclamó, abriendo la boca por la sorpresa—. ¿De qué estás hablando?

Plantándole la mano sobre el pecho, le di un empujón repentino y cayó al suelo, silla inclusive. Entonces, le cogí por la pechera de la camisa, le levanté, le sacudí durante unos segundos y le arrojé contra la pared. Oput se quedó apoyado en ella y empezó a deslizarse hacia el suelo, pero sin darle tiempo para desplomarse, le propiné una racha de cachetes con el dorso de la mano.

Oput inclinó la cabeza hacia atrás, al mismo tiempo que extendía la mano hacia la repisa de la chimenea situada algo más allá, en la misma pared. Quise cogérsela, pero demasiado tarde. La mano había retrocedido otra vez, y ahora brillaba en ella la hoja de un puñal.

No sé de dónde procedía Oput, mas, en aquel preciso instante, parecía hallarse transportado a cualquier encrucijada del bosque donde los hombres tiran de puñal con mucha facilidad. Antes de que tuviera tiempo de sujetar su ágil muñeca, me había desgarrado la manga, llevándose un largo y estrecho trozo de piel de mi brazo, y me había acariciado las costillas con la punta del cuchillo. Luego, mientras yo concentraba mi atención y mis esfuerzos en hacérselo soltar, él utilizó la rodilla de una forma completamente antideportiva, obligándome a doblarme y a soltar su muñeca. Entonces me lanzó una cuchillada, al mismo tiempo que yo me doblaba en dos a causa del dolor que sentía en el bajo vientre. Aquello me salvó. La hoja del puñal pasó rozándome el hombro; arrastró crin de la hombrera de mi americana.

Bien, ya estaba cansado de retroceder ante aquel menudo matón. Me enderecé, le cogí otra vez por la muñeca y le doblé el brazo a la espalda, aplicándole una llave de lucha libre. Él trató de desasirse… que era precisamente lo que quería que hiciese, y yo acabé de realizar el movimiento, transmitiendo el punto de aplicación del impulso a la especie de palanca en que se había constituido su brazo, con lo cual Oput dió un perfecto salto mortal hacia atrás, aterrizando sobre su espalda en un rincón. Al caer se le escapó el cuchillo de la mano. Lo cogí, y lo lancé hacia arriba; la hoja se clavó cimbreando en el techo. Me figuré que a tal altura no significaba ningún peligro. Entonces volví a recoger a Morgan del suelo, y le hice rebotar contra la

pared un par de veces. No me proponía causarle daño; sólo quería enseñarle quién mandaba allí.

Después de someterle un rato al tratamiento aquél, empezó a comprender cuál era la idea principal.

—¡No me pegues más! —gimió—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Eliminó usted a Roscoe Pile? —le pregunté.

Él movió la cabeza, negando vigorosamente.

—No —contestó—. No; lo juro.

—Le creo —le contesté. Y lo que es más, le creía—. Pero, ¿qué pasa con las cartas aquéllas? —insistí con empeño—. ¿Cómo se explica que muestre tal afán por alcanzarlas?

El apretó los labios, y ni otro rebote contra la pared se los hizo abrir.

—Muy bien —le dije, frotándome las manos—. Sea como usted quiera. Pórtese mal conmigo; yo me portaré mal con usted. Todo lo que tengo que hacer, es presentar aquella cuerda a la policía. Y otra cosa además; en estos momentos soy la única persona que sabe algo de dónde están las cartas… —lo cual no era cierto, pero tampoco tenía la intención de prestarme a demostrarlo — …Soy el único que sabe que Roscoe ha recibido lo suyo esta mañana. Cuando explique todo esto a los policías, revolverán toda la nación en busca del criminal, y de las cartas. Y se me antoja que usted no quiere que caigan en manos de la policía. En cambio, si es sincero conmigo, todavía puedo trabajar para usted. Si me parece bien intentarlo, tengo medios para recuperar la correspondencia en cuestión. Pero no lo probaré siquiera hasta que me diga todo lo que se refiere a ella.

—Muy bien —murmuró Oput—. Me arriesgaré; te lo voy a contar.

—¡Por fin! —repliqué yo—. Ahora empieza usted a demostrar que es listo.

Oput se dejó caer en la silla, detrás de la mesa del despacho.

—No se lo he explicado nunca a nadie, sólo ahora a usted —comenzó diciendo—. En otro tiempo tenía una hija, Drayton. Se había venido a Hollywood conmigo, y era el único refugio de juventud y hermosura que me había quedado en la vida, después de la muerte de su madre. Se llamaba Magda. Yo la adoraba —hablando de su hija se le humedecían los ojos. Estoy seguro de que la amaba de veras, en exceso.

—¿Qué fué de ella? —interrogué.

—Se hizo mayor durante mis primeros años de lucha —prosiguió Oput—. Cuando parecía que no quedaba ninguna esperanza, ella era la que me infundía confianza y valor para seguir adelante, y fe en que un día obtendría el triunfo. Yo trabajaba sin medida. Demasiado, creo yo, cuando dirijo la vista hacia atrás. La niña no tenía madre, y yo no podía dedicarle todo el tiempo que hubiera debido, aunque todo el esfuerzo que desplegaba era para ella. Imagino que tenía demasiada libertad para escoger sus propios amigos. Era tan buena y tan inocente, que pensaba que todo el mundo era igual. Y se enamoró de Monty Cassino.

—¿Y qué sucedió? —le pregunté despiadadamente. Oput bajó la cabeza.

—Sucedió lo inevitable —replicó—. Magda se dió cuenta de que había concebido un hijo de Cassino, y sintiendo demasiada vergüenza para confesármelo… se escapó a Méjico y me escribió desde allí. Al nacer el niño, mi hija murió. Ahora bien, parece posible que Cassino guardara las cartas que Magda le escribió. Tengo que recuperarlas; para mí son sagradas, y no puedo resistir ni tan sólo el pensamiento de que vayan de una mano a otra, provocando la hilaridad de algún granuja o estafador. Este es el motivo que me hace ansiar la correspondencia de Cassino.

—Comprendo —dije, cuando hubo terminado—. Y, cuénteme, ¿qué

influencia tuvo esta aventura en sus relaciones con Monty? En aquel tiempo, él trabajaba para usted, ¿verdad?

Oput se encogió de hombros.

—Sucedió entre una película y otra —explicó—. Cuando Magda se fué a Méjico y yo me enteré de lo que ocurría, decidí, naturalmente, que no rodaría jamás ninguna otra cinta con Cassino… y que si podía le haría la vida imposible en Hollywood. Pero no fué necesario. Pereció en un accidente de coche, al día siguiente de la muerte de Magda. Lo cual acaso signifique que todavía hay un poco de justicia en el mundo, después de todo.

—Quizá sí, si bien se observa —asentí yo. Aunque en aquel momento no estaba pensando en la justicia divina, sino en la que podía haber administrado un indignado padre con el corazón destrozado; y pensando también que Oput era uno de los cuatro sospechosos que figuraban en la lista del difunto capitán Figgings—. Comprendo —repetí. Y lo decía de veras. Las cosas empezaban a tener sentido.

***

Al salir del despacho de Oput y cuando me dirigía hacia la puerta de los estudios, vi que el magnífico «Rolls Royce» inglés de Lola, con su tapizado de piel de leopardo, se deslizaba por la avenida de entrada. El chofer filipino llevaba el volante. Cuando se paró en la puerta, subí al lado de Lola. Ella me miró con una mirada que pregonaba que los que sabían lo que les convenía mejor, no subían a su coche sin que les invitaran, pero siguió en silencio.

—Tengo que hablarte, Lola —le dije—. En un sitio reservado.

La actriz dió unos golpecitos sobre el cristal que nos separaba del asiento del chofer, y éste lo hizo correr.

—Llévame a mi antiguo camerino —le ordenó.

Los «Magnificent» continuaban sintiendo por Lola tanta admiración y afecto, que todavía seguían poniendo a su disposición la caseta marcada con una estrella en la que en otros tiempos se había compuesto para rodar tantas grandes cintas que se habían convertido en una fábrica de dinero. Ahora le servía como una especie de aposento particular, junto a los de los demás. Condújome pues dentro de una habitación, cuyas paredes estaban cubiertas de espejos y atestadas de recuerdos de la estrella famosa que había sido Lola Cartwright. Acomodándose graciosamente en una *chaise-longue* antigua. Lola me miró enarcando las cejas con aire inquisitivo.

Yo abordé la cuestión sin ambages.

—Roscoe Pile ha muerto —manifesté. Ella demostró tan poca emoción que semejaba que no me hubiese oído.

—¿Lo hiciste tú? —interrogó.

Yo moví la cabeza negativamente.

—No, Lola; no disparé yo —repliqué—. Alguien llegó allá primero.

Ella se levantó bruscamente.

—¿Y las cartas? —inquirió con voz áspera.

—Otro llegó allá primero —repetí. Lola no supo qué contestar, pero era evidente que aquello la encorajinaba. Yo le pregunté—: ¿Quién sabía, aparte de ti, dónde se escondía Roscoe?

Ella replicó:

—Nadie, a menos que le siguiera alguien. Después de disparar contra ti en la reunión de casa de Kye, se fué directamente al «Sleepy Charlie's».

—Entonces, puede ser cualquiera de los que estaban en la fiesta —observé.

Mentalmente, me puse a conjugar nombres. Lola asistía a la reunión… y además sabía el sitio donde se escondería Roscoe. Pero no me figuraba que fuese la autora de la muerte… porque si no, ¿para qué me hubiera pedido que me lo cargara yo por su cuenta? Oput no estuvo en absoluto y, por lo demás, para bien o para mal, le creí cuando negó que hubiera asesinado a Pile. Harvest estaba en la fiesta, pero cuando Roscoe se fugó, ella me aguardaba en mi auto. De modo que no quedaba más que el mismo Kye Wimblast. La conducta de aquel sujeto había sido dudosa desde el principio. Me imaginaba que sabía mucho más del negocio de lo que iba diciendo. Por lo tanto, decidí hacer una visita de cortesía a Mr. Wimblast.

***

En una oficina de correos que encontré por el camino, paré y adquirí un sobre franqueado. En el espacio para escribir, puse con letras de palos:

«Roscoe Pile fué asesinado en el bar «Sleepy Charlie's», de Los

Angeles. Cerca del cadáver estaba esto.»

«Esto» era el botón que había recogido bajo la escalera de incendios de Charlie. Lo puse junto con la nota en el sobre, con la dirección de Aubrey Littlejohn, y lo eché al buzón figurándome que lo recibiría en el próximo reparto. Acaso a él le sirviera más que a mí.

# CAPÍTULO X

A mi llamada, Marie Somers abrió la puerta de la *hacienda* de Wimblast. Kye estaba fuera, me dijo. ¿Podía ella servirme en algo? Yo le contesté que quizá sí, y pasando adelante, penetré hasta la sala de estar.

—Entre, entre —me invitó ella sarcásticamente, hablando detrás de mí.

Yo me volví para mirarla. Los rayos del sol bañaban su cabellera pardo rojiza, iluminando sus bucles que se dirían espolvoreados con polvo de oro. Vestía un leve traje de verano que en las partes en que interesaba, adaptábase al cuerpo como una segunda piel. Por primera vez me puse a pensar en serio en la esposa de Kye. ¿Era posible que hubiese sido el tipo de Monty Cassino? Allá en el 1935 tendría poco más de veinte años y semejaría aun más joven, es decir, tal como le gustaban al Romeo latino.

—¿Qué es lo que ocupa su mente, Mr. Drayton? —me preguntó. Añadiendo en seguida—: Y deje de mirarme.

—Dispense mi torpeza —le dije—. Pero en este momento, lo que ocupa mi mente es usted. ¿Qué tal conocía usted a Monty Cassino?

Esto le sacó de quicio, pero en grado sumo. Buscó



*—Deje el teléfono. Se lo contaré...*

una silla a su espalda, y se sentó. Por fin, tartamudeó:

—¿Y a usted, qué le importa?

—Usted leerá los periódicos —repliqué—. Sabe que mataron a Harvey True, y le robaron la correspondencia de Cassino. Pero lo que quiero saber yo, es hasta qué punto le preocupa el hecho.

Marie había recuperado ya su presencia de ánimo. Adelantando la barbilla con gesto orgulloso, inquirió:

—¿Y por qué tiene que preocuparme?

—Que yo sepa, hasta el momento presente no existe ningún motivo —respondí, encogiéndome de hombros—. Se lo preguntaba, nada más.

—No lo entiendo —declaró Marie—. ¿Para qué vino usted aquí, y para qué me interroga?

Yo me senté, saqué un cigarrillo para mí, le di otro a ella y encendí los dos. Después, le expliqué:

—La razón es esta: la aprecio. ¡Oh! Ya sé que difícilmente sabrá usted quién soy, pero yo la conozco. No puedo casi resistir la tentación… voy al cine. Soy un admirador de usted. Aun más, aprecio a Kye. He trabajado con él y espero volver a trabajar. Y no quisiera hacer nada que pudiera acarrear sinsabores a usted y a su marido.

—¿Qué clase de sinsabores? —preguntó Marie.

—Pesares —le contesté—. Mire usted, voy pisando los talones al sujeto que mató a Harvey True. Espero echarle el guante en cualquier momento.

Había contado ya tantas mentiras, que ésta salió sin ningún esfuerzo. Por otra parte, casi era verdad. Podía reunirme con Roscoe Pile a cualquier hora que quisiera. Él no se marcharía a ninguna parte.

—Todavía no lo entiendo —porfió Marie.

—Me comprenderá —subrayé—. La cuestión está así: no he decidido aún si debo coger al asesino por mí mismo, o si debo mandar la policía tras él. ¿Sigue usted ahora el hilo de mi pensamiento? Me siento inclinado a dejar que los guardias hagan el trabajo restante, pero hay una cosa que me fastidia: el sujeto que asesinó a True, lo hizo por las cartas de Casino. Cuando le detengan, las llevará encima. De modo que lo que quería saber es esto. ¿Sufrirá algún tormento su corazón, si las cartas esas van a parar a manos de la policía?

Marie dió una larga chupada a su cigarrillo. Luego me dijo:

—Ha sido usted muy fino al venir a preguntármelo, Mister Drayton. No sé cómo lo ha descubierto, pero creo que es usted muy sagaz. Sí, me causaría mucho pesar que dichas cartas salieran a la luz pública.

Era como yo había pensado. Ahora sentía un interés profundo.

—¿Cómo fué? —inquirí.

—¿Debo contestar esta pregunta?

Yo me puse en pie.

—Como usted guste, querida —concedí—. Pero recuerde. Yo he de tener una razón poderosa para no llamar a la policía inmediatamente.

Y al mismo tiempo me acerqué al teléfono y empecé a juguetear con él. Marie comprendió la intención. Era una mujer de comprensión rápida.

—Deje el teléfono —indicó—. Se lo contaré.

Le sonreí con dulzura y volví a sentarme.

—Dispare —le dije—. Soy todo oídos, aunque no lo hayan notado ni mis mejores amigos.

Ella empezó:

—Era todavía muy joven cuando llegué por primera vez a Hollywood… Joven y alocada.

Yo suspiré. Me parecía que había oído antes aquella canción en alguna otra parte. A juzgar por el número de vírgenes alocadas que se congregaron en Hollywood y que ahora estaban a poco más de los treinta, la cosecha de Mr. Cassino tuvo que ser más que abundante. Les ahorraré a ustedes el resto, a pesar de que yo hube de escucharlo todo. Era la misma penosa historia de la inocencia engañada. Marie Somers había sido, ni más ni menos, otra cabellera en el cinturón de Monty Cassino **(10)**. Me lo sabía de memoria. Perfectamente, pues, cortaremos el capítulo de los sollozos y llegaremos al de las consecuencias. Las cuales eran que Kye, el esposo de Marie, era un hombre muy celoso. Que la aventura de Marie con Monty Cassino había tenido lugar poco después de casarse con Kye. Que ella se las había compuesto para mantener la cosa en secreto, y, finalmente, que si Kye llegaba a enterarse, aun ahora, era capaz de perder los estribos y de utilizar a su eternamente amante

esposa para carne de picadillo.

Bueno, esta es la versión que ella me dió. Pero como ocurre tan a menudo en mi profesión, yo pude enterarme de más cosas escuchando una mentira que si me hubiera contado la verdad. Porque Marie Somers estuvo mintiendo… de ello no cabe la menor duda. Mintió al decirme que Kye no sabía nada de las cartas. Este había demostrado demasiado empeño en que no las viera yo. En consecuencia, deducí de ello que Marie estaba encubriendo a su marido, que Kye era sabedor de la correspondencia, y que ésta contenía algo más que simples billetes de una chiquilla apasionada. Deduje que tal correspondencia afectaba muy directamente al mismo Kye Wimblast.

Di las gracias a Marie por su explicación, prometiéndole que si yo podía remediarlo, las cartas no caerían en manos de la policía, y le pregunté cuándo podría sostener una conversación particular con Kye… versando estrictamente sobre negocios, le aseguré a ella. Marie dirigió la mirada a su reloj de pulsera.

—Dentro de media hora me reuniré con él en el coctel que ofrece Harvest Moon en su casa —declaró.

—También a mí me invitaron a esa juerga —le expliqué—. ¿Quiere que la lleve?

Ella se puso en pie, con una sonrisa en los labios diciendo:

—Me encantaría si a usted no le importara aguardar mientras me cambio de traje —y como le contestara que para mí no había ningún inconveniente, salió del salón, dirigiéndome una mirada capaz de derretirle a uno—. Gracias —concluyó—. Gracias por todo. ¡Es usted un hombre muy agradable!

Marie subió al piso superior para embutirse dentro de un traje de salón, y yo me serví un poco más del *rye* de Wimblast. Aquel tipejo tenía buen licor.

Imagino que la vida teatral enseñó a Marie el arte de cambiarse de prisa, porque yo me había resignado a una espera de cuarenta y cinco minutos, pero ella reapareció apenas transcurridos veinte. Se había puesto un vestido para el coctel de color negro con el corpiño muy apretado y la falda, muy vistosa, de encaje. El escote bajaba bastante abajo de los hombros, y sólo la modestia impedía que descendiera hasta cerca de las caderas. También había substituido su perfume por otro más exótico y adecuado para una reunión nocturna. Mientras conducía mi convertible con aquella mujer sentada a mi lado, tenía que emplear todo mi esfuerzo en concentrar la atención en el camino y el volante, y me decía que Monty Cassino hubiera tenido que estar allí para ver cómo había crecido su chiquilla.

Llegamos a la casa de campo, muy baja y larga, situada más allá de Sunset Strip, cuando en el exterior había ya muchos autos aparcados y la fiesta estaba en todo su apogeo. Muchos de los presentes habían concurrido la noche anterior a la de Wimblast. Entre ellos, Lola y, por supuesto, la misma Harvest, Oput estaba también fumando un gordo cigarro y empuñando un vaso de leche con agua de seltz. Advertí también la presencia del joven Don Fernand. Parecía de un humor arisco, y se asemejaba a los antiguos retratos para sus admiradores de Monty Cassino. En el joven actor mejicano, los «Magnificent» habían escogido sin duda al hombre más indicado para encarnar a Cassino.

A ratos, en el transcurso de la velada, sorprendí a Marie, Harvest y Oput, mirándome de un modo extraordinariamente curioso. Yo sabía el por qué. Por lo que a ellos les importaba, suponían que tenía que estar siguiendo la pista de un asesino y recuperando un manojo de cartas, y, sin embargo, estaba allí entregado a una conversación superficial y a la tarea de engullir *rye*. También yo por mi parte hubiera preferido la acción, pero en aquel momento estaba atascado. La pista que seguía había llegado bruscamente a su fin al topar con el cuerpo de Roscoe Pile, y estaba aguardando que surgiera algo nuevo. Sin

embargo, experimentaba aquel presentimiento cierto de que no pasaría mucho sin que algo surgiera. Se respiraba la tensión en la atmósfera, y yo esperaba que el asesino dejara aparecer su mano. Mientras tanto, yo adoptaba la postura más inteligente, que consistía en concurrir a la fiesta. Por lo menos, todos aquellos de quienes sospechaba, estaban juntos en el mismo sitio, de forma que podía tenerles el ojo encima.

A medida que avanzaba la noche, la fiesta empezó a perder convencionalismo. Algunas de las estrellitas jóvenes mostraban una clara inclinación a bailar conmigo. Expulsé de mi regazo la muñeca de turno, y fui en busca de Harvest. Experimentaba de pronto el deseo vehemente de hablar con aquella dama. No estaba completamente satisfecho todavía con lo que me había contado la noche anterior, por una parte… y por otra… Bueno, quería hablar con ella, y nada más.

Pero parecía quo Harvest no estaba allí. Detuve a la linda camarera negra con el rizado pelo adornado por un lazo blanco, quien paseaba una bandeja llena de copas de licor entre los invitados, y le pregunté a dónde se había ido su señora.

—Se ha ido a su habitación —me dijo la muchacha—. Me parece que está un poco cansada.

Aquello salía muy bien. Lo que yo estaba buscando era la oportunidad de hablar a solas con Harvest. La doncella me dijo dónde estaba emplazada su habitación. Yo subí las escaleras, recorrí el pasillo y entré sin llamar. Es una forma de proceder muy propia de mí. Falta de modales, supongo. Harvest se había quitado los zapatos y estaba tendida en la cama, fumando un cigarrillo.

—¿Qué hay? —la interpelé—. ¿Empieza a cargarte ya la algarabía que se arma?

Ella volvió la cabeza lentamente, y fijo la vista en mí.

—Sí —contestó—. Es cierto.

Su voz sonaba espesa, y en sus ojos aparecía una mirada extraña, vidriosa. Me figuré que estaba un poco achispada, y me acerqué. Harvest pegó una larga chupada al cigarrillo y expelió un sin fin de humo. Yo penetré en medio de la nube, y la olfateé atentamente. Conocía aquel olor acre, nauseabundo. Aquello no era tabaco. Le arranqué el cigarrillo de la mano, y lo examiné de cerca.

—¿Con que dada a fumar drogas, eh? —la acusé.

Ella se sentó, e intentó recuperar el cigarrillo de marijuana.

—¡Dámelo! —gritó.

Tenía un aspecto algo salvaje. La droga empezaba a obrar su efecto, acentuando sus emociones, dándole aquella efímera vivacidad y aquella animación que sus adictos buscan con tanto afán. Yo dejé que me lo quitara.

—Tú me has rescatado, cariño —le dije—. Esta fiesta estuvo a punto de matarme a mí también y precisamente me preguntaba dónde podría dar una buena chupada a un calmante.

—¿Los fumas también? —preguntóme.

—No puedo vivir sin ellos —mentí—. Pero no he tenido suerte para encontrar cómo aprovisionarme en Hollywood.

Harvest se echó a reír.

—Viniste al fin al lugar apropiado, sin duda —exclamó—. ¡Te los puedo proporcionar al por mayor! —y me presentó una caja de plata, invitándome—. ¡Toma, fuma uno aquí mismo, en casa!

Decir que quedé pasmado sería expresar mi estado de espíritu dulcificando los términos. Harvest era una chica en quien no habría pensado jamás como morfinómana. Y no obstante, hasta cierto punto, recibí la noticia sin gran extrañeza. En Hollywood uno se acostumbra a esperar lo inesperado. La

marijuana, estimulante del ánimo, podía ser ciertamente la base de aquella vitalidad, casi supernaturalidad, que la estrella desplegaba en la pantalla y fuera de ella. Yo acepté el cigarrillo y lo encendí, fumando sin inhalar el humo y esforzándome en disimular cuánto me disgustaba su sabor. En general, soy un individuo que suele probarlo todo dos veces, pero tratándose de drogas, una es demasiado. Más adictos ha conquistado la curiosidad que el vicio. Lo prueba usted una vez, sólo para ver qué tal resulta… y luego está ya en la pendiente. He visto demasiado a menudo los interiores del mundo de los estupefacientes para dejarme cazar, como un incauto, por su centelleante fachada.

—¿Hace tiempo que la usas? —interrogué, sin darle importancia.

—Más del que me interesa recordar —replicó Harvest.

—¿Dónde consigues el género? —inquirió en tono de guasa.

—Eso no se pregunta. Deberías saberlo —respondió la mujer—. Es un secreto comercial. He suministrado a la gente que interviene en el negocio cinematográfico desde el primer día que llegué a Hollywood.

Ello no concordaba mucho con la historia de la inocencia ultrajada que me había servido la noche anterior, pero la droga le había soltado la lengua, y no era cuestión de que yo anduviera poniéndole los puntos a las íes.

—¿A gente como Cassino? —le pregunté.

—A él también —replicó, con voz soñadora—. A multitud de personas. Fué la marijuana la que me abrió el camino de la pantalla.

He ahí, pues, el motivo de su ansiedad respecto a las cartas de Cassino. El cuento aquel de sus relaciones amorosas con el artista, y de que los billetitos que le escribió, constituirían una publicidad perniciosa, era una pura patraña. Yo estaba dispuesto a apostar cualquier cosa a que las cartas contenían pruebas evidentes y peligrosas de la conexión de Harvest con el tráfico de marijuana. Cuanto más pensaba en la correspondencia de Cassino, más se me antojaba que el motivo del asesinato se encerraba en ella. Tenía unas palabras a flor de labios para expresarlo así, cuando se oyeron unos golpecitos en la puerta del dormitorio.

—Soy yo… Don —dijo, la voz de Don Fernand.

Harvest se incorporó, y apagó el cigarrillo en un cenicero de cristal. Yo hice lo mismo con el mío, dando gracias mentalmente por haberme podido librar de él. Luego indicó ella:

—Entra.

Don penetró en el cuarto deshaciéndose en sonrisas, pero al verme, su rostro se estiró.

—Tranquilícese, hermano —le advertí—. La mía no es más que una visita de sociedad. Miss Moon y yo estábamos hablando. He ahí todo.

Fernand indicó su conformidad con una inclinación de cabeza. Luego se acercó corriendo a Harvest.

—Dime, cariño —exclamó—. ¿Qué te parece si probamos mi nuevo coche de turismo? Ha llegado hoy y es una maravilla. Me han dicho abajo que tenías jaqueca, y he pensado que un soplo de aire fresco te sentaría bien.

Harvest saltó de la cama impulsivamente. En sus ojos empezaba a destellar la luz de la dicha provocada por la droga.

—¿Corre mucho, Don? ¿A gran velocidad, de veras? —preguntó.

—Como murciélagos escapando del infierno —replicó, orgullosamente, el actor.

Harvest puso . Os pies dentro de los zapatos y echó a correr hacia la puerta.

—¡Ni un tropel de caballos salvajes me impediría salir! —gritó.

Y cogiendo a Don por la mano, le arrastró por el pasillo y le hizo bajar las escaleras corriendo.

Yo me encogí de hombros. Nuestra entrevista tendría que continuar más tarde, me figuraba. A pesar de mí mismo, experimentaba cierta tristeza a causa de Harvest. Había sentido gran afecto por ella. Lo cual, tratándose de mí, es decir, bastante. Y ahora resultaba que no solamente era una morfinómana, sino que, por añadidura, era una expendedora de la droga. La vida es así, colijo.

Volví a reunirme con los invitados, mirando a mi alrededor para ver si el resto de mi cuarteto de sospechosos estaba allí todavía. No pude ver ni a uno siquiera. La camarera pasaba en aquel momento por delante de mí. Acepté una copa de su bandeja para limpiar el gusto de la marijuana de mi boca.

—¿Has visto a Mr. Oput en alguna parte, niña?

Ella asintió con la cabeza, y me dijo:

—Ha salido a dar un paseo con el coche nuevo de Mister Fernand, en compañía del señor Wimblast y señora, de Mis Moon y de Mis Cartwright.

# CAPÍTULO XI

De pronto, todos los hechos encajaron en su sitio exacto. Por fin veía la trama completa. Y por cierto, no me gustaba nada. Apuré el licor de un solo trago y, después de dejar ruidosamente la copa en la bandeja sostenida por la muchacha, atravesé apresuradamente la concurrida sala y salí al paseo de entrada. Mientras saltaba sobre el asiento de mi auto, pude oír el bramido creciente del turismo nuevo de Fernand, que iba acelerando la marcha por Sunset Strip. Entonces advertí un detalle que tuvo que hacerme sospechar cuando invitó a Harvest al paseo en coche. Uno no se lanza a pruebas de velocidad con un auto nuevo, flamante, antes de que haya corrido los kilómetros necesarios para estar en condiciones. El paseo este era un camelo, el cebo en la trampa de Fernand para hacer picar a los cuatro sospechosos… o cinco, si contamos a Marie Somers. El motor del descapotable despertó rugiendo a la vida, y viré hacia la carretera principal en pos de la luz trasera del turismo nuevo, que se alejaba rápidamente. Una vez en ella, di todo el gas.

El turismo se desvió por una carretera lateral, a la izquierda, la de Santa Mónica, la misma en que Cassino sufrió en 1935 su misterioso accidente. Yo iba acortando la distancia rápidamente, porque Don Fernand transportaba mucha carga, además de que por el momento parecía que no se daba cuenta de que le siguieran, pues descansaba el motor nuevo, acortando la marcha en la medida que debía. Me divisó cuando no nos separaban más que unas doscientas yardas. Quizá me viera uno de sus pasajeros, le transmitiera la información, y él resolviera que no había sitio para mí en su asiento trasero. El caso es que, en aquel momento, su coche adquirió mayor velocidad, y empezó a despegarse. Perfectamente, si así lo quería, yo estaba completamente dispuesto a proporcionarle una carrera que le dejara satisfecho. Él transportaba cinco viajeros. Yo estaba solo conmigo. Su coche era de mayor potencia, pero corría el riesgo de que su motor se le agarrotara en cualquier momento. Fernand gozaba de mucha reputación como conductor en la ciudad. Pero yo tampoco soy manco. Me crié sobre carreteras de gran tráfico, y por regla general soy capaz de sacar de un coche más rendimiento del que sus fabricantes presumieron.

Realmente, pisaba el acelerador con todas mis fuerzas y cada curva que tomaba cortaba una pequeña distancia. Del coche de enfrente, llegaban hasta mí los alaridos de placer de Harvest Moon, loco placer estimulado por la droga que aquella loca velocidad le inspiraba. Quizá ella y los demás viajeros pensaban que perseguía a Don para divertirme. Pero Don sabía que no era así y desafiaba a la muerte en cada curva, en su afán por desprenderse de mí. No obstante, yo no me quedaba atrás. Al llegar a una curva cerrada de verdad, Don la tomó como un automovilista de carreras, pisando los frenos y haciendo que la parte posterior del coche describiera un arco emitiendo un fuerte chirrido. Creo que aquella vez estuvo a punto de perder un pasajero. Yo vi que los cuerpos de éstos saltaban sobre la carrocería descubierta, que sus brazos se levantaban y volvían a bajar. Por mi parte, tomé la curva del mismo modo, pero como llevaba menos peso, mi auto no se pegaba tanto a la carretera y por un instante pensé que resbalaría danzando sobre el asfalto y saltaría fuera del bordillo. Sin embargo, los neumáticos se agarraron, aunque gimiendo protestando por el castigo, y cuando levanté el pie del freno, mi descapotable se lanzó silbando adelante como una bala.

Parecía que la distancia que nos separaba disminuyera gradualmente, y no digo que mi manera de conducir no tuviera alguna parte en ello. A la luz de los

focos de mi coche, que inundaban la barrica desfondada que se abría delante, pude ver que los pasajeros de Don se mostraban algo inquietos. Parecía que a Oput se le había puesto el frío en los pies. Sus exagerados ademanes me hicieron comprender que quería imponerse a Don, para que se dejara de puntillos. Pero el hispanoamericano, seguía encorvado sobre el volante, furiosamente concentrado en la conducción y no se paraba a parlamentar. Entonces Oput puso sus manos sobre el volante. Yo retuve el aliento viendo como el turismo danzaba de un lado a otro de la carretera. Fernand luchaba por conservar el control, pero Oput, presa del terror, hacía cuanto estaba de su parte para matarlos a todos. En aquel momento, brilló un objeto en la mano de Fernand, y Oput claudicó, hundiéndose en su asiento. Oí un chillido proferido por una señora, pero el turismo se lanzó otra vez en línea recta por la estrecha cinta de la carretera. Sin embargo, el incidente le había obligado a aminorar la marcha. Ahora se encontraba a unas veinte yardas escasas de distancia. Nos acercábamos a una ancha curva flanqueada por un campo de hierba. Fernand la tomó más cerrada de lo que yo hubiera creído posible. Su coche se levantó sobre dos ruedas. El muchacho estaba conduciendo como un genio del volante. Por mi parte, tomé una decisión instantánea. En lugar de seguir la curva, arreé con toda la potencia del motor y lo lancé rugiendo, en línea recta, por encima de la hierba.

Por la gracia de cuál sea el poder que vela por los chóferes dementes, la extensión verde resultó bastante lisa y libre de tajos. Mi ligero descapotable saltaba como un corcel, pero yo sujeté el rebelde volante con puño de hierro, corriendo a cortar el camino a Fernand. Llegué a la carretera llevándole ventaja, o sea, un par de yardas delante de él. Ahora las señoras que formaban parte del grupo se habían dejado dominar ya por los nervios, y sus alaridos agujereaban el enojado roncar de los forzados motores.

Hice que mi auto conservara su posición, sin dejar de llevarle la delantera, obligando a Fernand a desviarse hacia el centro de la ruta. Cuando al fin me vi con espacio suficiente, me situé delante mismo de su motor y aflojé la marcha. Él probó de escapar por la izquierda, pero observé en el espejo su movimiento, y me anticipé a él. Luego quiso adelantarme por la derecha. Yo permití que el capot de su coche se acercara hasta un cuarto, poco más o menos, de la longitud de mi descapotable, y luego viré repentinamente cortándole el paso. El metal chocó contra el metal. Por un momento, pensé que me haría dar la vuelta de campana. Pero a pesar de ello, continué interceptándole hasta que, por fin, le obligué a parar. Apretó el freno y los dos autos se quedaron inmóviles, después de haber dado un salto en medio de los chirridos del metal.

Entonces salté fuera del descapotable, dispuesto a armar camorra. Y me vi satisfecho. Fernand estaba de pie detrás del volante, empuñando el mismo objeto que había visto abatirse sobre el cráneo de Oput, haciéndole caer de espaldas un corto trecho. Era un revólver de grandes dimensiones. El rostro del actor tenía una expresión demente. Mientras él apretaba el gatillo, yo me lancé al suelo en busca de la protección de mi auto. Supongo que me retardé un poco. La bala me acarició el hombro, hízome dar una vuelta y me tumbó de cara al asfalto. Me sentí invadido por una ola de dolor y desfallecimiento. No pude moverme. Parecióme que oía a lo lejos la voz de Fernand, que estaba dictando órdenes, pero comprendí que para mí era mejor que me quedara donde estaba. La ola aquella se desvaneció, pero no me moví. Continué con el rostro pegado al suelo, con la esperanza de que Fernand se diera por satisfecho habiéndome silenciado y no viniera a meterme otra bala en la cabeza, para mejorar mi suerte nada más. Sin embargo, no ocurrió nada. Conservé mi puchero en una pieza.

No sabría decir cuánto rato estuve allí tendido, pero cuando levanté por fin la cabeza unas cuantas pulgadas, y abrí los ojos, reinaba una quietud espantosa. Los pequeños ruidos nocturnos del campo servían únicamente para subrayar el silencio. Hubiera dicho que mi hombro estaba ardiendo. El pecho y la espalda los tenía húmedos y empapados de sangre. Utilizando el brazo sano como palanca, me puse en pie penosamente, y miré a mi alrededor. El turismo nuevo de Fernand estaba vacío. Hasta Oput lo había abandonado. Lo cual significaba, o bien que había vuelto en sí, o bien que alguien lo había retirado de la escena. Al mismo tiempo que escudriñaba con los ojos el obscuro horizonte, me quité la corbata, y atando los dos cabos juntos, formé con ella un rústico cabestrillo que descansó al hombro lastimado de parte del peso que sostenía. Según parecía, la herida había cesado de manar y la sangre perdida no fué tanta como me temí, puesto que conservaba la cabeza firme aun y las piernas me sostenían perfectamente. A uno y otro lado de la carretera, se extendían los campos labrados. La llanura quedaba limitada únicamente en un punto, por la silueta quebrada de lo que aparecía como la cabaña de un pastor incendiada y abandonada. Acercóme al bordillo de la carretera y atisbé por encima de la valla de poca altura. En la tierra blanda veían se una multitud de pisadas que marchaban en dirección al edificio aquel. Pasé las piernas por encima de la valla y me puse a seguirlas.

De noche las distancias resultan engañosas. Al llegar cerca de la destartalada cabaña, me sentí como si hubiera recorrido varias millas sobre un campo labrado. Las suelas de mis zapatos arrastraban la tierra suficiente para formar en el patio posterior de mi casa un parterre para coles tan alto como el tejado.

La cabaña aquella no tenía tejado ni ventanas. La puerta colgaba sobre uno de sus goznes, en la actitud de un borracho. Mientras me aproximaba, salió la luna, derramándose por entre las chamuscadas vigas e iluminando la escena del interior y haciéndola visible desde el punto donde me encontraba yo, a la sombra de una choza deshabitada, desfigurada y revestida de correhuelas. Don Fernand estaba de pie en el centro de la única habitación. Su mano sopesaba tranquilamente el arma. Alineados contra la pared, mirándole con expresiones que variaban desde el miedo al furor y al odio, estaban sus pasajeros de antes: Harvest Moon, Lola Cartwright, Marie Somers, Kye Wimblast y Morgan Oput. Las pecheras blancas de las camisas de los caballeros y los hombros desnudos y empolvados de las damas, aparecían grotescos, extraños, fuera de lugar, en una cabaña ruinosa y abandonada como aquella. En un rincón veíase una armadura de cama con tres patas desarticuladas y pudriéndose junto a ella un montón de sacos viejos, de andrajos destrozados, de desechos de toda clase. La ligera corriente de aire que rozaba las consumidas planchas de madera del suelo, hacía susurrar los colgajos de telarañas y los trozos chamuscados de papel y de trapo.

Fernand era quien hacía uso de la palabra.

—Les he traído aquí —les estaba diciendo—, porque uno de ustedes asesinó a Monty Cassino hace dieciséis años. Me propongo saber quién fué antes de que salga el sol.

—¡Estás loco, muchacho! —protestó Oput.

—¡Cállese, viejo estúpido! —le atajó Don, al mismo tiempo que su revólver se levantaba amenazador.

—Esto es verdaderamente infantil —decía Lola, con voz lánguida—. ¿Por qué no te portas como un buen chico y nos llevas a todos a casa, Don?

—¡Claro! —añadió Harvest, con su gorjeo—. Precisamente no está bien que abandone a mis invitados de este modo.

—Puede ser que tengas que despedirte de toda clase de fiestas… para siempre —replicó Don.

Advertí que Marie Somers levantaba la mano, y que su esposo se la cogía con fuerte apretón, al mismo tiempo que le dirigía una mirada que decía: «No tengas miedo». Ella trató de sonreír. Realmente, aquella pareja me era simpática. Después, Kye interpeló al joven actor:

—Pero y en fin de cuentas, ¿quién diablos crees ser tú para aporrear a Drayton de aquel modo y para dar a estas mujeres un susto de muerte?

—Yo les diré quién soy —las palabras silbaban entre los dientes de Don—. ¡Soy el hombre que tiene las cartas de Monty Cassino! —la reacción fué instantánea. Todos los rostros ganaron algunas pulgadas de longitud. Don prosiguió—: Constituyen una lectura muy interesante. Cada uno de ustedes tenía un motivo para matar a Monty Cassino. Supongamos que empiezo por las señoras. Usted, Lola, por ejemplo.

Lola se enderezó. Sus labios dibujaban una mueca de desprecio.

—¡Vaya, eres el más indicado para hablar de asesinatos! —replicó, con sarcasmo—. ¿Cómo alcanzaste las cartas de manos de Roscoe Pile? ¿Se las pediste?

Don se encogió de hombros.

—Pile probó de portarse mal conmigo —dijo—. Tuve que dejarle seco. La pasada noche le seguí desde la fiesta de Wimblast hasta el «Sleepy Charlie's». Y me figuro que el mundo no ha perdido mucho con su desaparición. Pero volvamos a usted. Lola. Usted escribió una carta muy buena, tengo que concedérselo. Tórrida sería la palabra, diría yo. Lástima que sus relaciones amorosas con Monty no duraran, ¿eh? Lástima que él encontrara a otra persona más joven y más hermosa, a una persona que tenía la inocencia y el encanto que usted no tuvo jamás.

—¡Cállate, cochino cerdo latino! —escupió Lola.

Don se le rió en la cara.

—Te duele, ¿verdad, abuelita? —replicó—. Ese es el fin que se perseguía. También dolió aquello a su tiempo, por lo visto. Su última carta a Monty es lo más notable de la colección. La tengo en el bolsillo, pero puedo citar párrafos sin mirarla. «Tú cogiste todo lo que yo tenía para ofrecer, y luego me despreciaste por una pelirroja chillona, de tres al cuarto. A mí nadie me trata de este modo, Monty, nadie». Y ahora de mi costal: le hace pensar eso, ¿eh, Lola?

Marie Somers giró sobre sus talones, encarándose con la estrella de más edad.

—De modo que yo soy una pelirroja chillona de tres al cuarto, ¿verdad? ¡Vaya con ese saco de arrugas viejo y pintarrajeado!

Y su actitud demostraba que se hallaba dispuesta para una sesión de tirones de pelo y para tratar de sacarle los ojos a su rival. Pero la mano apaciguadora de su marido, sujetando la suya, la contuvo con más eficacia que la amenaza del revólver de Fernand. Este se volvió hacia ella.

—Esto nos conduce a usted como al peldaño inmediato, querida Marie —le dijo—. Sí, perfectamente, usted es la pelirroja de quien se hace mención. Todo marchaba bien entre usted y Monty. Sólo existía una irregularidad. Se da el caso que por aquel entonces estaba usted casada con Kye. También en su tiempo escribió usted muy bonitas cartas, pero nuevamente la nota de despido es la más interesante. Déjeme que le refresque la memoria. Cito: «No podré verte esta noche ni jamás, querido mío. Kye lo ha descubierto todo y está loco de celos. Me espanta pensar en lo que es capaz de intentar contra mí… contra ti… contra los dos a la vez». Y ya sin citar. ¿Qué hizo usted, Kye? ¿Mató a

Monty, por ejemplo? Usted y Marie tomaron la decisión de hacer borrón y cuenta nueva. Desde entonces han vivido felices. Pero, ¿qué fué del hombre sobrante, Kye? ¿Fué usted quien le dió un golpe en la cabeza y empujó su coche hasta el despeñadero?

Kye tenía la faz blanca y contraída.

—¡Eres un espía miserable, un don nadie! —le espetó—. Revolviendo ese lodo, sólo consigues ensuciarte las manos.

Don inició una leve sonrisa.

—Puede ser —admitió—. ¡Pero no olvide que fué su cándida desposada la que puso el cieno ahí en primer lugar!

—¡So gra…!

Kye se había lanzado adelante de un salto, embistiendo al mejicano. Don esquivó con un paso lateral dado con la ingravidez de un bailarín, y al mismo tiempo abatió su arma sobre la cabeza de Kye. El director cayó al suelo con un gemido. Marie corrió a arrodillarse a la vera de su cuerpo.

—¡Pudo haberle matado! —gritó con espanto.

—Todavía, no —dijo Don—. Eso llegará más tarde.

Las lágrimas bañaban las mejillas de Marie, mientras cogía la cabeza de Kye entre sus manos.

—Cochino cerdo —gemía, entre sollozos—. Hemos vivido dieciséis años juntos, tratando de ahuyentar el pasado, de olvidar, habiendo empezado de nuevo. Y tú…

—¿Y yo aireo los trapos sucios de la familia? ¡Qué pena! —se burló Don. Luego volvióse hacia Harvest Moon—. Tampoco te olvido a ti, hermosa —empezó, con voz suave—. A ti, la de rostro encantador y proceder de víbora. No contenta con utilizar a Monty como escabel para tu encumbramiento, le corrompiste con tu sucio vicio de tomar drogas y aprovechaste sus relaciones en Hollywood para constituirte en el número uno de los expendedores de estupefacientes. Bonita conducta, Harvest. Y toda plasmada en tus cartas a Monty —añadió, dándose unas palmadas sobre el bolsillo—. Una extraña mezcla de amor y negocios. Creó que todavía hoy las cartas esas serían motivo para colgarte. Pero al fin Monty separóse de ti, y como tú no le dejabas tranquilo, te amenazó con entregarte a la policía sufriendo juicio él mismo si era necesario, como fumador de estupefacientes. Todo está en las cartas, cariño mío. En tu última le suplicas que no lo haga. Suena como la súplica de una mujer desesperada… lo bastante desesperada, quizá, para matar.

Harvest objetó:

—¿No te parece que esto va ya demasiado lejos? Al fin y al cabo, ¿quién diablos eres tú para que te importe tanto descubrir al que mató al reptil aquel, allá en el 1935?

—¿No lo has adivinado todavía? —suspiró Don—. Quizá a Mr. Oput le gustaría explicártelo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Oput.

—¡Sea inteligente! —le atajó Don—. ¿No decidió usted rodar un film sobre la vida de Monty? ¿Y no estaba encallado buscando un actor que representara su papel?

—Sí, es cierto. Pero…

—Pero nada. Me escogió a mí. ¿Por qué?

—Alguien me envió tu retrato —dijo Oput—. Trabajabas para una compañía mejicana. Me quedé tan pasmado al ver tu semejanza con Monty…

—Exacto —interrumpió Don—. Mi semejanza con Monty. ¿No es raro que me lo parezca tanto? ¿O quizá no lo sea? ¿Tan extraño es que un hijo se parezca a su padre?

Esta última observación fué seguida por un silencio que amenazaba con hacerse eterno. Finalmente lo interrumpió Oput con un débil balbuceo

—¿Tú? ¿Hijo de Monty?

—Sí. De Monty y de Magda. ¡Hola, abuelito!

—Pero Magda murió en 1935 —carraspeó Oput.

—Claro que sí. La mató usted. No murió de parto, como usted publicó. Cuando falleció mi madre, yo tenía diez años. Entonces aprendí a odiarle a usted. Mi madre quedó en cinta en la primavera de 1925. ¿Y qué hizo su siempre amante padre? La echó de casa. Era un bonito gesto, ¿verdad? Precisamente cuando necesitaba cariño y protección, usted la arrojó a la calle. Sin embargo, ella no quiso decirle quién era el padre de su hijo. Estaba usted tan furioso, que temía que de saberlo lo hubiera matado, como así lo hizo, por fin. Es dulce la venganza, ¿verdad, abuelo? Especialmente cuando se ha tenido que aguardar mucho tiempo. Usted alimentó el odio hacia aquel hombre, hasta que se constituyó en el motivo principal de su vida. Y luego descubrió quién era. Pero me estoy precipitando. Regresemos al principio. Cuando usted echó de casa a mi madre, Monty Cassino, hizo lo único de lo que usted no le habría creído capaz: se casó con ella.

—¡Se casó! ¿Por qué no me lo dijeron? —gimió Oput.

Don replicó:

—En primer lugar, porque mi madre no quería tener ya nada que ver con usted, dado el modo como la había tratado. Y en segundo, porque Monty sabía que usted causaría su ruina, pues tenía medios para ello, tan pronto supiera que era el padre del hijo de Magda. Mi madre se fué a casa de los padres de Monty, en Méjico, y allá es donde nací yo. Monty permaneció en Hollywood interpretando películas otro par de años. No era un ángel ni pretendo que lo fuera. Tuvo aventuras y mi madre alcanzó el divorcio de las autoridades mejicanas. No se dió publicidad al caso. Mi madre volvió a casarse. Jamás me habló mucho de mi padre, pero siguió odiándole a usted, Oput. Odiándole hasta la muerte por el trato que le dió y que la obligó a refugiarse en Monty, quien la mandó a Méjico y luego se olvidó de ella.

»Mi madre murió en 1935 —prosiguió Don—. Murió de miseria y de hambre. Su segundo matrimonio en el país extranjero donde la crueldad de usted la condujo, fué un fracaso. Entre los pocos objetos de su pertenencia, los abogados encontraron una carta dirigida a usted, en la que le contaba toda la historia, y se la enviaron. Y usted remitió la carta, sin ningún comentario, a Monty. Tengo para mí que lo hizo a guisa de advertencia. Un modo de decirle que sabía usted lo que había hecho, y que lo pagaría con su vida. Monty fué asesinado una semana después. ¿Por usted, abuelo? ¿O por usted, Kye, ayudado por su esposa? —Kye levantó del suelo sus ojos preñados de odio—. ¿O por usted, Lola? Le sobra maldad para ello. ¿O por ti, Harvest? Lo que sabía Monty de ti era un peligro.

Don estaba de pie ante ellos con las piernas separadas, apuntando a uno después de otro con el hocico brillante de su «Luger». Cuando cesó de hablar, no se oyó el menor sonido. Nadie buscó con los suyos los ojos de nadie. Yo no me di cuenta hasta entonces de que tenía los pies dormidos y de que un dolor sordo alanceaba acompasadamente mi hombro.

Kye fué el primero que habló:

—Estás loco, Fernand. Ninguno de nosotros mató a tu padre, todos tenemos coartada para la hora en que murió.

—¿Y no es eso la mar de bonito? —se mofó Don—. ¡Todos podéis probar la coartada, sirviendo de testigos el uno para el otro! Y todos deseabais su muerte.

—¿Qué quieres insinuar? —atajó Kye.

—Que se trató de un complot —replicó Don—. Tal como yo lo imagino, os reunisteis… los cinco y echasteis a suerte quién debería quitar a mi padre de en medio. Luego, los demás atestiguaron en favor del infortunado.

—¡Esto es una locura! —estalló Oput—. Tu padre murió en un accidente.

Don se volvió para enfrentarse con él.

—¿De veras? —mascullló—. Es raro que se produjera el accidente, existiendo cinco personas sedientas de su sangre y que se proporcionan recíprocamente una coartada. Es demasiada coincidencia para que la digiera mi estómago, abuelo. Estabais complicados todos.

—¿Y qué? —le espetó Lola—. ¿Qué piensas hacer? ¿Detenernos a todos? ¿Esperas que la policía crea las sandeces que has estado contando?

—Lo que crea la policía no es asunto mío —respondió Don, retrocediendo un paso. Y haciendo describir un arco al cañón del revólver para cubrirles a todos, declaró con un tono de voz sepulcral—: A todos y a cada uno de ustedes, les hallo culpables del asesinato de Monty Cassino, y les sentencio a muerte. Sentencia que se ejecutará ahora y aquí mismo… ¡por mí!

Yo pude percibir con toda claridad el chasquido de la palanca del seguro.

Súbitamente, Oput se cubrió la cara con las manos y cayó de rodillas sobre el suelo polvoriento.

—¡No dispares! —chilló—. ¡No dispares! ¡Yo te diré quién lo hizo!

—Siga hablando —ordenóle Don con voz ronca.

—¡Fué Lola! El ansia de destruir a Monty la enloquecía. Yo me avine a encubrirla. Ella marchó en el coche de Monty. El plan consistía en fingir que iba para sostener con él una última conversación. Luego le rogaría que retrocediera para llevarla a casa. Le hizo parar el coche donde la carretera corre junto al precipicio y le dió un golpe con un saquito de plomo que llevaba en el bolso. A continuación quitó el freno y empujó el auto hacia la pendiente para que se despeñara en el abismo. Después emprendió el regreso, y me contó cómo había ocurrido todo.

—¡Alimaña vil, traidora y cobarde! —chilló Lola, lanzándose hacia Oput con las zarpas prontas a clavarse en su rostro.

Antes de que Don hubiera podido intervenir, había topado con el magnate del cine, tumbándole al suelo con el empuje de su arremetida. Ahora montaba a horcajadas sobre el rechoncho cuerpo de Morgan, y le surcaba el rostro con los garfios de sus uñas. Mientras le arrancaba la carne a jirones, Oput lanzaba alaridos. Yo me daba cuenta de que, en efecto, habría tenido la energía necesaria para dejar a Cassino fuera de combate y empujar el coche hacia el precipicio. Aquella mujer era un tigre.

—¡Suéltele! —gritó Don, mientras los demás miraban la escena fascinados por el terror.

El rostro de Lola estaba lívido, y mostraba una expresión frenética. De su boca salía un chorro agudo de palabras soeces, al mismo tiempo que seguía hundiendo sus zarpas en el rostro y la garganta de Oput. Don volvió a gritar, pero ella no le hizo caso. Entonces, él levantó el arma y disparó dos veces, después de haber apuntado fría, cuidadosamente. La faz de Lola se quedó petrificada en una mueca repugnante. Sus manos quedaron inmóviles, con los descarnados dedos curvados. Luego emitió un gemido apagado, y se derrumbó sobre el cuerpo tendido de Oput. Don apuntó y volvió a disparar. La bala penetró por el pescuezo. Todo el montón de carne se dobló y agitóse en un estremecimiento por espacio de un segundo. El cuerpo de Lola cayó hacia un lado rodando sobre su espalda para mostrar dos anchos agujeros por los cuales habían salido las balas. Uno en el costado y otro en la garganta. Oput seguía inmóvil. De su sien descendía un hilo de sangre. La segunda bala de Don había

realizado una doble labor. Había acabado con los dos.

Don se volvió y retrocedió hacia la puerta, apuntando a Harvest, a Marie y a Kye.

—Una para cada uno —les dijo—. Y la cuenta queda saldada.

Harvest arguyó:

—Has castigado a la que mató a tu padre. Date por satisfecho, por amor de Dios.

Don movió la cabeza.

—¿Después de lo que han visto? No puedo dejar a uno con vida.

Y levantó el arma, apuntando a las entrañas de la rubia.

Yo salí de detrás de la puerta, y le di un puntapié en él mismo vértice del codo derecho. Don lanzó un grito de dolor y el arma voló despedida de sus dedos sin energía. A Kye no fué preciso decirle lo que tenía que hacer. Inclinóse para recoger el revólver y antes de que tocara al suelo, lo tenía ya en sus manos, vuelto de caía al agresor.

—Manos arriba, Fernand —le ordenó.

Pero Fernand era todo un tío capaz de una salida inesperada. Emitió una curiosa especie de gemido agudo… y se desmayó.

Kye contempló un momento su postrado cuerpo, y dijo:

—Debería acribillarle —después bajó el revólver—. Drayton, llévese a las mujeres y llame a un policía. Si tiene el hombro demasiado mal, Marie puede conducir el coche. Yo me quedaré con este canalla enajenado hasta que usted vuelva.

—La idea parece buena —aprobé yo—. Vámonos, chicas.

Marie y Harvest cruzaron el desnudo aposento, pero cuando Harvest pasaba cerca de la yacente figura de Don, éste extendió la mano repentinamente, y la cogió por uno de los tobillos, pegándole un fuerte tirón que la hizo caer encima de él. Los brazos de Fernand rodearon el cuerpo de la mujer como anillos de acero, Kye se precipitó hacia ellos para separarles. Yo di unos pasos con el fin de prestarle ayuda. En aquel preciso instante, Don se escurrió como una anguila de debajo del cuerpo de Harvest, y cerró los brazos como unas tijeras alrededor de las piernas de Kye. Apenas el director se vino al suelo, Don estuvo encima de él. Yo vi que mientras la mano de Don rodeaba firmemente la muñeca de Kye, el revólver oscilaba en el aire y extendí el brazo, pero antes de que pudiera cogerlo, habían rodado los dos, alejándose de mi alcance. Don consiguió doblar la muñeca de Kye pronunciadamente hacia atrás, y el arma se cayó al suelo. Harvest quiso rodar hasta ella, esforzándose por agarraría, pero Don llegó primero. De todos modos, fué la mano del mejicano la que la empuñó, y aunque hasta el día de hoy no se sabe si quería o no disparar inmediatamente, el caso es que salió la bala con un rugido retumbante a una distancia de un par de pies del rostro de Harvest, cuya belleza desapareció para siempre de un modo completamente repentino. Marie lanzó un alarido, y cerró los ojos. Yo, por mi parte, tampoco no me sentía demasiado bien. Don estaba de pie nuevamente, describiendo un arco con el cañón del arma.

—¡Que no se mueva nadie! —gritó—. Me alegro que haya asomado usted por aquí, Drayton. Es demasiado entrometido. Pero esta será concretamente la última vez, hermano. ¡Pónganse de pie junto a la pared aquella todos!

Mientras Kye se levantaba, Don retrocedió unos pasos, alejándose de él. Luego dirigió la mirada del uno al otro do los dos.

—Usted primero, Drayton, pensaba —dijo—. Porque en realidad, es el que significa menos para mí. Luego usted, Wimblast. A Marie la guardaré para el final. Pienso disparar al vientre de su esposa Kye, para verla morir lentamente. Ahora empiezo a divertirme.

He ahí que de pronto, me encontraba mirando de soslayo al cañón de su revólver. De modo — me decía — que este era el fin de mi ruta, en una cabaña abandonada y mal oliente, rodeado de cadáveres y con la perspectiva de que aumentara su número. He ahí la situación a que me había llevado la estancia en Hollywood. Me figuraba que cuando allá en Nueva Orleans se enterara Reagan de esta reunión, estallaría en una carcajada. Ahora veía en suspenso que el nudillo del dedo de Fernand se ponía blanco apretando el gatillo, y en un último y desesperado esfuerzo, me tiré contra sus rodillas. En el instante en que mi hombro chocaba contra el suelo experimentando una dentellada de dolor al rojo vivo, la choza se conmovió con otra explosión. Sin embargo, no sentí el pinchazo de ninguna bala, y, como una visión instantánea, percibí la figura de Fernand de pie encima de mí, con la mano derecha chorreando sangre y en el rostro una expresión alocada. Un instante después se había ido, saltando por uno de los rectángulos negros de la pared que eran las ventanas, sin cristales ni postigos. Y Aub Littlejohn estaba en el umbral de la puerta, con un revólver en la mano.

Marie y Kye se echaron en brazos uno de otro. Aub corrió hacia la ventana y disparó tres veces por ella. Yo me senté en el suelo.

—¿Le ha dado? —le pregunté.

Aub pronunció unas palabras que no pueden ponerse en letras de molde, y se hundió entre la noche. Le oí gritar y disparar en la obscuridad. A medida que se alejaba por el campo en la persecución emprendida, sus gritos se fueron apagando poco a poco. Yo saqué un cigarrillo, y lo encendí. Era algo que me aprovechaba. El arma de Don yacía a mi lado. La recogí. Un revólver de nueve tiros, en cuyo cilindro había aun cuatro balas. En el umbral apareció un hombre. Era un sargento de la policía, en quien reconocí a uno de los subordinados de Aub.

—Hola —le saludé—. ¿Cómo han llegado aquí?

—Gracias al botón que mandó usted al capitán —respondióme—. Lo identificamos.

—¿Yo? Yo no envié ningún botón —repuse, haciéndome el inocente.

—Claro que sí, claro. El capitán dice que lo mandó usted, y generalmente acierta. Sea como sea, lo identificamos. Afortunadamente, estaba fabricado ex profeso para uno de los trajes cortados de sastre de Mr. Fernand. Fuimos a la fiesta que daba Miss Moon, a fin de detenerle, y supimos que había salido en esta dirección con Oput y los demás. Le seguimos.

El agente se expresaba en frases cortadas, como si creyera necias mis preguntas.

—¿Cómo supieron qué camino habíamos tomado? —inquirí.

—El capitán se figuró que habría escogido la carretera de Santa Mónica. El capitán es listo, *mister*. También él se dió cuenta del parecido de Fernand con Monty Cassino. Además, usted, que pidió el *dossier* de Cassino, y los indicios restantes… El capitán fué atando cabos.

—Muy inteligente —comenté yo—. Y hablando del bravo capitán, en este mismo momento está jugando a indios y *cow-boys* con un asesino ahí fuera, en ese campo. ¿No le parece que no le iría mal que le ayudáramos un poco?

El sargento asintió con un movimiento de cabeza, e hizo girar el cilindro de su revólver.

—¿Se viene usted, Drayton? —preguntóme, saliendo de la cabaña.

—Bórreme de la lista —le dije—. Estoy cansado.

Apagué la colilla del pitillo contra el suelo, me recosté en el ángulo de la pared, envuelto por la sombra, y cerré los ojos. No deseaba nada más que dormir y olvidarlo todo. Kye y Marie desataron su largo abrazo y se acercaron a

la puerta.

—La persecución parece haberse desplazado hacia el distrito vecino —indicó Kye—. ¿Viene, Drayton?

—Dentro de un minuto —contesté.

Ellos salieron. Yo volví a cerrar los ojos, pensando, trabajando. Cuando me levanté, transcurridos cinco minutos, sabía que tenía todo el relato dentro de mi cerebro en orden y pronto para transmitirlo por los hilos del teléfono a los periódicos. Había reemprendido mi tarea.

Oí una pisada en el umbral. El sargento que estaría de regreso, me figuré. Y dije:

—Hola. ¿Ha olvidado algo?

—Vengo a buscar mi revólver —contestó una voz, la voz de Fernand.

Abrí los ojos, a tiempo para verle saltar hacia mí como un lobo. Cuando había quitado el arma de encima de mis piernas, ya sus manos me rodeaban la garganta. Le disparé dos tiros a la barriga de muy cerca, y cuando se apartó de mí, tambaleándose, le metí otra bala entre las dos cejas. Luego fui a la ventana para llamar a Aub, y decirle que la caza había terminado. Todo había terminado.

***

¿Y yo? ¿Me quedé en Hollywood? ¿O fui a reincorporarme a mi agradable e inofensivo trabajo de acorralar bribones en Nueva Orleans? Esto, como dijo alguien anteriormente, es otra historia.

**FIN**



*Quiero cuidar a dos bebés — pidió aquel extraño hombre — pero es condición indispensable que lloren continuamente.*

**De este modo tan inesperado, dos niños que aun no sabían hablar se vieron envueltos en un crimen. De este modo pasaron a ser la pieza esencial en el alucinante**

# CASO DE LAS NOCTAMBULAS

**porque aquellos dos niños impidieron con su llanto que una mujer durmiera a la hora crítica que había determinado el asesino.**

## EL CASO DE LAS NOCTAMBULAS

**es la historia del crimen más inteligente y perfecto que una mente pueda concebir.**

**VIC PETERSON**

**el maestro del enigma y la emoción le ha dedicado la última y mejor lograda de todas sus novelas. ¡Lea usted**

**EL CASO DE LAS NOCTAMBULAS**

**en el próximo número de la**

**COLECCIÓN DETECTIVE!**

# *Ultimas novedades de*
# EDITORIAL BRUGUERA



## COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 327 - Isabel Salueña.
- LLAMITA

Núm. 328 - L. Masota.
- LA VENUS DEL ICEBERG

Núm. 329 - M.ª Esperanza Neyra.
- TU DESTINO SOY YO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

## COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 223 - Carmen Parra.
- LORD CARRINGTON

Núm. 224 - María Adela Durango.
- SOLEMNE JURAMENTO

Núm. 225 - Desabel.
- TRAS LA TORMENTA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



## COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 167 - María Nieves Grajales.
- EL CÍNICO

Núm. 168 - M.ª José Soto.
- EL AYER DE MARIOLA

Núm. 169 - Lía Ramos.
- LUCHA DE ESTIRPES

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



## COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 53 - Corín Tellado.
- ES MI MARIDO

Núm. 54 - M.ª Teresa Sesé.
- FLECHAZO

Núm. 55 - M.ª Pilar Carré.
- UN NOVIO PARA MARYSE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



## COLECCIÓN BISONTE

Núm. 268 - Sam Fletcher.
- DESTINO DE GUN-MAN

Núm. 269 - Kid Manner.
- EL TRIUNFO DE UN HOMBRE

Núm. 270 - Raf Segrram.
- EL PECOSO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



## COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 11 - Victor Peterson.
- EL CASO DE LAS NOVIAS RABIOSAS

Núm. 12 - Ricky Drayton.
- CRÍMENES EN HOLLYWOOD

Núm. 13 - Vic Peterson.
- EL CASO DE LAS NOCTAMBULAS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



## COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 132 - Peter Debry.
- EL PLAN "ERIZO"

Núm. 133 - Kent Miller.
- OKINAWA, PARAISO SANGRIENTO

Núm. 134 - Francis Rod.
- INTRIGA EN LA INDIA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



## COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 6 - Trini de Figueroa.
- EN UN CASTILLO NORMANDO

Núm. 7 - Chelo de Aduriz.
- HUELLAS DE ODIO

Núm. 8 - Isabel Salueña.
- EL FORASTERO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

❀ Últimos volúmenes aparecidos. ○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 ptas.**

# Notes

[←1]

() *Censura de la Liga de la Pureza*

[←2]

() *Whisky* de centeno.

[←3]

() *Harvest Moon significa «Luna de recolección».*

[←4]

() *El nombre «Limey» se aplica particularmente a los marineros ingleses, y por extensión a todos los habitantes de las Islas Británicas*. — N. Del T.

[←5]

() *Abreviación de Aubrey*. — N. Del T.

[←6]

() *Personajes infantiles*.(N. Del T.).

[←7]

() *En español en el original.*

[←8]

() *En español en el original.*

[←9]

() *Alusión a la superchería infantil de que cruzando el índice y el dedo corazón, no se es tan culpable al pronunciar una mentira.* — N. Del T.

[←10]

**()** *Alusión a la costumbre india de colgarse del cinturón el cuero cabelludo de los enemigos vencidos*. (N. Del T.).